TH. RIBOT

Las enfermedades de la personalidad

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

DE

RICARDO RUBIO

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2.

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
Preciados, 48.

1899

MADRID
IMPRENTA Y FOTOGRABADO DE ENRIQUE ROJAS
Calle de Pizarro, núm. 16.

PREFACIO DE LA CUARTA EDICION

Desde la época en que se publicaron estos estudios por vez primera (1884), la cuestión de las perturbaciones, desórdenes y alteraciones de la personalidad, ha dado lugar á numerosos trabajos (1). No me propongo resumir aquí esas recientes investigaciones: serán asunto de otro volumen.

Cuando se ha pasado revista á todos los ca-

(1) Binet y Féré, *Le magnetisme animal;* Binet, *Etudes de psychologie expérimentale;* Pierre Janet, *L'automatisme psychologique;* Azam, *Hypnotisme, double conscience et altérations de la personnalité;* Bourru et Burot, *Variations de la personnalité;* Paulhan, *L'activité mentale et les éléments de l'esprit;* W. James, *Principles of Psychology*, t. I, c. X, y un gran número de artículos en la *Society for psychical Research;* M. Dessoir, *Das doppel Ich*, etc., etc.

sos en que la personalidad, la unidad del yo, se ha alterado en un grado cualquiera, desde las alteraciones parciales, ligeras y fugitivas, hasta las metamorfosis completas, se puede, en mi opinión, dividirlas en dos grandes categorías: las alteraciones *espontáneas* y las alteraciones *provocadas*.

Las primeras, naturales, no son accesibles más que á la observación, y resultan, en los casos graves, de una alteración profunda y permanente de las funciones vitales.

Las segundas, artificiales, producidas por la experimentación (de ordinario por el hipnotismo), vienen de fuera, no penetran siempre hasta el fondo íntimo del individuo, son algo superficiales y transitorias, á menos de que creen por repetición un nuevo hábito mental.

Aunque la historia de nuestro asunto no se remonte demasiado—á una cuarentena de años lo más—comprende ya dos períodos. Durante el primero se estudian exclusivamente las alteraciones espontáneas; durante el segundo (posterior al renacimiento del hipnotismo) apenas preocupan más que las per-

turbaciones provocadas y artificiales. Sin dejar de reconocer el gran interés de estos últimos casos, me inclino á creer, hasta prueba en contrario, que las alteraciones espontáneas, que son el asunto principal, casi exclusivo, del presente volumen, siguen siendo los documentos más sólidos para el estudio de las manifestaciones morbosas de la personalidad.

Mayo 1891.

LAS ENFERMEDADES DE LA PERSONALIDAD

INTRODUCCIÓN

División del asunto.—La naturaleza de la conciencia: dos hipótesis.—No es más que un perfeccionamiento: hechos que lo confirman.—Importancia del factor psíquico.

I

En el lenguaje psicológico, se entiende generalmente por «persona», al individuo que tiene una clara conciencia de sí mismo y que obra en consecuencia: es la forma más elevada de la individualidad. Para explicar este carácter, reservado exclusivamente al hombre, la psicología metafísica se contenta con suponer un yo perfectamente uno, simple é

idéntico. Desgraciadamente, eso no es más que una falsa claridad y una apariencia de solución. A menos de conferir á ese yo un origen sobrenatural, hay que explicar bien cómo nace y de qué forma inferior procede. Así, la psicología experimental no puede, ni plantear el problema de la misma manera, ni tratarlo con el mismo método. Conoce ésta, por los naturalistas, cuán difícil es determinar en muchos casos los caracteres de la individualidad (mucho menos complejos sin embargo que los de la persona); desconfía de las soluciones sencillas, y muy lejos de suponer resuelta desde el principio la cuestión, la encuentra al término de sus trabajos como resultado de laboriosas investigaciones. Es, pues, natural que los representantes de la antigua escuela, un poco desorientados, acusen á los partidarios de la nueva de «robar su yo», aun cuando nadie haya intentado semejante cosa. Pero, de una y de otra parte, es tan diferente el lenguaje y el procedimiento tan opuesto, que no es posible entenderse.

A riesgo de aumentar la confusión, quisie-

ra intentar la investigación de lo que los casos teratológicos y morbosos, ó los simplemente raros, pueden enseñarnos sobre la formación y la desorganización de la personalidad, sin la menor pretensión, por otra parte, de comprender el asunto en su totalidad; empresa que me parecería prematura.

Siendo la personalidad la forma más elevada de la individualidad psíquica, se nos presenta una cuestión preliminar: ¿qué es el individuo? Ahora bien, hay pocos problemas que hayan sido más debatidos en nuestros días por los naturalistas y que sigan siendo más oscuros en los grados inferiores de la animalidad. No es el momento de ocuparnos del pormenor de ello. Al fin de este trabajo, después de haber estudiado los elementos constitutivos de la personalidad, la consideraremos en su conjunto. Entonces será ocasión de compararla á las formas nferioires en que la naturaleza se ha ensayado para producirla, y de mostrar que el individuo psíquico no es más que la expresión del organismo: ínfimo, simple, incoherente ó complejo y

unificado como él. Al presente, basta recordar á los lectores ya iniciados en estos estudios que, al descender en la serie de los seres animados, se ve formarse al individuo psíquico por la fusión más ó menos completa de individuos más simples — constituirse una conciencia colonial por la cooperación de conciencias locales. Estos descubrimientos de los naturalistas tienen la mayor importancia para la psicología. Gracias á ellos, el problema de la personalidad se trasforna; por lo inferior es por donde debe estudiarse, y viene uno á parar á preguntarse si la persona humana no es también un «todo de coalición», cuya extrema complejidad nos oculta sus orígenes, y cuyos orígines serían impenetrables, si la existencia de formas elementales no diese alguna luz sobre el mecanismo de esta fusión.

La personalidad humana—única de que podríamos hablar con conocimiento de causa, sobre todo en un estudio patológico, es un todo concreto, un complejo. Para conocerlo, hay que analizarlo, y el análisis aquí es fatalmente

artificial, porque disgrega grupos de fenómenos que no están yuxtapuestos, sino coordinados, y cuya relación no es de simple simultaneidad, sino de dependencia recíproca. Este trabajo es, sin embargo, indispensable. Adoptando una división clara, y que espero se justificará por sí misma, estudiaré sucesivamente las condiciones *orgánicas afectivas* é *intelectuales* de la personalidad, insistiendo sobre las anomalías y los desórdenes. Un estudio final nos permitirá agrupar de nuevo estos elementos disgregados.

II

Pero antes de entrar en la exposición é interpretación de los hechos, es útil ante todo, por razones de claridad y de buena fe, entendernos sobre la naturaleza de la conciencia. No se trata aquí de una monografía, que sería, por decirlo así, toda la psicología; bas-

tará colocar el problema en términos precisos.

Prescindiendo de detalles, nos encontramos en presencia de dos hipótesis: una muy antigua, que considera la conciencia como la propiedad fundamental del «alma», ó del «espíritu», como la que constituye su esencia; otra muy reciente, que la considera como un simple fenómeno, sobrepuesto á la actividad cerebral, como un hecho que tiene sus condiciones de existencia propias y que, á merced de las circunstancias, se produce ó desaparece.

La primera hipótesis reina desde hace tantos siglos, que ha sido fácil apreciar sus méritos y defectos. No tengo que hacer yo su proceso; me limitaré á consignar su impotencia radical para explicar la vida inconsciente del espíritu. Ante todo, durante mucho tiempo, no hace de ella mención; las observaciones tan precisas y tan profundas de Leibniz sobre este punto quedan olvidadas, ó al menos, sin aplicación; y, hasta este siglo (salvo algunas excepciones), los psicólogos más

renombrados siguen confinados en su conciencia. Cuando la cuestión se impone al fin, y se hace evidente para todos que reducir la vida psíquica á los únicos datos de la conciencia es una concepción tan pobre, tan estrecha, que resulta sin uso en la práctica, entonces se ha producido una gran dificultad, Se han admitido «estados inconscientes», término ambiguo y semi-contradictorio, que se ha extendido deprisa, que tiene su equivalente en todas las lenguas, pero que, por su misma naturaleza, acusa el periodo de confusión en que ha nacido. ¿Qué son esos estados inconscientes? Los más prudentes consignan su existencia sin tratar de explicarlos. Los temerarios hablan de ideas latentes, de conciencia inconsciente; expresiones de tal modo vagas, tan llenas de inconsecuencias, que muchos autores lo confiesan. Si, en efecto, el alma se presenta á título de sustancia pensante, cuyos estados de conciencia son modificaciones, no es posible, sino por una contradicción manifiesta, referir á ella los estados inconscientes. Todos los subterfugios del

lenguaje y las habilidades dialécticas, nada conseguirán; y, como no se puede negar la alta importancia de esos estados inconscientes como factores de la vida psíquica, no se puede salir de una situación inextricable.

La segunda hipótesis nos desembaraza de toda esta logomaquía; desvanece los problemas ficticios que abundan tanto en la otra (por ejemplo, si la conciencia es una facultad general ó particular, etc.), y podemos sin temor reclamar para ello la *lex parcimoniæ*. Es más sencilla, más clara, más consistente. Por contraposición á la otra, se la puede caracterizar diciendo que expresa lo inconsciente en términos fisiológicos (estados del sistema nervioso), y no en términos psicológicos (ideas latentes, sensaciones no sentidas, etc.). Pero este no es más que un caso particular de la hipótesis, que es preciso considerar en su conjunto.

Notemos desde luego que, como todos los términos generales, la conciencia debe resolverse en datos concretos. Del mismo modo que no hay una voluntad en general, sino

voliciones, no hay una conciencia en general, sino estados de conciencia; ellos son la realidad. En cuanto á definir el estado de conciencia, el hecho de ser consciente, sería empresa vana y ociosa; es un dato de observación, un hecho último. La fisiología nos enseña que su producción va siempre ligada á la actividad del sistema nervioso, en particular del cerebro. Pero la recíproca no es verdadera; si toda actividad psíquica implica una actividad nerviosa, toda actividad nerviosa no implica una actividad psíquica. La actividad nerviosa es mucho más extensa que la actividad psíquica; la conciencia es, pues, algo sobrepuesto. En otros términos, hay que considerar que todo estado de conciencia es un fenómeno complejo que supone un estado particular del sistema nervioso; que este proceso nervioso no es un accesorio, sino una parte integrante del fenómeno; más aún, que es la base, la condición fundamental; que, desde que se produce, el fenómeno existe en sí mismo; que desde que se le añade la conciencia, lo completa, lo acaba, pero no lo constituye.

En esta hipótesis es fácil comprender cómo todas las manifestaciones de la vida psíquica, sensaciones, deseos, sentimientos, voliciones, recuerdos, razonamientos, invenciones, etc., pueden ser alternativamente conscientes é inconscientes. Nada hay de misterioso en esta alternativa, puesto que, en todos los casos, las condiciones esenciales—es decir, las condiciones fisiológicas—son las mismas para cada fenómeno, y la conciencia no es más que un perfeccionamiento.

Quedaría por determinar, por qué este perfeccionamiento se agrega unas veces y otras falta; porque si no hubiese en el fenómeno fisiológico mismo alguna cosa más en el primer caso que en el segundo, daríamos indirectamente la razón á la hipótesis contraria. Si se pudiese demostrar que, cuantas veces existen ciertas condiciones fisiológicas, la conciencia aparece; que cuando desaparecen, desaparece la conciencia; que cuando varían, varía: esto no sería una hipótesis, sino una verdad científica. Estamos bien lejos de ello. En todo caso, se puede predecir que no

es la conciencia la que nos hará esas revelaciones sobre sí misma. Como dice justamente Maudsley, la conciencia no puede ser, al mismo tiempo, causa y efecto, ella misma y sus antecedentes moleculares; no vive más que un instante, y no puede, por una intuición directa, volver atrás hasta sus antecedentes fisiológicos inmediatos; además, descender hasta esos antecedentes materiales, sería conocerla á ella misma, pero no su causa.

Sería quimérico, en el momento presente, ensayar una determinación, ni aun *grosso modo*, de las condiciones necesarias y suficientes para la aparición de la conciencia. Se sabe que la circulación cerebral, bajo la doble relación de la cantidad y de la calidad de la sangre, tiene una gran importancia. Los experimentos hechos en cabezas de animales recién decapitados dan de ello prueba clara. Sabido es que hay que tener en cuenta también la duración de los procesos nerviosos en los centros. Las investigaciones psicométricas demuestran á diario que el estado de concien-

cia requiere un tiempo tanto más largo, cuanto más complejo es, y que por el contrario, los actos automáticos, primitivos ó adquiridos, cuya rapidez es extrema, no entran en la conciencia. Puede admitirse además que la aparición de ésta va unida al período de desasimilación del tejido nervioso; como lo ha hecho ver Herzen al pormenor (1). Pero todos estos resultados no son más que conquistas parciales: y el conocimiento científico de la génesis de un fenómeno supone la determinación de *todas* sus condiciones esenciales.

El porvenir las dará tal vez. Entretanto, será lo más fructuoso, para corroborar nuestra hipótesis, demostrar que sólo por ella se explica un carácter capital (no ya una condición) de la conciencia, su *intermitencia*. Para evitar desde el principio todo equívoco, notemos que no se trata de la discontinuidad de los estados de conciencia entre sí. Cada uno tiene sus límites que, aun permitiéndole

(1) *La condizione fisica della coscienza,* in-4.º, Roma, 1879.—*Le cerveau et l'activité cérébrale*, 1887.

asociarse á los demás, mantienen su individualidad propia. No es de eso de lo que aquí se trata, sino del hecho bien conocido de que la conciencia tiene sus interrupciones ó, para hablar el lenguaje vulgar, que no siempre se está pensando.

Es verdad que esta aserción ha sido contradicha por la mayoría de los metafísicos. En realidad no han presentado nunca pruebas en apoyo de su tesis, y como todas las apariencias están en su contra, parece natural que á ellos incumba el *onus probandi*. Toda su argumentación se reduce á decir que puesto que el alma es esencialmente una cosa pensante, es imposible que la conciencia no exista siempre, en cualquier grado que sea, aun cuando no quede de ella ninguna huella en la memoria. Pero esto es una simple petición de principio, puesto que la hipótesis que sostenemos niega precisamente su mayor. La pretendida prueba no es, en definitiva, más que una deducción sacada de una hipótesis contradicha. — Sería fuera de propósito examinar aquí esta cuestión

al pormenor: bastará presentarla en resumen.

Si, apartando toda idea preconcebida, nos atenemos á la simple observación de los hechos, tropezamos con la gran dificultad siguiente: es con frecuencia imposible decidir si hay *inconsciencia* ó *amnesia*. Que un estado de conciencia aparezca, dure muy poco, no se organice como recuerdo, no deje ninguna huella de su paso, y será para el individuo como si no hubiese existido. Ahora, la existencia de esas conciencias efímeras está demostrada; no es una ausencia de conciencia sino una ausencia de recuerdo. Deducción hecha de estos casos, quedan otros, en los cuales, para todo crítico imparcial, es imposible dejar de admitir que la desaparición completa de la conciencia es la única hipótesis verosímil.

Se ha afirmado que no hay jamás sueño sin ensueño; esta aserción es puramente teórica. La única razón de hecho que se puede invocar es que á veces el durmiente, apostrofado ó interrogado, responde de un modo

bastante acorde, y no tiene de ello el menor recuerdo al despertar. Sin embargo, este hecho no justifica una conclusión general.

Notemos, además—y este punto es importante,—que todos aquellos que han investigado si hay un sueño cerebral perfecto, son espíritus cultos y activos (psicólogos, médicos, literatos), en los que el cerebro está siempre despierto, vibrando como un instrumento delicado á la más ligera excitación, teniendo, por decirlo así, el hábito de la conciencia. De suerte que los que se ponen la cuestión: «¿Se sueña siempre?» son los menos aptos para resolverla negativamente. Pero entre las gentes de las profesiones manuales no sucede lo mismo. Un campesino que vive lejos de toda agitación intelectual, encerrado en las mismas ocupaciones y en la misma rutina, en general no sueña. Conozco muchos que consideran el ensueño como un accidente raro en su vida nocturna. Por lo demás, álgunos hombres de una actividad intelectual notable (Lessing, Th. Reid, etc.

etcétera), afirman no haber soñado jamás. Es poco verosímil que ciertos sueños, que suceden á un período de gran fatiga física, no estén, al menos momentáneamente, vacíos de todo ensueño.—En las operaciones quirúrgicas, la anestesia artificial raramente es llevada hasta la insensibilidad absoluta. Parece, sin embargo, que en ciertos casos, estudiados sobre sí mismos por buenos observadores (1), la inconsciencia completa se produce durante un período que varía de algunos segundos á un minuto y aun más.—En el vértigo epiléptico conocido también bajo los nombres de «mal menor», «ataque», «ausencia», se nota con frecuencia una pérdida completa de la conciencia, con frases bruscamente interrumpidas y vueltas á enlazar exactamente en el mismo punto después del ataque (2), pero yo inscribo sin dudar

(1) Véase Lacassagne, *Mémoires de l'Académie de Médecine*, tomo III, 1869, págs. 30 y 36.

(2) Se encontrarán numerosos ejemplos en todos los autores que han tratado de la epilepsia. Para la interrupción de frases véase en particular Forbes Winslow: *On obscure*

como amnesia pura y simple los estados conocidos bajo el nombre de «automatismo comicial ambulatorio» que duran horas y días. Además, al volver al estado normal muchos de estos enfermos declaran ellos mismos que les parece «salir de un sueño.» —Los choques y los golpes en la cabeza, las conmociones bruscas producen de ordinario la inconsciencia con una amnesia retroactiva, es decir, que los sucesos inmediatamente anteriores al acontecimiento no dejan ninguna huella en la memoria y que se produce así en la vida mental del paciente una laguna que varía de algunos segundos á muchos minutos. El Dr. Hamilton, que tan minuciosamente ha estudiado estos accidentes desde el punto de vista de la medicina legal (1) y que ha recogido veintiseis casos auténticos, cree poder afirmar como una ley que la amnesia re-

diseases, etc., pág. 322 y sigs.—Maudsley, *Path. de l'esprit*, trad. fr., págs. 9 y 10; Puel, *De la catalepsie* (*Mém. de l'Acad. de Méd.*, 1856, pág. 475.

(1) *Loss of consciousness* (en *Medico-legal Society of New-York*, 3.ª serie, 1886, pág. 206 y siguientes).

troactiva está en razón directa de la duración de la inconsciencia. Si ésta es parcial y corta, la amnesia retroactiva no abarca más que algunos segundos; si es total y larga, la amnesia crece proporcionalmente.

No veo qué objeción pueda hacerse á los hechos de este género, á menos de volver á la inevitable hipótesis de estados de conciencia, que no hubieran dejado huella alguna en la memoria; pero, añadiremos una vez más, esa es una hipótesis gratuita, sin verosimilitud. Los que están sujetos á desvanecimientos con pérdida del conocimiento saben bien que durante ese estado pueden caerse, lastimarse un miembro, tirar una silla, y al volver en sí no conservar idea alguna de lo que ha pasado. ¿Es verosímil que esos accidentes, bastante graves si hubiesen ido acompañados de conciencia, no hubiesen dejado ningún recuerdo persistente, al menos algunos segundos? No negamos de ninguna manera que en ciertas circunstancias, normales ó morbosas, (por ejemplo, en los hipnotizados), hay esta-

dos de conciencia que no dejan ninguna huella aparente al despertar y que pueden reavivarse más tarde. Restringiremos cuanto se quiera los casos de interrupción completa de la conciencia; pero acabamos de demostrar que *los hay*, y basta que haya uno sólo para suscitar en la hipótesis del alma, sustancia pensante, dificultades invencibles. En la hipótesis contraria todo se explica fácilmente. Si la conciencia es un acontecimiento que depende de condiciones determinadas, nada tiene de asombroso que falte algunas veces.

Si fuese éste el lugar de tratar á fondo la cuestión de la conciencia, se podría demostrar que, en nuestra hipótesis, la relación de lo consciente á lo inconsciente no ofrece nada de fluctuante ni de contradictorio. El término inconsciente puede siempre traducirse por esta perífrasis: un estado fisiológico que, yendo algunas veces, y aun las más, acompañado de conciencia, ó habiéndolo estado en su origen, no lo está actualmente. Tal característica, negativa como psicología, es positiva como

fisiología. Afirma que, en todo fenómeno psíquico, el elemento fundamental y activo es el proceso nervioso; que el otro no es más que concomitante. Por consecuencia, no hay dificultad en comprender que todas las manifestaciones de la vida psíquica puedan ser alternativamente inconscientes y conscientes. Para el primer caso, es preciso y basta que se produzca un proceso nervioso determinado, es decir, que éntre en juego un número determinado de elementos nerviosos que formen una asociación determinada, con exclusión de todos los demás elementos nerviosos y de todas las demás asociaciones posibles. Para el segundo caso es preciso y basta que condiciones suplementarias, cualesquiera que sean, se agreguen, sin cambiar nada la naturaleza del fenómeno, sino haciéndole consciente. Se comprende así cómo la cerebración inconsciente hace tanto trabajo sin ruido y, después de una incubación con frecuencia muy larga, se revela en resultados inesperados. Cada estado de conciencia no representa más que una porción muy débil de nuestra

vida psíquica, porque está á cada instante sostenido y, por decirlo así, impulsado por estados inconscientes. Cada volición, por ejemplo, arraiga hasta lo más profundo de nuestro ser; los motivos que la acompañan y la explican en apariencia, no son jamás sino una débil parte de su verdadera causa. Lo mismo pasa con un gran número de nuestras simpatías, y el hecho es de tal manera claro, que los espíritus más desprovistos de observación se asombran con frecuencia de no poder darse cuenta de sus antipatías y de sus amores.

Sería fastidioso y fuera de propósito continuar esta demostración. Si el lector lo desea, puede ver en la *Filosofía de lo inconsciente*, de Hartmann, la parte titulada «Fenomenología.» Allí encontrará clasificadas todas las manifestaciones de la vida inconsciente del espíritu, y verá que no hay un solo hecho que no se explique con la hipótesis aquí sostenida. Y que ensaye en seguida con la otra.

Un último punto nos queda que examinar.

La teoría que considera la conciencia como un fenómeno, teoría deducida (se podría demostrar, si tal digresión fuese de este sitio) de aquel principio fundamental en fisiología: «El reflejo es el tipo de la acción nerviosa y la base de toda actividad psiquica,» les ha parecido á muchos buenos espíritus paradójica é irreverente. Les parece que quita á la psicología toda solidez y toda dignidad. Les repugna admitir que las manifestaciones más altas de la naturaleza sean inestables, fugaces, sobrepuestas y, en cuanto á sus condiciones de existencia, subordinadas. Y, no obstante, eso no es más que un prejuicio. La conciencia, cualquiera que sea su origen y su naturaleza, no pierde nada de su valor; debe ser apreciada en sí misma; y para el que se coloca en el punto de vista de la evolución, no es el origen lo que importa, sino la altura alcanzada. La experiencia nos demuestra, por lo demás, que á medida que se asciende en la serie, los compuestos naturales son más complejos y más inestables. Si la estabilidad diera la medida de la dignidad, el

primer papel correspondería á los minerales. Esta objeción, de puro sentimiento, no es, pues, aceptable. En cuanto á la dificultad de explicar con esta hipótesis la unidad y la continuidad del sujeto consciente, sería prematuro hablar de ella al presente. Esta cuestión vendrá á su tiempo.

Hay, sin embargo, un lado débil en la hipótesis de la conciencia-fenómeno; sus partidarios más convencidos la han sostenido bajo una forma que les ha valido el nombre de teóricos del puro automatismo. Según sus comparaciones favoritas, la conciencia es como la ráfaga de luz que sale de una máquina de vapor y la ilumina, pero sin tener la menor eficacia sobre su marcha; no tiene más acción que la sombra que acompaña los pasos del viajero. Si estas metáforas no tienen otro objeto que traducir la doctrina bajo una forma viva, no hay nada que decir; pero tomadas en su sentido estricto, son exageradas é inexactas. La conciencia es en sí misma y por sí misma un nuevo factor, y en esto no hay nada de místi-

co ni de sobrenatural, como vamos á ver.

Ante todo, por la hipótesis misma, suponiendo en el estado de conciencia condiciones fisiológicas más numerosas (ó al menos otras) que en el mismo estado cuando permanece inconsciente, resulta de aquí que dos individuos, uno de los cuales estuviese en el primer caso y el otro en el segundo, y en igualdad de circunstancias además, no son estrictamente comparables.

Se pueden alegar razones todavía más concluyentes—no deducciones lógicas, sino hechos.—Cuando un estado fisiológico ha llegado á ser un estado de conciencia, ha adquirido por esto mismo un carácter particular. En lugar de determinarse en el espacio, es decir, de poder representarse como la entrada en actividad de un cierto número de elementos nerviosos que ocupan una superficie determinada, ha tomado una posición en el *tiempo*: se ha producido después de esto y antes de aquello, mientras que para el estado inconsciente no hay ni antes ni después. Se hace susceptible de ser llamado, es decir, re-

conocido como el que ha ocupado una posición precisa entre otros estados de conciencia. Ha llegado á ser, pues, un nuevo factor en la vida psíquica del individuo, un resultado que puede servir de punto de partida para cualquier nuevo trabajo consciente ó inconsciente; tiene tan poco de producto de una operación sobrenatural, que se reduce á ese registro orgánico que es la base de toda memoria.

Para precisar más, pongamos algunos ejemplos. La volición es siempre un estado de conciencia, la afirmación de que una cosa debe hacerse ó impedirse; es el resultado final y claro de un gran número de estados conscientes, subcónscientes é inconscientes; pero, una vez afirmada, es en la vida del individuo un nuevo factor, y en la posición tomada marca una continuidad, la posibilidad de ser recomenzada, modificada, impedida. Nada semejante pasa con los actos automáticos no acompañados de conciencia.—Los novelistas y los poetas, buenos observadores de la naturaleza humana, han descrito con

frecuencia ese estado en que una pasión—amor ú odio,—largo tiempo incubada, inconsciente, ignorante de sí misma, se da á luz por fin, se reconoce, se afirma con claridad, se hace consciente. Entonces su carácter cambia; redobla su intensidad ó es suprimida por motivos antagónicos. Aquí todavía la conciencia es un nuevo factor que ha modificado la situación psicológica.—Se puede instintivamente, es decir, por una cerebración inconsciente, resolver un problema; pero es muy probable que otro día, en otro momento, se fracase ante un problema análogo. Si, por el contrario, la solución se ha obtenido por un razonamiento consciente, el fracaso es muy poco probable en este segundo caso, porque cada paso adelante señala una posición adquirida y ya no se camina á ciegas. Esto no disminuye, por lo demás, en nada el papel del trabajo inconsciente en los descubrimientos.

Estos ejemplos, tomados al azar, bastan para demostrar que las metáforas citadas más arriba son verdaderas para cada estado de

conciencia *tomado en sí mismo*. No es, pues, en sí mismo más que una luz sin eficacia, la simple revelación de un trabajo inconsciente; pero, con relación al desarrollo futuro del individuo, es únicamente un factor de primer orden.

Lo que es verdad del individuo, lo es de la especie y de la sucesión de las especies. Desde el solo punto de vista de la supervivencia del más apto, y fuera de todas las consideraciones psicológicas, la aparición de la conciencia sobre la tierra es un hecho capital. Por ella la experiencia, es decir, una adaptación de orden superior, ha sido posible para el animal. No necesitamos investigar su origen. Se han hecho sobre este asunto hipótesis muy ingeniosas, que entran en el dominio de la metafísica, y que la psicología experimental no tiene que discutir, porque toma la conciencia á título de *datum*. Es verosímil que la conciencia se ha producido, como toda otra manifestación vital, primero bajo una forma rudimentaria, y en aparencia sin gran eficacia. Pero en cuanto ha sido capaz de de-

jar un residuo, de constituir en el animal una memoria en el sentido psíquico, que ha capitalizado su pasado en provecho de su porvenir, una nueva probabilidad de supervivencia se produce. A la adaptación inconsciente, ciega, accidental, dependiente de las circunstancias, se ha añadido una adaptación consciente, seguida, dependiente del animal, más segura y más rápida que la otra; ha abreviado el trabajo de la selección.

La función de la conciencia en el desarrollo de la vida psíquica es, pues, evidente. Si he insistido tanto sobre este punto es porque los promovedores de la hipótesis aquí sostenida no la han considerado más que en su presente, sin preocuparse de los resultados de su aparición. Afirman bien que dicha hipótesis da luz, pero no han demostrado lo que añade. Una vez más la conciencia no es en sí misma más que un fenómeno, un acompañamiento. Si existen animales en los que aparece y desaparece á cada instante, sin dejar huellas, será rigurosamente exacto llamarles autómatas espirituales; pero si este estado de

conciencia deja un residuo, un registro en el organismo, no actúa sólo como indicador, sino como condensador. La metáfora del autómata no es ya aceptable. Esto admitido, muchas de las objeciones á la teoría de la conciencia-fenómeno caen por sí mismas. Se completa sin debilitarse.

CAPÍTULO PRIMERO

LAS PERTURBACIONES ORGÁNICAS

El sentido corporal; su importancia y su complejidad.—Ligeras variaciones de la personalidad en el estado normal.—Casos más graves.—Casos de doble personalidad.—La personalidad en los monstruos dobles, en los gemelos.

I

Insistiré largamente sobre las condiciones orgánicas de la personalidad, porque todo reposa sobre ellas, y ellas lo explican todo. La psicología metafísica no se ha preocupado de esto apenas, y era lógico, puesto que para ella el yo viene de alto y no de abajo. Para nosotros, por el contrario, es en los fenómenos más elementales de la vida donde es

preciso buscar los elementos de la personalidad: éstos son los que imprimen marca propia, carácter. El sentido orgánico, ese sentido del cuerpo, en nosotros vago y oscuro de ordinario, á veces muy claro, es para todo animal la base de su individualidad psíquica (1). El constituye ese «principio de individuación,» tan buscado por los doctores escolásticos, porque sobre él reposa todo, directa ó indirectamente. Se puede considerar como muy verosímil que, á medida que se desciende hacia los animales inferiores, el sentido del cuerpo se hace más y más preponderante, hasta el momento en que él constituye la individualidad psíquica entera. Pero en el hombre y los animales superiores, el mundo agitado de los deseos, pasiones, percepciones, imágenes, ideas, recubre ese fondo silencio-

(1) Notemos de pasada que un gran metafísico, Espinosa, sostiene claramente la misma tesis, aunque en otros términos: «El objeto de la idea que constituye el alma humana es el cuerpo... y nada más.»—«La idea que constituye el ser formal del alma humana, no es simple, sino compuesta de varias ideas.» *(Ethique,* parte II, proposiciones 13 y 15: véase también el escolio de la proposición 17.)

so: salvo por intervalos, se le olvida, porque se le ignora. Sucede en esto como en el orden de los hechos sociales. Los millares de seres humanos que componen una gran nación, se reducen, para ella misma y para los demás, á algunos millares de hombres, que son su conciencia clara, que resumen su actividad social bajo todas sus fases: política, industria, comercio, cultura intelectual. Y sin embargo, esos millones de seres ignorados, de existencia limitada y local, que viven y mueren sin ruido, son los que hacen todo el resto: sin ellos nada existe. Constituyen esa reserva innagotable, de la que por selección rápida ó brusca suben algunos á la superficie; pero esos privilegiados del talento, del poder ó de la riqueza, sólo tienen una existencia efímera. La degeneración, fatalmente inherente á todo lo que se eleva, les hará descender á ellos ó á su raza, mientras que el trabajo sordo de los millones de ignorados continuará produciendo otros é imprimiéndoles carácter.

La psicología metafísica no mira más que

á las cimas, y la observación interna no dice demasiado sobre lo que pasa en el interior del cuerpo; así, el estudio de la sensibilidad general ha sido primero, y sobre todo, obra de los fisiólogos.

Henle (1840) definía la sensibilidad general ó «cenestesia»: «el *tonus* de los nervios sensibles ó la percepción del estado de actividad media en que esos nervios se encuentran constantemente, aun en los momentos en que ninguna impresión exterior los solicita.» Y en otra parte: «Es la suma, el caos no desbrozado de las sensaciones que de todos los puntos del cuerpo se trasmiten sin cesar al sensorio (1).»—Mas preciso, E.-H. Weber entendía por esa palabra: una sensibilidad interna, un tacto interior, que proporciona al sensorio datos sobre el estado mecánico y químico-orgánico de la piel, de las mucosas y serosas, de las vísceras, de los músculos, de las articulaciones.

Fué primero en Francia, un médico filó-

(1) *Pathologische Untersuchungen*, 1848, pág. 114.—*Allgemeine Anatomie*, 1841, pág. 728.

sofo, Louis Peisse, el que reaccionó contra la doctrina de Jouffroy, que pretendía que no conocemos nuestro propio cuerpo más que de una manera objetiva, como una masa extensa y sólida, semejante á todos los demás cuerpos del universo, colocada fuera del yo, y extraña al sujeto que la percibe, del mismo modo que lo es su mesa ó su chimenea. Demostró, aunque en términos un poco tímidos, que el conocimiento de nuestro cuerpo es ante todo, subjetivo. Su descripción de esta conciencia orgánica me parece demasiado exacta para no citarla entera. «¿Es seguro, dice, que no tengamos absolutamente conciencia alguna del ejercicio de las funciones orgánicas? Si se trata de una conciencia clara, distinta y localmente determinable, es evidente que nos falta; pero podemos muy bien tener una conciencia sorda, oscura y, por decirlo así, latente; análoga, por ejemplo, á la de las sensaciones que provocan y acompañan los movimientos respiratorios; sensaciones que, bien que incesantemente repetidas, pasan como inadvertidas. ¿No se

podría, en efecto, considerar como un eco lejano, débil y confuso del trabajo vital universal ese sentimiento tan notable, que nos advierte, sin discontinuidad ni remisión, de la presencia y de la existencia actual de nuestro propio cuerpo? Casi siempre, y equivocadamente, se ha confundido ese sentimiento con las impresiones accidentales y locales que durante la vigilia mantienen vivo, estimulan y sostienen el juego de la sensibilidad. Estas sensaciones, aunque incesantes, no hacen más que apariciones fugitivas y transitorias en el teatro de la conciencia, mientras que el sentimiento de que se trata, dura y persiste por bajo de esa escena movible. Condillac le llamaba, con bastante propiedad, el sentimiento fundamental de la existencia; Maine de Biran, el sentimiento de la existencia sensitiva. Por él aparece el cuerpo sin cesar al yo, como *suyo*, y el sujeto espiritual se siente y se apercibe existir en cierto modo localmente en la extensión limitada del organismo. Monitor perpetuo é indefectible, hace el estado corporal incesantemente presente á la

conciencia, y manifiesta así de la manera más íntima el lazo indisoluble de la vida psíquica y de la vida fisiológica. En el estado ordinario de equilibrio, que constituye la salud perfecta, ese sentimiento es, como hemos dicho, continuo, uniforme y siempre igual, lo que le impide llegar al yo, al estado de sensación distinta, especial y local. Para ser distintamente notado, es preciso que adquiera cierta intensidad; se expresa entonces por una vaga impresión de bienestar ó de malestar general, indicando, el primero, una simple exaltación de la acción vital fisiológica; el segundo, su perversión patológica; pero en este caso no tarda en localizarse bajo forma de sensaciones particulares, referidas á tal ó cual región del cuerpo. Se revela á veces de una manera más indirecta, pero, sin embargo, mucho más evidente cuando llega á desfallecer en un punto dado del organismo; por ejemplo, en un miembro atacado de parálisis. Este miembro se relaciona aún al agregado vivo, pero no está ya comprendido en la esfera del yo orgánico, si se nos permite esta expresión.

Cesa de ser apercibido por ese yo como *suyo*, y el hecho de esta separación, aunque negativo, se traduce por una sensación positiva particular, conocida de cuantos han experimentado un entorpecimiento completo de alguna parte, causado por el frío ó por la compresión de los nervios. Esta sensación no es otra cosa que la expresión de la especie de laguna ó de disminución que sufre el sentimiento universal de la vida del cuerpo; prueba que el estado vital de ese miembro existía realmente, aunque oscuramente sentido, y constituía uno de los elementos parciales del sentimiento general de la vida del todo orgánico. Así es como un ruido continuo y monótono, como el de un carruaje cuando uno va dentro, deja de percibirse, aunque siga siempre oyéndose, porque si cesa bruscamente, la parada se observa al momento. Esta analogía puede ayudar á hacer comprender la naturaleza y el modo de existencia del sentimiento fundamental de la vida orgánica, el cual no será en esta hipótesis más que una resultante *in confuso* de las impulsiones pro-

ducidas sobre todos los puntos vivos por el movimiento interior de las funciones, llevadas al cerebro, sea directamente por los nervios cerebro-espinales, sea mediante los nervios del sistema ganglionar (1).»

Desde la época en que esta página aparece (1844), fisiólogos y psicólogos han trabajado en estudiar los elementos de este sentido general del cuerpo. Han determinado lo que cada función vital lleva por su parte; han demostrado cuán complejo es este sentimiento confuso de la vida que por una repetición incesante ha llegado á nosotros tan bien, que buscarlo será buscarse á sí mismo. Así no lo conocemos más que por las variaciones que lo elevan sobre el tono normal ó lo colocan por debajo de éste. Se encontrará en las obras especiales (1) el estudio detallado de estas funciones vitales y de su contribución psíquica: no he de hacerlo aquí, y

(1) Nota en su edición de los *Rapports du physique et du moral*, de Cabanis, pág. 108-109.

(1) Véase particularmente Bain, *Les sens et l'intelligence*, trad. Cazelles, parte I, c. II, et Maudsley, *Pathologie de l'esprit*, trad. Germont, pág. 33-42.

será suficiente resumirlo en algunas líneas.

Tenemos, desde luego, las sensaciones orgánicas unidas á la respiración, el sentimiento de bienestar producido por un aire puro, la sofocación en un aire confinado; las que vienen del tubo digestivo; otras, más generales todavía, unidas al estado de nutrición. El hambre, por ejemplo, y la sed, á pesar de las apariencias, no tienen localización precisa; resultan de un malestar del organismo entero; es un llamamiento hecho por la sangre empobrecida. En lo que concierne á la sed especialmente, los experimentos de Cl. Bernard han demostrado que procede de una falta de agua en el organismo, no de la sequedad de la faringe. Entre todas las funciones, la circulación general y local es quizá la de influjo psicológico más grande, cuyas variaciones son más importantes de un individuo á otro, y, según los diversos momentos, en el mismo individuo. Recordemos además las sensaciones orgánicas que vienen del estado de los músculos, el sentimiento de fatiga y de desfallecimiento, ó su contrario. En fin,

el grupo de las sensaciones musculares que, asociadas á las sensaciones externas de la vista y del tacto, juegan un gran papel en la formación de nuestros conocimientos. Aun reducida á ella sola, bajo su forma puramente subjetiva, la sensibilidad muscular nos revela el grado de contracción ó de relajamiento de los músculos, la posición de nuestros miembros, etc. Omito á propósito las sensaciones orgánicas del aparato genital; volveremos á ellas para estudiar las bases afectivas de la personalidad.

Si el lector puede representarse bien un instante la multitud y la diversidad de acciones vitales que acabamos de clasificar bajo sus títulos más generales, se tendrá alguna idea de lo que es necesario entender por la frase «bases físicas de la personalidad.» Siempre activas, compensan, por la continuidad, su debilidad como elementos psíquicos.

Así, desde que las formas superiores de la vida mental desaparecen, pasan aquéllas al primer rango. Se encuentra un ejemplo muy claro en los ensueños agradables ó desagra-

dables, suscitados por sensaciones orgánicas (pesadillas, sueños eróticos, etc.) Se asigna todavía con más precisión, á cada órgano, la parte que le corresponde en estos ensueños; la sensación del peso parece estar unida sobre todo á las afecciones digestivas y respiratorias; el sentimiento de lucha y de combate, á las afecciones del corazón. En casos más raros, sensaciones patológicas, inadvertidas durante la vigilia, tienen un eco durante el sueño como un síntoma premonitor.

Armand de Villeneuve sueña que está mordido en la pierna por un perro; algunos días después, la pierna está invadida por una úlcera cancerosa. Gessner se cree mordido, durante su sueño, en el lado izquierdo por una serpiente; poco después se desarrolló en el mismo sitio un antrax, del cual murió. Macario sueña que ha tenido un violento mal de garganta; se despierta sano, y algunas horas después es atacado de una amigdalitis intensa. Un hombre ve en sueños un epiléptico; él llegó á serlo poco después. Una mujer sueña que habla á un hombre que no puede responder-

le, porque es mudo; al despertar está afónica. —En todos estos casos tomamos á título de hechos estas incitaciones oscuras que de las profundidades del organismo llegan á los centros nerviosos, y que la vida consciente, con su tumulto y su movilidad perpetua, oscurece en lugar de revelar.

Es claro que la fe exclusiva, acordada desde tan largo tiempo por la psicología á los datos únicos de la conciencia debía dejar en la sombra los elementos orgánicos de la personalidad; por su profesión, los médicos, muy al contrario, debían estudiarlos. La doctrina de los temperamentos, tan antigua como la medicina misma, siempre criticada, siempre retocada (1), es la expresión vaga y flotante

(1) Henle ha ensayado recientemente, *Anthropologische Vortrage*, 1877, pág. 103, 130), referir los temperamentos á los diversos grados de la actividad ó *tonus* de los nervios sensitivos y motores. Cuando este grado es el inferior, tenemos el temperamento flemático; si un grado superior, con agotamiento rápido de los nervios, tenemos el temperamento sanguíneo. El colérico supone también un *tonus* elevado, pero con persistencia en la acción nerviosa. El temperamento melancólico no puede definirse por la simple cantidad de acción nerviosa: supone un *tonus* elevado con tendencia á las emociones, más que á la actividad voluntaria.

de los principales tipos de la personalidad física, tales como la observación los da, con los principales rasgos psíquicos que de ellos se desprenden. Así, los raros psicólogos que han estudiado los diversos tipos de carácter, han buscado aquí su punto de apoyo. Kant lo hacía ya hace más de un siglo. Si la determinación de los temperamentos pudiera llegar á ser científica, la cuestión de la personalidad se simplificaría mucho. Entretanto, el primer punto consiste en desembarazarse de esta opinión preconcebida, de que la personalidad es un carácter misterioso, caído del cielo, sin antecedentes en la naturaleza. Si miramos sencillamente á los animales que nos rodean, no habrá ninguna dificultad en admitir que la diferencia del caballo y de la mula, del ganso y del pato, su «principio de individuación,» no puede proceder más que de una diferencia de organización y de adaptación al medio, con las consecuencias psíquicas que resultan, y que en la misma especie las diferencias de un individuo á otro no pueden venir tampoco pri-

mitivamente de otra parte. No hay ninguna razón en el orden natural para excluir al hombre; solamente que aquí el desenvolvimiento excesivo de las facultades intelectuales y afectivas ilusiona y oculta los orígenes.

La personalidad física, entendiendo por esta palabra el simple sentimiento del estado del organismo, una manera de ser, de la cual hipotéticamente toda conciencia, clara ú oscura, actual ó reproducida de cualquier dato exterior, haya desaparecido, ¿existe en la naturaleza? Evidentemente no, en los animales superiores; y no puede plantearse más que á título de abstracción muy artificial. Es verosímil que esa forma de individualidad psíquica, que consiste simplemente en la conciencia que el animal tiene de su propio cuerpo, existe en las especies muy inferiores, no siempre en las más bajas.

En éstas (y los individuos multicelulares, es decir compuestos de células semejantes entre sí, nos suministran un ejemplo), la constitución del organismo es de tal modo homogénea, que cada elemento vive por sí,

cada célula tiene su acción y reacción propias; pero su totalidad no representa ya un individuo; como seis caballos tirando de un coche en el mismo sentido no constituyen un caballo. No hay ni coordinación ni consensus, sino simplemente yuxtaposición en el espacio. Si, como hacen algunos autores, se atribuye á cada célula lo análogo de una conciencia (que no sería más que la expresión psíquica de su irritabilidad), se tendría aquí la conciencia en el estado de completa difusión. Habría, de un elemento á otro, una impenetrabilidad que dejaría á la masa por entero en estado de materia viva, pero sin unidad ni aun exterior.

Más arriba, por ejemplo, en las hidras, la observación muestra un cierto consensus en las acciones y reacciones, y cierta división del trabajo. Pero la individualidad es bien precaria; á tijeretazos, de un individuo Trembley hacía cincuenta. Inversamente, con dos hidras se hace una; basta volver la más pequeña antes de introducirla en la mayor, de manera que los dos entodermos se

pongan en contacto y se suelden. En tanto que se puede aventurar una opinión en tan oscura materia, la adaptación de los movimientos denota cierta unidad temporal, inestable, á merced de las circunstancias, que quizá no deje de ir acompañada de alguna conciencia oscura del organismo.

Si se encuentra que estamos demasiado bajo todavía, se puede á voluntad subir (porque toda determinación de este género es arbitraria), para fijar el punto donde el animal no tiene más que la conciencia de su organismo, de aquello que él sufre y produce—no tiene más que una conciencia orgánica. Puede ser también que esta forma de la conciencia no exista en estado puro; porque desde que aparecen los rudimentos de los sentidos especiales, el animal traspasa el nivel de al sensibilidad general; y de otra parte, ¿la sensibilidad general sola basta para constituir una conciencia? Se sabe que el feto humano hace esfuerzos para sustraerse á una posición incómoda, á la sensación del frío, á una irritación dolorosa; pero ¿son estos reflejos inconscientes?

Tengo prisa por salir de estas conjeturas. Lo que al menos es indiscutible, es que la conciencia orgánica (es decir, la que el animal tiene de su cuerpo, y nada más que de su cuerpo) tiene, en la mayor parte de la animalidad, una enorme preponderancia, que está en razón inversa del desenvolvimiento psíquico superior; que siempre y en todas partes esta conciencia del organismo es la base sobre que descansa la individualidad. Por ella existe todo; sin ella, nada. Lo contrario no se comprende; porque no es por el organismo por donde vienen las impresiones exteriores, primera materia de toda vida mental, y lo que importa todavía más, no es que en él los instintos, sentimientos, aptitudes propias á cada especie, á cada individuo estén inscritos y fijados por la herencia, no se sabe cómo, pero—los hechos lo prueban—con una solidez inquebrantable.

II

Si se admite, pues, que las sensaciones orgánicas que vienen de todos los tejidos, de todos los órganos, de todos los movimientos producidos, en una palabra, de todos los estados del cuerpo, están representadas en un grado cualquiera y bajo una forma cualquiera en el *sensorium*, y que la personalidad física no es más que su conjunto, se sigue de aquí que debe variar con ellos y como ellos, y que estas variaciones alcanzan todos los grados posibles, desde el simple malestar á la metamorfosis total del individuo. Los ejemplos de «doble personalidad,» que han hecho tanto ruido (hablaremos más tarde de ello), no son más que un caso extremo. Con gran paciencia é indagaciones suficientes se encontrarían en la patología mental bastantes observaciones para establecer una progresión, ó, mejor, una

regresión continua del cambio más pasajero á la alteración más completa del yo. El yo no existe sino á condición de variar continuamente; esto es incontestable. En cuanto á su identidad, no es más que una cuestión de número; persiste mientras que la suma de los estados que quedan relativamente fijos es superior á la suma de los que se unen á ese grupo estable ó se desprenden de él.

Por el momento, no vamos á estudiar más que los desórdenes de la personalidad, ligados inmediatamente á las sensaciones orgánicas. Como por sí misma la sensibilidad general no tiene más que un valor psíquico, bastante débil, no produce más que desórdenes parciales, salvo los casos en que la alteración es total ó brusca.

Comencemos por notar un estado apenas morboso, conocido probablemente de todo el mundo, que consiste en un sentimiento de exuberancia ó de depresión sin causas conocidas. El tono ordinario de la vida cambia; se eleva ó baja. En el estado normal, hay una «euforia» positiva: el

cuerpo no acusa ni bienestar ni malestar. Otras veces, por el contrario, las funciones vitales se exaltan; la actividad es exuberante y tiende á gastarse; todo parece fácil y útil. Ese estado de bienestar, al principio sólo físico, se propaga en el organismo nervioso y suscita en masa sentimientos agradables, con exclusión de otros. Entonces, todo se ve de color de rosa. A veces es á la inversa: un estado de malestar, de abatimiento, de inercia y de impotencia, y como consecuencia de esto, la tristeza, el temor, los sentimientos tristes y deprimentes. Entonces todo se ve negro. En ambos casos, por lo demás, no hay noticia, ni sucesos, nada en el exterior, que justifique esta alegría ó esta tristeza súbitas.

Con seguridad, no puede decirse que la personalidad está transformada en sentido absoluto. Lo está relativamente. Para sí mismo, y, mejor todavía, para los que le conocen, el individuo ha cambiado, no es ya el mismo. Traducido al lenguaje de la psicología analítica, esto quiere decir que su personalidad

está constituída por elementos, los unos relativamente fijos, otros variables; que habiendo traspasado con mucho la variabilidad, su tasa media, la porción estable se ve atacada, pero sin desaparecer.

Ahora, si se supone (y esta hipótesis se realiza diariamente) que ese cambio, en lugar de desaparecer en breve para volver al estado normal, persiste; en otros términos, si las causas físicas que le suscitan son permanentes, en lugar de ser transitorias, se forma entonces un nuevo hábito físico y mental, y el centro de gravedad del individuo tiende á cambiarse.

Este primer cambio puede producir otros, de suerte que la trasformación aumenta siempre. No insisto por el momento. Quiero demostrar sencillamente cómo de un estado vulgar se puede descender poco á poco hasta la metamorforsis completa: no es más que una cuestión de grado.

Es imposible, estudiando los desórdenes de la personalidad, determinar rigurosamente cuáles son los que tienen su causa *inme-*

diata en las perturbaciones de la sensibilidad general, suscitando ellos, por una acción secundaria, estados psíquicos de un orden superior (alucinaciones, sentimientos é ideas morbosas. Me limitaré á los casos en que parecen preponderantes.

Se encontrará en los *Annales médico-psychologiques* (1) cinco observaciones que el autor ha agrupado bajo este título: «Una aberración de la personalidad física.» Sin discutir sobre la denominación, que dice tal vez más de lo que conviene, se ve que, sin causa exterior, un estado orgánico desconocido, una alteración de la cenestesia, produce una sensación de aniquilamiento corporal. «En medio de la salud más floreciente, y cuando se está en posesión de cierta exuberancia de vida y de fuerza, se experimenta una sensación de debilidad siempre creciente y tal, que se teme á cada instante caer en síncope ó desvanecerse.» Por lo demás, la sensibilidad permanece intacta, el enfermo come con ape-

(1) Setiembre, 1878; 5.ª serie, t. XX, p. 191-223.

tito, y si se ensaya á obrar contra su voluntad, reobra con extremada energía: repite que se siente morir, que se acaba poco á poco, que no le quedan más que algunas horas de vida. Naturalmente, sobre este fondo físico se ingertan concepciones delirantes: uno se cree envenenado, otro pretende que el demonio se ha introducido en su cuerpo y «chupa su vida.»

Atengámonos á las consecuencias inmediatas del estado físico. Encontramos aquí ese estado de abatimiento, ya descrito y conocido por todo el mundo, pero bajo una forma mucho más grave y más estable. El desorden mental se aumenta y se sistematiza. El individuo tiende á no ser ya el mismo. Esto es una nueva etapa hacia la disolución del yo, aunque falte todavía mucho para alcanzarla

Este principio de trasformación, debido á causas físicas, se encuentra también en los individuos que se dicen rodeados de un velo ó de una nube, separados del mundo exterior, insensibles. Otros (y estos fenómenos se explican naturalmente por perturbaciones de la

sensibilidad muscular), gozan con delicia de la ligereza de sus cuerpos, se sienten suspendidos en el aire, creen poder volar; ó bien tienen una sensación de pesadez en todo el cuerpo, en algunos miembros, en uno solo, que parece voluminoso y pesado. «Un joven epiléptico sentía á veces su cuerpo tan extraordinariamente pesado, que apenas si podía levantarlo. Otras veces se sentía de tal manera ligero, que creía no tocar el suelo. Otras, le parecía que su cuerpo había adquirido tal volumen, que le era imposible atravesar por una puerta (1).» En esta última ilusión, que concierne á las dimensiones del cuerpo, el enfermo se siente mucho más pequeño ó mucho mayor que en la realidad.

Las perversiones *locales* de la sensibilidad general, aunque restringidas por naturaleza, tienen una importancia psicológica no menos grande. Algunos sujetos dicen que no tienen dientes, boca, estómago, intestinos, cerebro:

(1) Griesinger: *Traité des maladies mentales*, trad. Doumic, p.92.

lo que no puede explicarse más que por una supresión ó una alteración de las sensaciones internas que existen en el estado normal y contribuyen á constituir la noción del yo físico. A la misma causa, complicada á veces con anestesia cutánea, hay que referir los casos en que el enfermo cree que uno de sus miembros, ó aun todo su cuerpo, es de madera, de cristal, de piedra, de manteca, etc.

Un poco más todavía, y dirá que no tiene cuerpo, que está muerto. Éstos casos se encuentran. Ésquirol habla de una mujer que creía que el diablo se había llevado su cuerpo: la superficie de la piel estaba completamente insensible. El médico Baudelocque, en los últimos tiempos de su vida, no tenía conciencia de la existencia de su cuerpo: decía que no tenía cabeza, brazos, etc. En fin, todo el mundo conoce el hecho referido por Foville: «Un soldado se creía muerto después de la batalla de Austerlitz,, donde había sido gravemente herido (1). Cuando se le pregun-

(1) Michéa. *Annales médico-pychologiques,* 1856, p. 249 siguientes.

taba, respondía:—¿Usted quiere saber cómo le va al tío Lambert? No existe; se le ha llevado una bala de cañón. Lo que usted ve aquí no es él, es una mala máquina que han hecho á su semejanza. Usted debería rogarles que hicieran otra.» Hablando de sí mismo, no decía nunca «yo» sino «esto». La piel estaba insensible, y con frecuencia caía en un estado completo de insensibilidad y de inmovilidad que duraba muchos días.»

Entramos aquí en los desórdenes graves, encontrando por vez primera una doble personalidad, ó más bien una discontinuidad, una falta de fusión entre dos períodos de la vida psíquica. Este caso me parece interpretarse como sigue: Antes de su accidente, este soldado tenía, como todo el mundo, su conciencia orgánica, el sentimiento de su propio cuerpo, de su personalidad física. Después del accidente, se ha producido un cambio íntimo en su organización nerviosa. Sobre la naturaleza de este cambio no se pueden hacer desgraciadamente más que hipóte-

sis, siendo sólo conocidos los efectos. De cualquier modo que sea, ha dado por resultado el nacimiento de otra conciencia orgánica: la de una «mala máquina.» Entre ésta y la antigua conciencia, cuyo recuerdo ha persistido con tenacidad, no se ha hecho soldadura alguna. Falta el sentimiento de la identidad, porque para los estados orgánicos, como para los otros, no puede resultar sino de una asimilación lenta, progresiva y continua de estados nuevos. Aquí no han entrado en el antigua yo á título de parte integrante. De ahí esa situación rara en que la personalidad antiguo aparece como pasada, como no existiendo ya, y en que el estado presente aparece como una cosa externa y extraña, como no existiendo. Notemos, por último, que en un estado en que la superficie del cuerpo no da ya sensaciones y donde las que vienen de los órganos son casi nulas; en que la sensibilidad superficial y profunda está extinguida, el organismo no suscita esos sentimientos, imágenes é ideas que le unen á la alta vida psíquica: se encuentra reducido á los actos au-

tomáticos que constituyen el hábito ó la rutina de la vida; es, propiamente hablando, «una máquina.»

Si se pretende que la personalidad sola, en este ejemplo, es la que se acuerda, se puede pensar en rigor; pero habrá que reconocer que es de una naturaleza bien extraordinaria, no existiendo más que en el pasado, y que, en vez de llamarle una persona, sería más justo llamarle una memoria.

Lo que distingue este caso de los que hablaremos después, es que aquí la aberración es física, no viene más que del cuerpo, y no se refiere más que al cuerpo. Aquel viejo soldado no creía ser *otro* (Napoleón, por ejemplo, aunque haya estado en Austerlitz). El caso es lo más puro posible de elementos intelectuales.

Más bien á las perturbaciones de la sensibilidad es á lo que hay que unir esta ilusión de los enfermos ó convalecientes que se creen dobles. A veces hay ilusión pura y sencilla, sin desdoblamiento; el estado morboso está proyectado hacia fuera; el individuo

enajena una parte de su personalidad física. Tales son los enfermos, de que habla Bouillaud, que habiendo perdido la sensibilidad de una mitad del cuerpo, se figuran tener á su lado, en su cama, otra persona ó un cadáver. Pero cuando el grupo de sensaciones orgánicas de naturaleza morbosa, en vez de estar así enajenado se une al yo orgánico normal, coexiste con él durante algún tiempo, sin que haya fusión, entonces y durante este tiempo, el enfermo cree que tiene dos cuerpos. «Un convaleciente de una fiebre se creía formado de dos individuos, uno de los cuales estaba en la cama mientras el otro se paseaba. Aunque no tenía apetito, comía mucho, porque tenía dos cuerpos que alimentar (1)», decía.—«Habiendo sido atacado Pariset en su primera juventud de un tifus epidémico, estuvo muchos días en un aniquilamiento cercano á la muerte. Una mañana se despertó un sentimiento muy distinto en él; pensó, y esto fué como una resurrección;

(1) Leuret. *Fragments psychologiques sur la folie*, p. 95.

pero, cosa maravillosa, en aquel momento tenía dos cuerpos, ó al menos creía tenerlos, y estos dos cuerpos le parecían acostados en dos camas diferentes. En tanto que su alma estaba presente en uno de estos cuerpos, se sentía curado y disfrutaba un descanso delicioso. En el otro cuerpo, el alma sufría. Y se decía él: «¡Qué bien me encuentro en esta cama, y qué mal, qué acabado en la otra!» Este pensamiento le preocupó mucho tiempo; y este hombre tan fino en el análisis psicológico me ha contado muchas veces la historia detallada de las impresiones que experimentó entonces (1).»

Tenemos ahí dos ejemplos de doble personalidad *física*. Aunque estamos poco avanzados en nuestro estudio, el lector puede ver cuán diferentes son los casos cuando se examinan de cerca. La palabra usual de «doble personalidad» no es más que una abstracción. Desde que se traduce en hechos concretos, en observaciones auténticas, no se en-

(1) Gratiolet. *Anatomie comparée du systeme nerveux* tomo II, p. 546.

cuentra más que diversidad. Cada caso, por decirlo así, exige una interpretación particular. *A priori* podría esperarse á esto. Si, como nosotros lo mantenemos, y como trataremos de determinar más y más, la personalidad es un compuesto muy complejo, es evidente que sus perturbaciones deben ser de muchas formas. Cada caso la muestra descompuesta diferentemente. La enfermedad llega á ser un sutil instrumento de análisis: hace para nosotros experimentos inaccesibles por cualquier otro camino. La dificultad está en interpretarlos bien; pero los errores mismos no pueden ser más que pasajeros, puesto que los hechos que producirá el porvenir servirán para comprobarlos ó para rectificarlos.

III

El papel de la personalidad física como elemento de la personalidad total es tan importante y ha estado tan olvidado, intencio-

nalmente á veces, que nunca se pondrá bastante en claro. En este respecto hay algún provecho que sacar de ciertos casos raros en que la psicología no se ha ocupado, y que aporta, en apoyo de nuestra tesis, un suplemento de hechos no más comprobantes, pero sí más llamativos; me refiero á los casos de monstruos dobles.

Hay que reconocer que el número de documentos es muy exiguo. La naturaleza no multiplica los monstruos, y entre las setenta ú ochenta especies diferenciadas por los teratólogos, la mayor parte no tienen interés para nosotros. Además, muchos de los monstruos dobles no alcanzan la edad adulta. El anatómico y el fisiólogo pueden sacar provecho de ellos; no pasa lo mismo para el psicólogo. En fin, las buenas observaciones sobre este asunto apenas si datan de un siglo. Anteriormente lo maravilloso y lo vago de las descripciones les quitan todo valor.

Él yo, tantas veces repetido, es impenetrable: forma por sí mismo un todo completo perfectamente limitado; lo cual es una prueba de su esencial unidad. Este aserto, como

hecho, es indiscutible; pero esta impenetrabilidad no es más que la expresión subjetiva de la del organismo. Es que un organismo determinado no puede ser de modo alguno otro organismo, como un yo no puede ser otro yo. Pero si, por un concurso de causas que no importa enumerar, dos seres humanos desde el período fetal están fundidos parcialmente, las dos cabezas, órganos esenciales de la individualidad humana quedan perfectamente distintas; veamos ahora lo que ocurre. Cada organismo no está completamente limitado en el espacio y distinto de todo otro; hay una parte indivisa común á los dos, y si, como creemos, la unidad y la complejidad del yo no son sino la expresión subjetiva de la unidad y la complejidad del organismo, debe haber en este caso, de un yo al otro, una penetración parcial, una porción de vida psíquica común que no es de un *yo*, sino de un *nosotros*. Cada individuo es un poco menos que un individuo. Esto es lo que la experiencia confirma plenamente.

«Desde el punto de vista anatómico, un

monstruo doble es siempre más que un individuo unitario, menos que dos, pero se aproxima tan pronto á la unidad como á la dualidad. Del mismo modo, desde el punto de vista fisiológico, hay siempre más de una vida unitaria y menos de dos; pero su doble vida puede aproximarse más á la unidad ó á la dualidad.

Para limitarme á los fenómenos de la sensibilidad y de la voluntad, un monstruo compuesto de dos individuos casi completos, unidos solamente por un punto de su cuerpo, será doble moral como físicamente. Cada individuo tendrá su sensibilidad y su voluntad propias, cuyos efectos se extenderán sobre su propio cuerpo, pero sólo sobre el suyo. Hasta puede ocurrir que los dos gemelos, muy diferentes por los rasgos de su fisonomía, su estatura y desarrollo físico, no lo sean menos por su carácter y su grado de inteligencia. En un momento dado, uno estará alegre, el otro triste; uno estará despierto, el otro dormirá; uno querrá andar, el otro estar quieto, y de este conflicto de dos voluntades

que animan dos cuerpos indisolublemente unidos, podrán nacer movimientos sin resultados, que no serán ni el reposo ni la marcha. Estas dos mitades podrán reñir, darse golpes... Así, su dualidad moral, consecuencia de su dualidad física, se mostrará con cien pruebas; per al mismo tiempo, así como hay un punto del doble cuerpo colocado sobre el límite de los individuos que lo componen y común á ambos, hay otros fenómenos, en menor número, que muestran en ellos un comienzo de unidad.

Las impresiones verificadas en la región de unión, en su centro principalmente, son percibidas á la vez por los dos cerebros, y ambos podrán del mismo modo reobrar sobre ellas... Añadamos que si la paz se turba alguna vez entre los dos gemelos, casi siempre reina en ellos una concordancia de sentimientos y de deseos, una simpatía y una unión recíproca, de la que no puede formarse idea sin leer todos los testimonios...

Pasan fenómenos parecidos y aun otros cuando, siendo la unión más íntima, no existe

para dos cabezas más que un solo cuerpo y dos miembros pelvianos. El análisis anatómico demuestra que en tales seres cada individuo posee en realidad un lado del cuerpo único y una de las dos piernas. La observación de los fenómenos fisiológicos y psicológicos confirma plenamente este singular resultado. Las impresiones en toda la extensión del eje de unión serán percibidas á la vez por las dos cabezas; fuera, y á alguna distancia del eje, por una sola, y lo mismo sucede con la voluntad que con las sensaciones. El cerebro derecho sentirá sólo por la pierna derecha, y sólo obrará sobre ella; el izquierdo sobre la izquierda, de suerte que la marcha resultará de los movimientos ejecutados por dos miembros que pertenecen á dos individuos diferentes y coordinados por dos voluntades distintas.

«Por último, en los monstruos parasitarios, al mismo tiempo que la organización llega á ser casi unitaria, todos los actos de la vida, todas las sensaciones, todas las manifestaciones de la voluntad, se ejecutan casi igual que

en los seres normales. El menor de los dos individuos, habiendo llegado á ser una porción accesoria é inerte del mayor, no tiene sobre él más que un influjo muy débil, y limitado á un pequeño número de funciones (1).»

A estos rasgos generales añadiremos algunos pormenores relativos á los casos más célebres.

Hay muchos documentos sobre Elena y Judit, monstruo bi-mujer, nacida en Szony (Hungría) en 1701, y muerta en Presbourg á los veintidós años. Estaban colocadas próximamente espalda con espalda, reunidas por la región de las nalgas y una parte de los lomos.

Los órganos sexuales eran dobles al exterior, pero con una vulva colocada entre las cuatro caderas. Tenía dos intestinos, que terminaban en un solo ano. Las dos aortas y las dos venas cavas inferiores se unían por sus extremidades y establecían así dos comunica-

(1) J. Geoffroy Saint-Hilaire: *Histoire des anomalies*, t. III, p. 373.—El monstruo, llamado «epícome de Home» tenía una cabeza parásita que no ofrecía más que un recuerdo muy imperfecto de la vida normal.

ciones largas y directas entre los dos corazones: de ahí una semi-comunidad de vida y de funciones. «Las dos hermanas no tenían ni el mismo temperamento ni el mismo carácter. Elena era mucho mayor, más hermosa, más ágil, más inteligente y más dulce. Judit, atacada á los seis años de una hemiplegia, había quedado más pequeña y de un espíritu más torpe. Era ligeramente contrahecha, y tenía la palabra un poco difícil. Hablaba, sin embargo como su hermana, el húngaro, el alemán, el francés, y hasta algo de inglés é italiano. Ambas se profesaban gran afecto, aunque durante su infancia habían reñido y hasta se habían pegado. Los deseos naturales se hacían sentir simultáneamente, excepto el de orinar. Habían tenido al mismo tiempo el sarampión y la viruela; y si alguna otra enfermedad había atacado á una de ellas, la otra tenía accesos de malestar interior y viva ansiedad. Por último, Judit fué presa de una enfermedad del encéfalo y de los pulmones. Atacada desde hacía días de una fiebre ligera, Elena perdió casi de repente sus fuerzas, áun

conservando el espíritu sano y la palabra libre. Después de corta agonía, sucumbió víctima, no de su enfermedad, sino de la de su hermana. Ambas expiraron á un tiempo.»

En cuanto á los hermanos siameses Chang-Eng, nacidos en 1811 en el reino de Siam, se sabe que estaban unidos desde el ombligo hasta el apéndice sifoides. Según una descripción de su aspecto exterior, I. Geoffroy Saint-Hilaire añade: «Ambos hermanos, áun en sus otras funciones (aparte de la respiración y la pulsación arterial), tienen una concordancia notable, pero no absolutamente constante, como han querido repetir, y como el mismo Chang-Eng decía á los que se contentaban ccn dirigirle algunas preguntas vagas. Nada más curioso, sin duda, que el contraste de una dualidad física casi completa y una unidad moral absoluta; pero nada también más contrario á la sana teoría. He hecho con cuidado todas las observaciones, recogido todos los datos que pudieran hacerme ver claro acerca del valor de un aserto tantas veces repetido, y he encontrado que entre los prin-

cipios olvidados de la teoría y todas las declaraciones psicológicas de que ha sido prueba tanto tiempo la unidad de los hermanos siameses, son los primeros los que ganan por completo la victoria.

Gemelos creados sobre dos tipos casi idénticos, inevitablemente sometidos durante su vida al influjo de las mismas circunstancias físicas y morales, parecidos en organización y en educación, los dos hermanos siameses han llegado á formar dos seres en que las funciones, acciones, palabras, los pensamientos mismos están casi siempre en armonía produciéndose y haciéndose paralelamente... Sus alegrías, sus dolores, son comunes; los mismos deseos nacen á la par en estas dos almas gemelas; la frase empezada por uno es á menudo acabada por el otro. Pero todas estas concordancias prueban la paridad y no la unidad. Los gemelos, en estado normal, presentan con frecuencia analogías y sin duda las ofrecerían mucho más completas si hubieran visto durante toda su vida los mismos objetos, percibido las mismas sen-

saciones, gozado los mismos placeres y sufrido los mismos dolores (1)...» Añadiré que con la edad y por efecto de las circunstancias, las diferencias de carácter se han acentuado más y más, y que uno de los últimos observadores describe á uno de los hermanos como triste y taciturno; al otro como alegre y jovial.

No siendo el asunto de este trabajo una psicología de los monstruos dobles, puesto que no figuran sino á título de ejemplo de las desviaciones de la personalidad física, recordaré sólo el caso reciente de Milie y Cristina, en que la sensibilidad de los miembros inferiores es común; las dos médulas deben formar, por consiguiente, un verdadero quiasma al nivel del punto de unión.

Las leyes civiles y religiosas, para las que es por más de un concepto una cuestión (estado civil, matrimonio, derecho de sucesión, bautismo, etc.), no han dudado en reconocer dos personas allí donde hay cabezas distintas; con razón, aunque, en la práctica, casos

(1) Para más pormenores, véase la obra citada, tomo III, p. 90 y siguientes.

bien dificultosos pueden presentarse. Siendo en el hombre la cabeza el verdadero asiento de la personalidad, el sitio en que se hace la síntesis (más tarde veremos que, descendiendo en la animalidad, este punto es más dudoso), representa en total al individuo. Pero si la cuestión se discute científicamente, es imposible, en los monstruos dobles, considerar cada individuo como completo.

No cansaré al lector con un comentario bien inútil, puesto que los hechos hablan por sí mismos. Si lee con atención lo que precede, se convencerá de que áun en los casos en que las personalidades son más distintas, hay una trabazón de órganos y de funciones tal, que cada uno no puede ser el mismo sino á condición de ser más ó menos el otro y de tener conciencia de ello.

El yo no es, pues, una entidad que obra donde y como quiere, manejando los órganos á su gusto, limitando su influjo á su voluntad. Es, por el contrario, más bien una resultante cuyo dominio está estrictamente determinado por conexiones anatómicas con el

cerebro, que representa tan pronto un cuerpo entero, menos una parte indivisa, tan pronto una mitad de cuerpo, y en los monstruos parasitarios, un dominio tan pequeño, que no puede vivir y está condenado á abortar.

IV

Para establecer una vez más, y de otro modo, que el principio de individualización es el organismo; que lo es sin restricción alguna, inmediatamente por las sensaciones orgánicas, mediatamente por los estados afectivos é intelectuales de que hablaremos más tarde, examinemos lo que ocurre en los gemelos. La psicología no se ha ocupado más que de los monstruos dobles; pero los biólogos nos proporcionan curiosos documentos.

Recordemos desde luego que los gemelos dobles representan, en el término medio de

los nacimientos, próximamente el 1 por 70. Los casos en que son triples ó cuádruples, mucho más raros (1 por 5.000, 1 por 150.000), complicarían nuestra investigación sin provecho. Recordemos además que los gemelos son de dos especies: vienen cada uno de un óvulo distinto, y entonces son indiferentemente del mismo sexo, ó de sexo diferente, ó son debidos al desarrollo de dos núcleos germinativos del mismo óvulo, y entonces están envueltos en la misma membrana, é invariablemente son del mismo sexo. Sólo este último caso nos presenta dos personalidades rigurosamente comparables.

Dejemos los animales, para ocuparnos sólo del hombre y tomar el problema en toda su complejidad. Es evidente que, puesto que el estado físico y moral de los padres es el mismo para los dos individuos en el momento de la procreación, hay que eliminar una causa de diferencia. Como su desarrollo tiene por punto de partida los materiales de un mismo óvulo fecundado, hay muchas probabilidades de un gran parecido en la constitución física

y, por tanto, según nuestra tesis, en la constitución mental. Veamos los hechos en favor nuestro; examinaremos en seguida las objeciones y excepciones.

El parecido perfecto de algunos gemelos es de observación vulgar. Desde antiguo, ha dado materia á los poetas cómicos, y después han hecho uso de ella más de una vez los novelistas. Pero se limitan generalmente á los parecidos exteriores: estatura, forma, cara, voz. Los hay más profundos. Los médicos han notado desde hace tiempo que la mayor parte de los gemelos presentan una conformidad extraordinaria de gustos, de aptitudes, de facultades y hasta de destino. Recientemente M. Galton ha abierto una información sobre este asunto, dirigiendo cuestionarios, de los que le han devuelto ochenta contestados, y treinta y seis con detalles circunstanciados. Su fin era muy distinto del nuestro. Continuando sus investigaciones sobre la herencia, quería determinar por un método nuevo la parte respectiva de la naturaleza y de la educación; pero entre sus materia-

les muchos nos serán de gran provecho (1).

Refiere buen número de anécdotas análogas á las oídas generalmente; una hermana que daba dos lecciones de música al día, para dejar libertad á su hermana gemela; las perplejidades de un portero de colegio que, cuando un gemelo venía á ver á su hermano, no sabía nunca á cuál de los dos debía dejar salir, etc. Otros muestran un parecido persistente en circunstancias poco favorables para mantenerle. «A... volvía de la India para unirse á la familia. El barco llegó con algunos días de retraso. Su hermano gemelo B... había llegado para recibirle, y su anciana madre estaba muy nerviosa. Un día A... se precipita diciendo: «Madre, ¿cómo está usted?» y ella contestó:—No, B... déjame, es una broma pesada: sabes bien lo inquieta que estoy;—y fueron necesarios varios días antes que A... pudiera convencerla de su identidad.» (P. 224.)

(1) Se encontrarán con este título: *History of Twins*, en su libro *Inquiries in to human Faculty and its developpement*. (p. 216-242). London, Macmillan, 1883.

Pero lo referente á la organización mental nos interesa más. «Un punto que muestra el extremado parecido entre ciertos gemelos, dice Galton, es la similitud en sus asociaciones de ideas. No bajan de once casos entre treinta y cinco los que den prueba de ello. Hacen las mismas advertencias en las mismas circunstancias; empiezan á cantar la misma canción al mismo tiempo, y así sucesivamente. O bien empieza uno la frase y la acaba el otro. Un amigo, buen observador, me describe así el efecto producido por dos gemelos de esta especie, que había encontrado: «Les salieron los dientes en la misma época; hablaron en la misma época y al mismo tiempo; decían las mismas cosas y parecían exactamente una sola y misma persona.» Una de las más curiosas anécdotas que he recibido respecto á esta similitud de ideas, es la de un gemelo A... que encontrándose por casualidad en una ciudad de Escocia, compró un servicio de vasos de champagne que le había llamado la atención, para dar una sorpresa á su hermano B... En la misma época, estando

B... en Inglaterra, compró un servicio semejante, exactamente del mismo modelo, para dar una sorpresa á A... He recibido otras anécdotas del mismo género, concernientes á estos dos gemelos.» (*Loc. cit.*, p. 231.)

La naturaleza y la evolución de las enfermedades físicas y mentales, nos proporcionan hechos bien probados. Si los segundos sólo interesan á la psicología, los primeros revelan una semejanza en la constitución íntima de los dos organismos, que la vista no puede comprobar como los parecidos exteriores.

«He asistido, dice Trousseau, á dos hermanos gemelos, tan extraordinariamente parecidos, que me era imposible reconocerlos, á menos de ponerse uno junto al otro. Esta semejanza física iba más allá; tenían una semejanza patológica más notable aún. Uno de ellos, que vi en París, enfermo de una oftalmía reumática, me decía: «En este momento »mi hermano debe tener una oftalmía como »la mía.» Y como yo le replicara, me enseñó algunos días después una carta que acababa

de recibir de su hermano, entonces en Viena, que le decía: «Tengo mi oftalmía; tú debes tener la tuya.» Por singular que pueda esto parecer, no deja de ser exacto. No me lo han contado, lo he visto, y he visto casos análogos en la práctica (1).» Galton trae muchos ejemplos, de los que no citaremos más que uno. Dos gemelos perfectamente semejantes, muy unidos uno á otro, y de gustos idénticos, tenían ambos un empleo del Gobierno. Vivían juntos: uno fué atacado de la enfermedad de Bright, y de ella murió; el otro fué atacado de la misma enfermedad, y murió siete meses después (pág. 226).

Se llenarían páginas con casos análogos. En el orden de las enfermedades mentales pasa lo mismo; algunos ejemplos bastarán. Moreau (de Tours) ha observado dos gemelos físicamente semejantes, que fueron atacados de locura.

En ellos «las ideas dominantes son absolutamente las mismas. Ambos se creen

(1) Trousseau: *Clinique médicale*, I, 253 (*Leçons sur l'asthme.*)

objeto de persecuciones imaginarias. Los mismos enemigos han jurado perderlos, y emplean los mismos medios para conseguir sus fines. Ambos tienen alucinaciones del oído.

No dirigen nunca la palabra á nadie; responden con trabajo á las preguntas. Están siempre solos, y no se comunican entre sí. Un hecho sumamente curioso, que ha sido muchas veces comprobado por los vigilantes de la sección, y por nosotros mismos, es éste. De cuándo en cuándo, con intervalos muy irregulares de dos, tres ó más meses, sin causa apreciable y por un efecto espontáneo de la enfermedad, sobreviene un cambio muy marcado en la situación de los dos hermanos. Ambos en la misma época, y generalmente el mismo día, salen de su estado de estupor y postración habitual; dan las mismas quejas, y ambos ruegan con insistencia al médico que les vuelva á la libertad. He visto reproducirse este hecho algo extraño, aun cuando estaban separados uno del otro á muchos kilómetros de distancia; uno

estaba en Bicêtre, el otro vivía en la quinta Sainte-Anne (1).

Más recientemente, el *Journal of Mental Science* (2) ha publicado dos observaciones de locura en los gemelos, en que se ven dos hermanas, que se parecen mucho por los rasgos de la cara, las maneras, el lenguaje, las disposiciones intelectuales «hasta el punto de que nada sería más fácil que tomar una por otra,» y que, colocadas en departamentos distintos del mismo asilo, en la imposibilidad de verse, presentaban síntomas de enagenación mental exactamente iguales.

Hay, sin embargo, que prevenir ciertas objeciones. Hay gemelos del mismo sexo que son diferentes, y aunque los documentos no nos digan en qué proporción, los verdaderos gemelos (nacidos de un mismo óvulo) presen-

(1) *Psychologie morbide*, pág. 172.—Se encontrará también un caso extraordinariamente curioso en los *Annales médico psychologiques*, 1863, tomo I, pág. 312.—Sobre la cuestión de los gemelos, se puede consultar la obra especial de Kleinwaechter: *Die Lehre, von den Zwillingen*. Praga, 1871.

(2) Abril 1883, y Ball. *De la folie gémellaire, en l'Encéphale*.

tan estas diferencias, basta un solo caso para que valga por sí solo la pena de ser discutido. Hemos enumerado, por otra parte (1), las numerosas causas que en todo individuo desde la concepción hasta la muerte tienden á producir variaciones, es decir, señales que les son propias y le diferencia de cualquier otro. Aquí, ya lo hemos dicho, hay que eliminar una categoría de causas: las que vienen inmediatamente de los padres. Pero el óvulo fecundado, representa también los influjos de sus antepasados, — 4,12,28 influjos posibles según que se remonte á los abuelos, bisabuelos, tatarabuelos, etc. No se sabe más que por la experiencia cuáles prevalecen y en qué medida. Á la verdad, aquí es el mismo óvulo el que sirve para producir dos individuos; pero nada prueba en todas partes y siempre que la división se haga entre ambos de una manera rigurosamente igual por la cantidad y la calidad de los materiales. Los huevos de todos los animales tienen, no solamen-

(1) *L'Hérédité psychologique*, segunda edición, parte II, cap. IV.

te la misma composición anatómica, sino que el análisis químico no puede revelar más que diferencias infinitesimales; sin embargo, el uno produce una esponja, el otro un hombre. Es preciso, pues, que esta semejanza aparente oculte profundas diferencias, aunque escapen á nuestros más sutiles medios de investigación. ¿Vienen de la naturaleza de los movimientos moleculares, como piensan algunos autores? Puede suponerse lo que se quiera, con tal de que quede bien claro que el huevo es ya una cosa compleja, y que los dos individuos que salen de él pueden no ser rigurosamente semejantes. Nuestra duda no viene más que de la ignorancia de los procedimientos según los cuales los elementos primitivos se agrupan para constituir cada individuo, y, por tanto, las diferencias físicas y psíquicas que de ello resultan. Algunos corresponsales de Galton han señalado este hecho curioso de ciertos gemelos que son «complementarios el uno del otro.» «Hay, escribe la madre de dos gemelos, una especie de cambio recíproco de expresión entre ambos, tal, que á menudo

uno parece más semejante á su hermano que á sí mismo.»—«Un hecho que ha chocado á todos mis compañeros de escuela (el corresponsal es un *senior wrangler*, de Cambridge), es que mi hermano y yo éramos complementarios, por decirlo así, en lo referente á las aptitudes y á las disposiciones. El era contemplativo, poético y literario en grado notable. Yo, práctico, apto para las matemáticas y las lenguas. Entre los dos hubiéramos hecho un hombre muy aceptable.» (Págs. 224 y 240.) Parecía que el capital físico y mental había sido repartido entre ellos, no por igualdad, sino por equivalencia.

Si el lector quiere considerar bien cuán compleja es en el hombre la organización psíquica; cómo, en razón de esta complejidad, es inverosímil que dos personas sean la repetición una de otra; cómo los gemelos se aproximan en un grado sorprendente, será llevado invenciblemente á pensar que un solo hecho de este género, bien comprobado, prueba más que diez excepciones, y que la semejanza moral no es más que el correlativo de

la semejanza física. Si, cosa imposible, dos hombres estuvieran hechos de tal suerte que sus dos organismos fueran idénticos como constitución, que sus influjos hereditarios fueran rigurosamente semejantes; si por una imposibilidad aún mayor, uno y otro recibieran las mismas impresiones físicas y morales en el mismo momento, no habría entre ellos otra diferencia que la de su posición en el espacio.

Acabando este capítulo, me arrepiento de haber acumulado tantos documentos y pruebas para establecer esta verdad, evidente á mis ojos: á tal organismo, tal personalidad. Hubiera dudado en hacerlo si no fuera demasiado fácil demostrar que esta verdad ha sido olvidada y desconocida, más bien que negada, y que se han contentado con mencionarla casi siempre con el nombre vago de influjo de lo físico sobre lo moral.

Los hechos estudiados hasta aquí no pueden por sí solos llevar á una conclusión: no hacen más que prepararla. Han mostrado que, reducida á sus últimos elementos, la personalidad física supone las propiedades de la

materia viva y su coordinación; que, lo mismo que el cuerpo no es más que la suma organizada y coordenada de todos los elementos que le constituyen, la personalidad física no es sino la suma organizada y coordenada de los mismos elementos como valores psíquicos. Expresa su naturaleza y sus agentes, nada más. El estado normal, los casos teratológicos, la semejanza de los gemelos nos lo prueban. Las aberraciones de la personalidad física ó, como les llama ingeniosamente Mr. Bertrand (1), «las alucinaciones de los sentidos del cuerpo» aportan un aumento de pruebas. Pero hay desviaciones de la persona humana, nacidas de otras causas, producidas por un mecanismo más complicado, que es el que vamos á estudiar.

(1) *De l'aperception du corps humain par la conscience*, pág. 269 y siguientes.

CAPITULO II

LAS PERTURBACIONES AFECTIVAS

Depresiones y exaltaciones de la personalidad.—Su alternativa en la locura circular. -Metamorfosis completa de la personalidad.—Caracteres sexuales: castrados, hermafroditas, sexualidad invertida. -Trasformaciones completas del carácter.—Fundamento de la personalidad: la unidad y la identidad personales son la expresión psíquica de la unidad y de la identidad del organismo.

I

Recordemos ante todo y de una vez para siempre (aplicándolo también á las alteraciones intelectuales), que continuamos en otra forma el mismo estudio de las condiciones orgánicas. Los deseos, los sentimientos, las pa-

siones que dan al carácter el tono fundamental, tienen sus raíces en el organismo, son predeterminadas por él. Ocurre lo mismo á las más altas manifestaciones intelectuales. En todo caso, como los estados psíquicos tienen aquí un papel preponderante, los trataremos como causas inmediatas de los cambios de la personalidad, no olvidando nunca, por otra parte, que estas causas son á su vez efectos.

Sin pretender una clasificación rigurosa de las manifestaciones afectivas, que no tenemos que seguir en su pormenor, las reduciremos á tres grupos cuya complejidad psicológica va en aumento, y la importancia fisiológica en disminución. Son éstos: 1.°, las tendencias unidas á la conservación del individuo (nutrición, defensa); 2.°, las que tienden á la conservación de la especie; y 3.°, las más elevadas de todas, las que suponen el desarrollo de la inteligencia (manifestaciones morales, religiosas, estéticas, científicas, ambición bajo todas sus formas, etc.) Si se considera el desarrollo del individuo, se verá que en este orden cronológico es como

aparecen los sentimientos. Se verá aún mejor en la evolución de la especie humana. Las razas inferiores, en las que la educación no ha corregido á la naturaleza acumulando el producto del trabajo de siglos, no pasan en modo alguno de la conservación del individuo y de la especie, ó no manifiestan más que un grosero bosquejo de los sentimientos del tercer grupo.

Los estados afectivos, unidos á la nutrición, son en los primeros años del niño el único elemento, por decirlo así, de su personalidad naciente. De ahí proceden el bienestar ó malestar, deseos y aversiones; es ese sentido del cuerpo, de que tanto hemos hablado, llevado á su más alta expresión psíquica. Como en el niño domina casi por entero la nutrición, por causas naturales muy claras, que no necesitan enumerarse, no hay y no puede haber más que una personalidad casi enteramente nutritiva, es decir, la forma más vaga y más baja de la personalidad. El yo, para el que no le considere como una entidad, no puede ser aquí más que un

compuesto de una sencillez extraordinaria.

A medida que uno se aleja de la infancia, disminuye el papel preponderante de la nutrición, pero no pierde jamás sus derechos, porque, entre todas las propiedades del sér vivo, sólo ella es fundamental. A sus variaciones están unidas también alteraciones graves de la personalidad. Si disminuye, el individuo se siente deprimido, debilitado, disminuido. Si aumenta, se siente excitado, reforzado, como aumentado. Entre todas las funciones cuya armonía constituye esta propiedad fundamental de la vida, parece que la circulación es aquella en que las variaciones bruscas tienen más influjo sobre los estados afectivos y se traducen por un rechazo inmediato; pero dejemos las conjeturas de pormenor para ver los hechos.

En los estados conocidos con los nombres de hipocondría, lipemanía, melancolía (con todas sus formas) encontramos alteraciones de la personalidad que admiten todos los grados posibles y comprenden la metamorfosis completa. Los médicos establecen entre estos

diferentes estados morbosos distinciones clínicas que no nos importan aquí. Podemos comprenderlas en una descripción común. Hay un sentimiento de fatiga, de opresión, de ansiedad, de abatimiento, de tristeza, ausencia de deseos, aburrimiento permanente. En los casos más graves, la fuente de las emociones está completamente agotada: «Los enfermos han llegado á ser insensibles á todo, no tienen afecto ni para sus padres, ni para sus hijos, y la muerte misma de las personas queridas les deja absolutamente fríos é indiferentes. No pueden ya llorar, ni les conmueve nada fuera de sus propios sufrimientos (1).»

En lo concerniente á la actividad, torpeza, imposibilidad de hacer y hasta de querer, inacción insuperable durante muchas horas, en una palabra, esa «abulia» cuyas formas hemos estudiado, al hablar de las enfermedades de la voluntad. En lo que concierne al mundo exterior, el enfermo, sin

(1) Falret: *Archives générales de Médecine.* Diciembre de 1878.

estar alucinado, encuentra cambiadas todas sus relaciones. Parece que sus sensaciones habituales han perdido su propio carácter. «Todo lo que me rodea, decía uno de ellos, está aún como antes; sin embargo, debe haber algún cambio; las cosas tienen aún sus antiguas formas, las veo bien, y sin embargo han cambiado mucho.» Un enfermo de Esquirol se queja de lo incompleta que es su existencia. «Cada uno de mis sentidos, cada parte de mí mismo está, por decirlo así, separada de mí, y no puede ya procurarme sensación alguna: me parece que no llego nunca á los objetos que toco.» Este estado, debido algunas veces á una anestesia cutánea, puede ampliarse hasta el punto de que «parezca al enfermo que el mundo real está completamente desvanecido ó muerto, y que no queda más que un mundo imaginario en el que ansía encontrarse (1).» — Añadamos á este cuadro los fenómenos físicos: perturbaciones de la circulación, de la respiración, de

(1) Griesinger: *Traité des maladies mentales*, trad. francesa pág. 265.—*L'Encéphale*. Junio, 1882.

las secreciones. El adelgazamiento puede ser considerable y disminuir el peso del cuerpo rápidamente durante el período de depresión. La función respiratoria se retrasa, así como la circulación, y la temperatura corporal desciende.

Poco á poco estos estados morbosos toman cuerpo, se organizan, se unifican en una falsa concepción que, suscitada por el mecanismo psico-fisiológico de la asociación, llega á ser á su vez un centro de atracción hacia el que todo converge. Uno dice que su corazón está petrificado, otro que sus nervios son carbones ardientes, etc. Estas aberraciones tienen formas innumerables, y varían de una persona á otra. En el grado extremo, el individuo duda de su existencia, ó la niega. Un joven, creyéndose muerto hacía dos años, expresaba así su perplejidad: «Yo existo, pero fuera de la vida real, material y á pesar mío, no habiéndome dado la muerte nadie. Todo es en mí mecánico y se hace inconscientemente.» Esta situación contradictoria, en que el sujeto se cree á la vez vivo y muer-

to, ¿no es la expresión lógica, natural, de un estado en que el antiguo yo y el nuevo, la vitalidad y el aniquilamiento, se equilibran?

Por lo demás, la interpretación psicológica de todos estos casos no es dudosa; perturbaciones orgánicas cuyo primer resultado es deprimir la facultad de sentír en general, y el segundo pervertirla. Se forma así un grupo de estados orgánicos y psíquicos que tienden á modificar la constitución del yo, profundamente, en su naturaleza íntima, porque no obran á la manera de las emociones bruscas en que el efecto es violento y superficial, sino por acciones lentas, sordas, de una tenacidad invencible. Desde luego, esta nueva manera de ser parece al individuo como extraña, fuera de su yo. Poco á poco, por hábito, se hace sitio, llega á ser parte integrante, cambia su constitución y, si es de naturaleza invasora, la trasforma por completo.

Viendo cómo el yo se deshace, comprenderemos cómo se forma. Sin duda en la mayor parte de los casos la alteración no es más

que parcial. Llegando el individuo á ser completamente otro para sí y para los que le conocen, conserva un fondo de sí mismo. La trasformación completa no puede ser de hecho más que un caso raro; y notemos que cuando el enfermo dice que está cambiado, trasformado, á pesar de las protestas y las risas de sus parientes, tiene razón contra ellos. No puede sentirse de otro modo, porque su conciencia no es más que la traducción de su estado orgánico. Subjetivamente, no es el juguete de ninguna ilusión; es lo que debe ser. Por el contrario, la hipótesis inconsciente, inconfesa, de un yo independiente, que existe por sí mismo como una entidad inalterable, es la que lleva instintivamente á creer que este cambio es un acontecimiento exterior, un traje insólito ó ridículo que envuelve la personalidad, mientras que el cambio es interior y supone en la sustancia misma del yo adquisiciones y pérdidas.

El contraste de estas alteraciones parciales del yo se observa en los casos en que se

exalta, se amplía y traspasa sin medida su tono normal. Se encuentran ejemplos al principio de la parálisis general, en ciertos casos de manía, en el período de excitación de la locura circular. Es en todo, lo inverso del cuadro precedente; sentimiento de bienestar físico y moral, de superabundancia de fuerza, de actividad exuberante que se prodiga en discursos, proyectos, empresas, viajes incesantes é innecesarios. A la sobrexcitación de la vida psíquica corresponde una sobreactividad de las funciones orgánicas. La nutrición aumenta á menudo de una manera exagerada; se aceleran la respiración y la circulación; la función genital se exalta; y, á pesar de un gran gasto de fuerzas, el individuo no siente fatiga alguna. Después, estos estados se agrupan, se unifican y, por último, trasforman en gran parte el yo. Uno se siente con fuerzas hercúleas, puede levantar pesos prodigiosos, procrear millares de hijos, seguir, corriendo, un ferrocarril, etc. Otro tiene una ciencia inagotable: se cree gran poeta, gran inventor, gran artista. A veces la trasforma-

ción se aproxima más aún á la metamorfosis completa: invadida por el sentimiento de su poder sin límites, la persona dice ser Papa, Emperador, Dios. «El enfermo, dice muy bien Griesinger, sintiéndose orgulloso, atrevido, jovial, encontrando en sí una libertad no habitual en sus determinaciones, sintiendo la plenitud de su pensamiento, es arrastrado naturalmente á tener ideas de grandeza, de elevación, de riqueza, de un gran poder moral ó intelectual que sólo puede poseer en un grado igual la libertad de pensar y de querer. Esta idea exagerada de fuerza y de libertad debe tener un motivo, sin embargo; debe haber en el yo algo que le corresponde: el yo debe hacerse momentáneamente otro, y este cambio no puede el enfermo expresarlo más que diciendo que es Napoleon, el Mesías ó algún alto personaje (1).»

No perderemos el tiempo haciendo ver que esta trasformación del yo, parcial ó completa, momentánea ó permanente, es de igual naturaleza que en los casos precedentes, su-

(1) Obra citada, p. 333.

pone el mismo mecanismo, con la sola diferencia de que el yo se deshace aquí en sentido inverso, no por defecto, sino por exceso.

Estas alteraciones de la personalidad en más ó en menos; esta metamorfosis del yo que le eleva ó le deprime, serían aún más chocantes si se sucedieran regularmente en el mismo individuo. Ahora bien: este caso es frecuente en la locura llamada circular ó de doble forma, caracterizada esencialmente por períodos sucesivos de depresión y de excitación que se suceden en un orden invariable con intermitencias de lucidez en algunos enfermos. Se observa entonces un hecho muy curioso. Sobre la personalidad que pudiera llamarse primitiva, fundamental, en que subsisten restos muy alterados, se ingertan alternativamente dos personalidades nuevas, no sólo muy distintas, sino que se excluyen totalmente. Aquí se hace indispensable el resumen de algunas observaciones (1).

(1) Se encontrarán *in extenso* en Ritti, *Traité clinique de la folie à double forme*. (París, 1883, observaciones XVII, XIX, XXX y XXXI.)

Una mujer, observada por Morel, había sido entregada al vicio por su madre, desde los catorce años. «Sometida más tarde á todas las angustias de la vergüenza y de la miseria, no tuvo otro recurso que lanzarse á una casa de prostitución. Fué sacada de ella un año después y llevada al convento del Buen Pastor, en Metz. Allí estuvo dos años, y la reacción tan viva que se efectuó en sus sentimientos hizo estallar una manía religiosa, que fué seguida de un período de profunda estupidez.» Entonces fué cuando, entregada á los cuidados del médico, pasó por dos períodos alternativos en que se creía sucesivamente prostituta y religiosa. Al salir del período de estupidez, «se pone á trabajar con regularidad, habla decorosamente; pero hace su tocado con cierta coquetería. Después aumenta esa tendencia; los ojos son brillantes, la mirada lasciva: baila, canta. Por último, la obscenidad de sus palabras y sus provocaciones eróticas exigen que la lleven á un cuarto aislado... Dice llamarse Mme. Poulmaire y da los más cínicos detalles de su

antiguo estado de prostituta.» Mas tarde, después de un período de abatimiento, «se vuelve dulce y tímida; lleva el sentimiento de la decencia hasta el escrúpulo. Hace su tocado con una extremada severidad. La entonación de su voz tiene algo de particular; habla del Buen Pastor de Metz y de su deseo de volver allí; se llama ahora Sor Marta de las Cinco Llagas, Teresa de Jesús, sor María de la Resurrección. No habla nunca en primera persona: «Coged *nuestra* ropa, dice á la hermana; he aquí *nuestro* pañuelo.» Nada le pertenece ya en propiedad (según la regla de los conventos católicos)... Ve ángeles que le sonríen; tiene momentos de éxtasis.»

En otro caso referido por Krafft-Ebing, un hombre neurasténico, hijo de un loco, «durante el período depresivo estaba hastiado del mundo, preocupado con la idea de una muerte cercana, de la eternidad, y entonces pensaba en hacerse cura. En los períodos de manía, es turbulento, estudia con furor, no quiere oir hablar ya de teología, y sólo piensa en practicar la medicina.»

Una loca de Charenton, de espíritu muy distinguido y muy ingenioso, «cambiaba de persona, de condición y hasta de sexo, de un día á otro. Tan pronto de sangre real y prometida de un Emperador, ya plebeya y demócrata, hoy casada y en cinta, mañana soltera. Le ocurrió también creerse hombre; se figuró un día que era un preso político de importancia, y componía versos sobre este asunto »

Por último, en la observación siguiente hallaremos la formación completa de una segunda personalidad. «Un loco de la casa de Vauves, dice Billod, (1) cada dieciocho meses próximamente deja crecer su barba y se presenta á los demás con un exterior y maneras raras, como si fuera un oficial de artillería llamado Nabon, recientemente llegado de Africa para reemplazar á su hermano. Decía que, antes de partir, éste le había dado pormenores sobre todo el mundo, y pedía y obtenía el favor de ser presentado

(1) *Annales médico-psychologiques*, 1856, ap. Ritti. Obra citada, p. 156.

á cada uno á su llegada. El enfermo quedaba entonces muchos meses en un estado de exaltación pronunciada, concertando su conducta toda á su nueva individualidad.—Al cabo de algún tiempo, anunciaba la vuelta de su hermano, que decía estaba en el pueblo y tenía que venir á reemplazarle. Después, un día hizo que le cortaran la barba por completo; cambió de costumbres y de porte, y tomó de nuevo su verdadero nombre. Pero entonces presentó un sello muy marcado de melancolía: se paseaba despacio, silencioso y solitario, leyendo habitualmente la *Imitación de Cristo* y los *Padres de la Iglesia:* estuvo en este estado, que es si se quiere lúcido, pero que estoy lejos de considerar como normal, hasta la vuelta del oficial Nabon.»

Los dos primeros casos citados no son, en definitiva, más que una exageración, una ampliación considerable de lo que pasa en estado normal. En todos, nuestro yo está constituído por tendencias contradictorias; virtudes y vicios, modestia y orgullo, avaricia y prodigalidad, deseo de reposo y deseo de ac-

ción, y otros muchos. De ordinario, estas tendencias opuestas se equilibran, ó por lo menos, la que prevalece, tiene algún contrapeso. Aquí, gracias á condiciones orgánicas bastante bien determinadas, no hay solo imposibilidad de equilibrio: un grupo de tendencias se hipertrofia á expensas del grupo contrario, que se atrofia; ha habido una reacción en sentido inverso, de suerte que la personalidad, en vez de consistir en esas oscilaciones medias, cada una de las cuales representa un lado de la naturaleza humana, pasa siempre de un exceso al otro. Notemos de pasada que estas enfermedades de la personalidad consisten en una reducción á un estado más sencillo; pero el momento de insistir sobre ello no ha llegado aún.

II

Siendo la nutrición la propiedad fundamental de todo lo que vive, más que una función, las tendencias y sentimientos que se le

unen tienen un carácter muy general. No es lo mismo en lo referente á la conservación de la especie. La función, ligada á una parte del organismo, se traduce por sentimientos de un carácter muy definido. Es, pues, muy á propósito para comprobar nuestra tesis; porque si la personalidad es un compuesto que varía según sus elementos constitutivos, la modificará un cambio en los instintos sexuales, la pervertirá una perversión, una inversión la invertirá, que es justamente lo que ocurre.

Recordemos desde luego hechos bien conocidos, aunque no se saquen de ellos generalmente las conclusiones que imponen. En la pubertad aparece un nuevo grupo de sensaciones, y, por consiguiente, de sentimientos y de ideas. Este aflujo de estados psíquicos extraños, estables, puesto que su causa es estable, coordinados entre sí, porque el origen es el mismo, tiende á modificar profundamente la constitución del yo. Este se siente indeciso, afectado de un malestar vago y latente, cuya causa se le escapa. Poco á poco

esos elementos nuevos de la vida moral son asimilados por el antiguo yo, entran en él, se hacen en él, pero volviéndole otro. Está cambiado; se ha verificado una alteración parcial de la personalidad, cuyo resultado ha sido constituir un nuevo tipo de carácter: el carácter sexual. Este desarrollo de un órgano y de sus funciones, con su acompañamiento de instintos, de imágenes, de sentimientos y de ideas, ha producido en la personalidad neutra del niño una diferenciación; ha hecho en él un yo, varón ó hembra, en el sentido completo. Hasta entonces no tenía más que un bosquejo, gracias al cual ha podido verificarse el cambio, sin choque brusco, sin ruptura entre el pasado y el presente, sin cambio completo de la personalidad.

Si pasamos ahora del desarrollo normal á las excepciones y á los casos morbosos, encontramos variaciones ó trasformaciones de la personalidad ligadas al estado de los órganos genitales.

El efecto de la castración en los animales es bien conocido. No lo es menos en el hom-

bre. Aparte algunas excepciones (se encuentran hasta en la historia), los eunucos representan una desviación del tipo psíquico. «Todo lo que se sabe de ellos, dice Maudsley, corrobora la opinión de que son en su mayoría falsos, mentirosos, cobardes, envidiosos, malos, desprovistos de sentimientos sociales y morales, mutilados de espíritu como de cuerpo.»

Que resulte esta degradación moral directamente de la castración, como sostienen algunos autores, ó indirectamente de una situación social equívoca, importa poco para nuestra tesis; directa ó indirecta, la causa es la misma.

En los hermafroditas, la experiencia confirma lo que podría decirse *á priori*. Con las apariencias de un sexo, presentan algunos caracteres del otro; pero lejos de reunir las dos funciones, no ofrecen sino órganos incompletos á menudo, desprovistos de todo papel sexual. Su carácter moral es ya neutro, ya masculino, ya femenino. Se encontrarán muchos ejemplos en los escritores que han

estudiado el asunto (1). «A veces el hermafrodita, después de manifestado un gusto muy grande por las mujeres, vuelve, por el descenso de los testículos, á los instintos más opuestos.» En un caso recientemente observado por el Dr. Magitot, un hermafrodita mujer, muestra sucesivamente gustos femeninos y apetitos masculinos muy pronunciados. «En general, las facultades afectivas y las disposiciones morales sufren de rechazo la conformación viciosa de los órganos. Pero es justo, añade Tardieu, atribuir una gran parte al influjo de los hábitos y de las ocupaciones que impone á estos individuos el error cometido en su sexo real. Algunos, educados desde el principio, vestidos, colocados, á veces casados como mujeres, conservan los pensamientos, las costumbres, las maneras de hacer femeninas. Tal es el caso de María Arsano, muerta á los ochenta años, hombre

(1) Para los hechos, consúltese Isid. Geoffroy Saint-Hilaire. *Histoire des anomalies*, t. II, pág. 65 y sig.—Tardieu y Laugier. *Dictionnaire de médecine*, art. Hermaphrodisme, etc.

en realidad, en quien los hábitos habían afeminado el carácter.»

No pienso hacer aquí una revista de las perversiones ó aberraciones del instinto sexual (1), cada una de las cuales imprime su marca á la personalidad, y la amengua mucho ó poco, de pasada ó para siempre. Como término de estas alteraciones parciales, tenemos la trasformación total, el cambio de sexo. Hay muchos ejemplos; el siguiente puede servir de tipo. Lallemant cuenta «que un enfermo se creía mujer, y escribía cartas á un amante imaginario. Al hacerle la autopsia, se vió una hipertrofia con induración de la próstata, y una alteración de los canales eyaculatorios.» Es probable que en muchos casos de este género haya habido perversión ó abolición de las sensaciones sexuales.

Hay, sin embargo, excepciones dignas de mención. Muchas detalladas observaciones (se encontrarán en Leuret, *Fragments psych*, pá-

(1) Para la exposición completa de esta cuestión, véase el artículo del Dr. Gley, *Sur les aberrations de l'instinct sexuel*, en la *Revue philosophique* de Enero de 1884.

gina 114 y sig.) nos citan individuos que toman el paso, costumbres, voz, y, cuando pueden, los trajes de su sexo imaginario, sin presentar ninguna anomalía anatómica ó fisiológica de los órganos sexuales. En estos casos es preciso que el punto de partida de la metamorfosis esté en otro sitio. No puede ser más que en el órgano cerebro-espinal. Notemos, en efecto, que todo lo dicho del órgano sexual, como constituyendo ó modificando la personalidad, no hay que entenderlo sólo del órgano en sí mismo, aislado por su conformación anatómica; hay que comprender en ello también sus conexiones con el encéfalo, donde está representado. Los fisiólogos colocan en la región lumbar de la médula el centro génito-espinal reflejo. De este centro al encéfalo, es lo desconocido; porque la hipótesis de Gall, que hace del cerebelo el asiento del amor físico, á pesar de algunas observaciones favorables de Budge y Lussana, está muy poco admitida. Cualquiera que sea la ignorancia actual sobre esto, es cierto que las impresiones sexuales van á parar al encéfalo, puesto

que se sienten, y en él están los centros de donde las incitaciones psíquicas se trasmiten á los órganos sexuales para ponerlos en acción. Estos elementos nerviosos, cualquiera que sea su naturaleza, el número y el asiento, que estén localizados ó diseminados, son los representantes cerebrales, y, por consiguiente, psíquicos del órgano sexual; y como haciendo nacer un estado de conciencia particular se suscitan de ordinario otros, es preciso que haya una asociación entre este grupo de estados psico-fisiológicos y un cierto número de otros. La conclusión que se saca de los casos precedentes es que se produce un desorden cerebral, de naturaleza desconocida (una mujer que se cree hombre, ó un hombre que se cree mujer), cuyo resultado es un estado de conciencia fijo y erróneo. Este estado fijo suscita, casi exclusivamente, asociaciones naturales, casi automáticas, que son como su irradiación (sentimientos, aspecto, lenguaje, vestirse como el sexo imaginario): tiende á completarse. Es una metamorfosis que viene de arriba, y no de abajo.

Tenemos aquí un ejemplo de lo que se llama el influjo de lo moral sobre lo físico; trataremos de demostrar después que el yo sobre que han razonado la mayor parte de los psicólogos (no se trata del yo real), está formado por un procedimiento análogo. Estos casos, por otra parte, pertenecen á las desviaciones *intelectuales* de la personalidad, de que hablaremos en el capítulo siguiente.

Antes de dejar este asunto, no quiero pasar en silencio algunos hechos de interpretación bien difícil, pero que no podrán invocarse seriamente contra nosotros. Se trata de esos casos de «sexualidad invertida,» tan debatidos en estos últimos tiempos, y que bastará recordar con algunas palabras. Algunos enfermos observados por Westphal, Krafft-Ebing, Charcot y Magnan, Servaes, Gock (1), etc., presentan una interversión *congénita* del instinto sexual; de donde resulta que, á pesar de una constitución física normal,

(1) Charcot y Magnan: *Archives de Neurologie*, 1882, números 7 y 12. — Westphal: *Archiv. fur Psychiatrie*, 1870 y 1876.—Krafft-Ebing.: *Ibid.*, 1877, etc.

hay una atracción instintiva y violenta hacia otra persona del mismo sexo, con repulsión marcada para el sexo contrario; más brevemente: «una mujer es físicamente mujer, y psíquicamente hombre; un hombre es físicamente hombre, y psíquicamente mujer.» Estos hechos están en completo desacuerdo con lo que nos enseñan la lógica y la experiencia. Lo físico y lo moral se contradicen. En rigor, los que hacen del yo una entidad podrían prevalerse de ello, y sostener que son una prueba de su independencia, de su existencia autónoma. Esto sería, sin embargo, una gran ilusión, porque toda su argumentación reposaría sobre dos bases muy frágiles: hechos muy raros, y la dificultad actual de explicarlos. Nadie negará que los casos de sexualidad invertida representan una fracción infinitamente pequeña en la totalidad de los casos suministrados por la experiencia. Por su rareza son una excepción, por su naturaleza una monstruosidad psicológica; pero las monstruosidades no son milagros, y sería preciso saber de dónde provienen.

Se podrían intentar muchas explicaciones, lo que significa de ordinario que ninguna es suficiente. Se las dispensaré al lector. La psicología debe, como cualquiera otra ciencia, resignarse á una ignorancia provisional sobre muchos puntos, y á no temer el confesarlo. En este respecto difiere de la metafísica, que se encarga de explicar todo. Los sabios que desde el punto de vista propio de la medicina han estudiado estos seres extraños, los consideran degenerados. Lo curioso para nosotros sería saber por qué la degeneración ha tomado esta forma, y no otra. Es verosímil que la aclaración de este misterio deba buscarse en los elementos múltiples de la herencia, en el juego complicado de los influjos machos y hembras que están en lucha; pero dejo este cuidado á espíritus más clarividentes y más dichosos.

Eliminada la cuestión de las causas, casi no puede rehusarse admitir una desviación del mecanismo cerebral, como en los casos de Leuret y sus análogos. Por lo demás, el influjo de los órganos sexuales sobre la na-

turaleza y la formación del carácter, es tan poco discutido, que sería perder el tiempo insistir, y una explicación hipotética de la sexualidad invertida no haría adelantar nada nuestras investigaciones.

III

Los instintos, deseos, tendencias, sentimientos, relativos á la conservación del individuo y á la de la especie, tienen sus condiciones materiales bien determinadas: las primeras, en la totalidad de la vida orgánica; las segundas, en un aparato particular. Pero cuando de las formas primitivas y fundamentales de la vida afectiva se pasa á las de segunda formación, originadas más tarde en el curso evolutivo (tendencias sociales, morales, intelectuales, estéticas, etc.) además de la imposibilidad de asignarles

bases orgánicas inmediatas, lo que nos condena á andar á tientas, se nota que no tienen el mismo grado de generalidad; excepto quizá las tendencias morales y sociales, ninguna expresa el individuo en su totalidad; son parciales, no representan más que un grupo en el conjunto de sus tendencias. Así, ninguna de ellas por sí sola tiene el poder de producir una metamorfosis de la personalidad. Hasta tanto que no entren en juego la costumbre que se llama el sentimiento corporal, y la otra costumbre, que es la memoria, no puede haber trasformación completa: el individuo puede hacerse otro, pero no se hace otro.

Sin embargo, estas variaciones, aun parciales, tienen su interés. Muestran la transición del estado normal al estado morboso. Al estudiar las enfermedades de la voluntad, hemos encontrado en la vida corriente numerosos bosquejos de las formas más graves. Aquí, de igual modo, la observación vulgar nos muestra cuán poca cohesión y unidad tiene el yo normal. Aparte de los caracteres de

una pieza (en el sentido riguroso de la palabra no se encuentran), hay en cada uno de nosotros tendencias de todas clases, todo lo contrarias posible; y entre estos contrarios, todos los matices intermedios; y entre estas tendencias, todas las combinaciones. Y es que el yo no es sólo una memoria, un almacenamiento de recuerdos ligados al presente, sino un conjunto de instintos, tendencias, deseos, que no son más que su constitución innata y adquirida que entra en acción. Para emplear expresiones en boga, puede decirse que la memoria es el yo estático, el grupo de las tendencias, el yo dinámico. Si en lugar de ir guiado inconscientemente por esta concepción de un yo entidad (prejuicio que nos ha inculcado tanto la educación como el pretendido testimonio de la conciencia), se consintiese en tomarlo tal como es, es decir, como una coordinación de tendencias y estados psíquicos cuya causa próxima debe buscarse en la coordinación y el consensus del organismo, no nos asombraríamos ya de estas oscilaciones (incesantes en los caracteres mo-

vibles, raras en los caracteres estables), que durante un tiempo, largo, corto, ó aun casi inapreciable, muestran la persona bajo un nuevo aspecto.

Un estado orgánico, un influjo exterior, refuerzan una tendencia; se convierte en un centro de atracción, hacia el cual convergen los estados y tendencias directamente asociados; después las asociaciones se aproximan cada vez más; el centro de gravedad del yo se encuentra fuera de su sitio, y la personalidad se cambia en otra. «Dos almas, decía Gœthe, habitan en mi pecho.» No sólo dos. Si los moralistas, los poetas, los novelistas, los dramaturgos nos han mostrado hasta la saciedad estos dos *yo* en lucha en el mismo yo, la experiencia vulgar es aún más rica; nos enseñan muchos, excluyéndose entre sí, desde que pasan á primer término. Esto es menos dramático, pero más verdad. «Nuestro yo, en diversas épocas, es muy diferente de sí mismo: según la edad, los diversos deberes de la vida, los acontecimientos, las excitaciones del momento; tales complejos de

ideas que, en un momento dado, representan el yo, se desarrollan antes que otros, y se colocan en primera fila. Somos otro, y sin embargo el mismo. Mi yo como médico, mi yo como sabio, mi yo sensual, mi yo moral, etc., es decir, los complejos de ideas, de inclinaciones y de dirección de la voluntad, que se designan por estas palabras, pueden entrar en oposición y rechazarse entre sí en un momento dado. Esta circunstancia debería dar por resultado, no sólo la inconsistencia y la excisión del pensamiento y del querer, sino además la ausencia completa de energía para cada uno de estos aspectos aislados del yo, si en todas estas esferas no hubiera una vuelta más ó menos clara para la conciencia de alguna de estas direcciones fundamentales (1).» El orador dueño de su palabra, que se juzga hablando; el actor que se ve representar; el psicó-

(1) Griesinger. *Traité des maladies mentales*, trad. Doumic, pág. 55. Véase un buen estudio de M. Paulhan sobre *Les variations de la personnalité à l'état normal*, Junio, 1882, en la *Revue philosophique*.

logo que se estudia, son además ejemplos de esta excisión normal en el yo.

Entre estas trasformaciones momentáneas y parciales cuya futilidad disimula la importancia como documento psicológico, y los estados graves de que hablaremos, hay variaciones intermedias más estables, más invasoras, ó uno y otro. El dipsómano, por ejemplo, tiene dos vidas alternativas: en la una sobrio, arreglado, laborioso; en la otra, confiscado por completo por la pasión, imprevisor, inconsciente, crapuloso. ¿No hay aquí como dos individuos incompletos y contrarios soldados á un tronco común? Igualmente para todos los que están sujetos á impulsos irresistibles, y que dicen que una fuerza extraña los obliga á obrar á su pesar. Recordemos además estas trasformaciones de carácter que van acompañadas de anestesia cutánea, y que han señalado muchos alienistas.

Uno de los casos más curiosos ha sido observado por Renaudin. Un joven cuya conducta había sido siempre excelente, se entrega

súbitamente á las peores tendencias. No se comprobó en su estado mental ningún signo de enajenación evidente, pero se pudo ver que toda la superficie de la piel se había hecho completamente insensible. La anestesia cutánea era intermitente. «En cuanto cesa, las disposiciones del joven son completamente distintas; es dócil, afectuoso, comprende todo lo que su situación tiene de penosa. Cuando se manifiesta, la irresistibilidad de las peores tendencias es su consecuencia inmediata, y hemos comprobado que llega hasta el asesinato.» Maudsley refiere casos análogos que le inspiran las reflexiones siguientes: «Esta alteración especial de la sensibilidad cutánea está llena de enseñanzas en lo que se refiere á las perturbaciones profundas y generales de la sensibilidad, la perversión del sistema nervioso que se manifiesta por la perversión de las afecciones y de los odios; por su incapacidad (en los niños) de mezclarse en los juegos ó en los trabajos de los otros niños; por la imposibilidad de modificar su carácter. No pueden sentir las impresiones

naturalmente, no pueden adoptarse á las condiciones del medio ambiente, con las que se ponen en desacuerdo, y las afecciones pervertidas del yo se traducen por actos de carácter destructor. La insensibilidad de la piel es el signo exterior y visible de un defecto correspondiente, interior é invisible, como en el idiotismo (1).

Volvemos siempre, fatalmente, al organismo; pero este paseo á través de hechos de todo género que puede parecer monotono, nos manifiesta las variaciones de la personalidad bajo todos sus aspectos. Como no hay dos casos idénticos, cada uno ofrece una descomposición particular del yo. Los últimos nos muestran una trasformación del carácter, sin lesión de la memoria. A medida que avanzamos en nuestro examen de los hechos, se desprende una conclusión, pudiéramos decir que por sí misma: *que la personalidad resulta de dos factores fundamentales, la constitución*

(1) Moreau (de Tours). *Psychologie morbide*, p. 313.—Maudsley: *Pathologie de l'esprit*, trad. Germont, p. 306, 307.—Rendu, *Des anesthésies spontanées*, p. 60, 67.

del cuerpo con las tendencias y sentimientos que la traducen, y la memoria.

Si (como en el caso anterior) el primer factor es el único modificado, resulta una disociación momentánea, seguida de un cambio parcial del yo. Si la modificación es bastante profunda para que las bases orgánicas de la memoria sufran una especie de parálisis y queden incapaces de reviviscencia, entonces la desintegración de la personalidad es completa: no hay ya pasado, y hay otro presente. Entonces se forma un nuevo yo, que ignora generalmente el primero. Tenemos de ello ejemplos tan conocidos, que me limito á citarlos: la señora americana de Macnish, el caso del Dr. Azam (Félida), el caso del doctor Dufay (1). Por su generalidad misma, estos casos no entran en ningún departamento, y no hay razón para mencionarlos aquí, más bien

(1) Para las observaciones completas, véase Taine, *De l'Intelligence*, t. I, p. 165; Azam, *Revue scientifique*, 1876, 20 Mayo, 18 Septiembre 1877, 10 Noviembre 1879, 8 Marzo, y Dufay, *Ibid.*, 15 Julio 1876. En lo que se refiere al papel de la memoria en estos casos patológicos, remitimos á nuestras *Enfermedades de la memoria*, p. 76 y siguientes.

que en otra parte, sino para hacer notar que la transición de una personalidad á la otra va siempre acompañada de un cambio de carácter, unido (sin que se pueda dudarlo) al cambio orgánico desconocido que domina toda la situación. Este cambio está muy bien indicado, y distintas veces, por el Dr. Azam: su enferma es, durante un período, sombría, fría, reservada; durante el otro, alegre, expansiva, viva hasta la turbulencia. El cambio es mayor todavía en la observación siguiente, que referiré con bastante extensión, porque es muy instructiva (1).

El sujeto es un joven de diecisiete años, V... L., atacado de histero-epilepsia, que perdió completamente el recuerdo de un año de su existencia, y durante este período cambió totalmente de carácter.

«Hijo de una mujer pública de las más depravadas y de un padre desconocido, se puso, en cuanto pudo andar, á vagar y men-

(1) La primera parte de esta observación, debida al doctor Camuset, se encuentra *in extenso* en los *Annales médico-psychologiques*; Enero 1882.

digar por los caminos. Más tarde robó, fué detenido y enviado á la colonia penitenciaria de Saint-Urbain, donde trabajó la tierra.» Un día, estando en una viña, cogió con la mano una serpiente escondida en un haz de sarmientos. Tuvo un miedo extraordinario, y por la noche, vuelto á la colonia, perdió el conocimiento. Estas crisis se renovaron de cuándo en cuándo; las piernas se debilitaron y sobrevino, por último, una parálisis de los miembros inferiores, quedando intacta la inteligencia. Fué conducido al asilo de Bonneval. Allí se consigna «que el enfermo tiene la fisonomía abierta y simpática, que su carácter es dulce, que se muestra reconocido por los cuidados que se tienen con él. Cuenta la historia de su vida con los detalles más circunstanciados, aun sus robos, que deplora, y de que está avergonzado; echa la culpa á su abandono, á sus camaradas, que le arrastran al mal. Siente mucho este pasado y afirma que en lo sucesivo será más honrado. Se decide enseñarle un oficio compatible con su enfermedad. Sabe leer y casi escribir. Se le lleva todas

las mañanas al taller de sastrería, se le instala en una mesa donde toma naturalmente la postura clásica, gracias á la posición de sus miembros inferiores, paralizados, fuertemente atrofiados y contracturados. Al cabo de dos meses, V... sabe coser bastante bien, trabaja con celo, están satisfechos de sus progresos.»

En esta época es presa de un ataque de histero-epilepsia, que termina cincuenta horas después por un sueño tranquilo. Entonces es cuando reaparece la antigua personalidad.

«Al despertarse, V... quiere levantarse. Pide sus vestidos, consigue vestirse, aun estando muy torpe; después da algunos pasos por la sala; la paraplegia ha desaparecido. Si las piernas vacilan y sostienen mal el cuerpo, es que los músculos están atrofiados... Una vez vestido, V... pide que se le deje ir con sus camaradas á los trabajos del campo... Comprendemos pronto que nuestro sujeto se cree todavía en Saint-Urbain, y quiere volver á sus ocupaciones habituales. En efec-

to, no tiene ningún recuerdo de su crisis, y no reconoce á nadie, ni á los médicos y los enfermeros, ni á sus camaradas de dormitorio. No admite el haber estado paralítico, y dice que se burlan de él... Pensamos que es un estado vesánico pasajero, muy posible después de un fuerte ataque histérico; pero el tiempo pasa, y la memoria no vuelve. V... recuerda bien que se le ha enviado á Saint-Urbain; sabe que «el otro día» ha tenido miedo de una serpiente; pero á partir de este momento, hay una laguna. No recuerda ya nada. No hay ni aun el sentimiento del tiempo trascurrido.

«Naturalmente, pensamos en una ficción, una broma de histérico, y empleamos todos los medios para poner á V... en contradicción consigo mismo, pero sin conseguirlo nunca. Así le hacemos conducir sin prevenirlo al taller de sastrería. Vamos á su lado, teniendo cuidado de no influirle en cuanto á la dirección. V... no sabe dónde va. Llegado al taller, tiene todo el aire de ignorar el sitio en que se encuentra, y afirma que viene

por primera vez. Se le pone una aguja en la mano y se le ruega que cosa. Lo hace tan torpemente como un hombre que se pone á este trabajo por primera vez. Se le enseñan vestidos cuyas grandes costuras ha hecho cuando estaba paralítico. Se ríe, tiene el aspecto de dudar, pero, por último, se inclina ante nuestras observaciones. Después de un mes de experimentos, de observaciones, de pruebas de todas clases, quedamos convencidos de que V... no se acuerda de nada.»

Uno de los puntos más interesantes de esta observación es la modificación que ha sufrido el carácter del enfermo, que es una vuelta á su primera vida y á sus accidentes hereditarios: «Ya no es el mismo individuo; se ha hecho quimerista, glotón; responde de mala manera. No le gustaba el vino y comunmente daba su ración á sus camaradas; ahora les roba la suya. Cuando se le dice que ha robado en otro tiempo, pero que no debe volver á hacerlo, contesta con arrogancia que «si lo ha robado, lo ha pagado, puesto que se le ha metido en la cárcel.» Se le em-

plea en el jardín. Un día se escapa llevándose varios efectos y sesenta francos de un enfermero. Se le vuelve á coger á cinco leguas de Bonneval en el momento en que, después de haber vendido sus vestidos para comprar otros, se preparaba á tomar el ferrocarril para París. No se deja detener fácilmente; pega y muerde á los guardias enviados en su busca. Conducido al asilo, se pone furioso, grita, se revuelca por el suelo. Hay que encerrarlo.»

Arrojado del asilo, después de numerosas peripecias, es internado en Bicêtre; se escapa, se engancha en la infantería de marina en Rochefort. Condenado por robo, se le confía, á seguida de un violento ataque de histero-epilepsia, á MM. Bourru y Burot, que le han estudiado con el mayor cuidado. Con ayuda de los procedimientos físicos de trasposición (acero, hierro dulce, imán, electricidad) han obtenido en ese individuo los seis estados siguientes (1).

Primer estado.—*Hemiplegia y hemianes-*

(1) Para la exposición completa de este caso, véase Bourru y Burot, *Variations de la personnalité,* 1888.

tesia á la derecha.—Estado ordinario del individuo.

«V... es hablador, violento, arrogante en su fisonomía y actitud; su lenguaje es correcto, pero grosero; tutea á todo el mundo, y da á cada uno un sobrenombre irreverente. Fuma desde por la mañana hasta por la noche, y molesta á todos con sus peticiones indiscretas de tabaco, etc. Por lo demás, es inteligente, está al corriente de todos los sucesos del día, grandes y pequeños; muestra las opiniones más anti-religiosas y ultra-radicales en política. Incapaz de disciplina alguna, quiere *matar* á todo superior, y aun á cualquier persona que exigiese de él una muestra de respeto. La palabra es vacilante; la pronunciación defectuosa no permite que se entienda apenas más que la terminación de las palabras. Sabe leer, pero este vicio de pronunciación hace ininteligible la lectura en alta voz. No puede escribir por tener paralizada la mano derecha. La memoria, muy precisa para los menores detalles, actuales ó recientes (recita columnas enteras de periódi-

cos), es muy limitada en el tiempo. Imposible llevar sus recuerdo más allá de su presencia actual en Rochefort, y de la última parte de su permanencia en Bicêtre, al servicio de M. Voisin. Sin embargo, ha conservado la memoria de la segunda parte de su residencia en Bonneval, cuando trabajaba en jardinería. Entre Bonneval y Bicêtre existe una gran laguna en su memoria. Por otra parte, su nacimiento, su infancia, su permanencia en Saint-Urbain, hasta el oficio de sastre que ha aprendido á su llegada á Bonneval, le son totalmente extraños.»

Segundo estado. — *Hemiplegia izquierda (cara y miembros) con hemianestesia.*—Este estado se obtiene por la aplicación del acero sobre el brazo derecho.

«Al despertar, V... se encuentra en Bicêtre (sala Cabanis, núm. 11), el 2 de Enero de 1884; tiene veintiún años; ha visto ayer á M. Voisin. Es reservado en su aspecto; la fisonomía es dulce; el lenguaje es correcto y cortés; ya no tutea, y á cada uno de nosotros nos llama «señor». Fuma, pero sin pasión.

No tiene opiniones en política ni en religión; estas cuestiones, á su modo de juzgar no tienen que ver con un ignorante como él. Se muestra respetuoso y disciplinado. La palabra es fácil; la pronunciación es de una claridad notable; lee perfectamente bien, y escribe regular.

»Ignora por completo todos los sucesos que han ocurrido desde el 2 de Enero de 1884; no sabe dónde se encuentra, no conoce á ninguna de las personas que le rodean, no ha venido nunca á Rochefort, no ha oído hablar jamás de la infantería de marina, de la guerra del Tonkin.

»Al evocar sus recuerdos anteriores, cuenta que antes de entrar en Bicêtre ha hecho una parada en Sainte-Anne. Más allá, en su vida, no subsiste ningún recuerdo.»

Tercer estado.—*Hemiplegia izquierda (sólo los miembros) con hemianestesia general.*—Este estado se obtiene aplicando un imán en el brazo derecho.

«El enfermo se despierta en el asilo de Saint-Georges de Bourg en Agosto de 1882; tiene diecinueve años. Francia está en gue-

rra con Túnez; M. Grévy es presidente de la República; el Papa es León XIII. El carácter, las facultades efectivas, el lenguaje, la fisonomía, los gustos, son semejantes al *segundo estado*. En cuanto á la memoria, se encuentra limitada á una época anterior. Viene de Chartres, de casa de su madre, desde donde se le ha enviado á Macon, á casa de un rico propietario de viñedos, donde estaba empleado en el cultivo. Habiendo caído enfermo distintas veces, se le ha cuidado en el hospital de Macon, después en el asilo de Bourg, donde se encuentra. Todo lo que precede, y todo lo que sigue á este corto período de su vida, le es completamente extraño.»

Cuarto estado. — *Paraplegia*. — Obtenido por la aplicación del imán en la nuca.

«Acaba de ver varias personas del asilo de Bonneval. Es cortés, tímido, está triste, su pronunciación es clara, pero su lenguaje es incorrecto, impersonal, infantil. Se le ha olvidado escribir y leer; deletrea las letras capitales. Su inteligencia es muy obtusa; su memoria confusa no sabe nada de los sucesos ni

de los personajes de esta época. No conoce más que dos lugares: Bonneval, donde cree estar, y Saint-Urbain, de donde viene, donde estaba, dice, paralítico, acostado. Toda la parte anterior de su vida, desde su nacimiento hasta el accidente de la víbora que ha causado su enfermedad; todo lo que ha seguido al ataque y al cambio espontáneo de estado en Bonneval, le es absolutamente desconocido. No reconoce el lugar en que se encuentra, y no ha visto jamás á los que le rodeamos. Su ocupación ordinaria es el trabajo en el taller de los sastres; cose como hombre habituado.»

Quinto estado.—*Ni paralisis, ni anestesia.*—Obtenido por la electricidad estática ó por la aplicación del imán en la parte anterior de la cabeza.

«Recobra el conocimiento en Saint-Urbain, en 1877; tiene catorce años. El mariscal Mac-Mahon es presidente de la República, Pío IX es Papa. Tímido como un niño, su fisonomía, su lenguaje y su actitud concuerdan perfectamente. Sabe leer muy bien,

y escribir regular. Conoce toda su infancia, los malos tratos que recibía en Luysant, etc.

»Se acuerda de haber sido detenido y condenado al ser internado en una casa de corrección. Está en la colonia penitenciaria que dirige M. Pasquier. Aprende á leer en la escuela de Mlle. Breuille, la maestra de Saint-Urbain. Está empleado en los trabajos de cultivo. Su recuerdo se detiene exactamente en el accidente de la víbora, cuya evocación produce una crisis terrible de histero-epilepsia.»

Sexto estado.—*Ni paralisis, ni anestesia.*—Obtenido por la aplicación del hierro dulce en el muslo derecho.

«Recobra el conocimiento el 6 de Marzo de 1885; tiene veintidós años, conoce los sucesos contemporáneos, los personajes que están en el poder; pero Víctor Hugo, gran poeta, senador, vive todavía. Ya no es el niño tímido de hace poco: es un joven decente, ni pusilánime ni arrogante; es soldado de infantería de marina. El lenguaje es correcto, la pronunciación clara. Lee muy bien y escribe

regularmente. Su memoria comprende toda su vida, excepto una sola época: la en que estaba parapléjico en Saint-Urbain y en Bonneval. Así no se acuerda de haber sido nunca sastre, y no sabe coser.

«He aquí, pues, seis estados diferentes de la conciencia, cuyo conjunto comprende la vida entera del individuo.

«Se han obtenido todos por agentes físicos, paralelamente á las manifestaciones de la sensibilidad y de la motilidad, aunque el experimentador, obrando sobre el estado somático, puede á su voluntad obtener tal ó cual estado de conciencia conocido; estado completo para la época que comprende, es decir, con su memoria limitada del tiempo, de los lugares, de las personas, de los conocimientos adquiridos, de los movimientos automáticos aprendidos (escritura, oficio de sastre con sus sentimientos propios y su expresión por el lenguaje, el gesto, la fisonomía). La concordancia es completa.

Nos quedaba por hacer la prueba complementaria: obrar directamente sobre el estado

de conciencia, y comprobar si el estado somático se trasformaría paralelamente.

«Para obrar sobre el estado psíquico, no tenemos otro medio que la sugestión del sonambulismo. Hacemos, pues, la sugestión siguiente: «V... te vas á despertar en Bicêtre, sala Cabanis.» V... obedece; al salir del sonambulismo provocado, se cree en el 2 de Enero de 1884; la inteligencia, las facultades afectivas, son exactamente tales como las hemos visto y descrito en el *segundo estado*. Al mismo tiempo, se encuentra hemiplégico y hemianestésico de la izquierda; la fuerza en el dinamómetro, la zona histerógena, todo se traspone como en el *segundo estado*.

»En otra sugestión, le ordenamos que se encuentre en Bonneval, cuando era sastre. El estado psíquico obtenido es semejante al descrito en el *cuarto estado*, y simultáneamente ha aparecido la paraplegia con contractura é insensibilidad de las partes inferiores del cuerpo.»

Así deducen MM. Bourru y Burot:

1.° Obrando sobre el estado somático por

los medios físicos, el experimentador coloca al individuo en el estado correspondiente de su conciencia.

2.° Obrando sobre el estado psíquico, hace aparecer el estado somático correspondiente.»

Nuestra personalidad consciente, más claro, la conciencia que cada uno de nosotros tiene de su estado actual, unido á estados anteriores, no puede ser nunca más que una porción pequeña de nuestra personalidad total, que queda enterrada en nosotros. En el estado normal, la conexión entre los dos es suficiente y coherente. Somos para nosotros mismos y para los demás una historia viva, sin gran laguna. Pero si en este substratum inconsciente (fisiológico) de donde sale todo, quedan inactivos grupos enormes, el yo no puede ya aparecerse á sí mismo conforme con su historia verdadera. Del estado patológico al estado normal no hay diferencia más que de lo más á lo menos. La conciencia no nos revela á cada instante nuestro yo más que bajo un solo aspecto, entre muchos posibles.

IV

Aunque no hayamos estudiado todavía las anomalías de la personalidad bajo todas sus formas, no estará fuera de lugar intentar desde ahora algunas conclusiones, á lo menos parciales y provisionales, que disminuyen la oscuridad del objeto. Me referiré, por otra parte, á un solo punto, en estos casos de falsa personalidad, reductibles á una idea fija, á una idea principal, hacia la cual converge todo el grupo de ideas correspondientes, siendo las demás eliminadas y como aniquiladas. Tales son los que se creen Dios, Papa, Emperador, y hablan y obran en consecuencia. El estudio de las condiciones intelectuales de la personalidad nos reserva muchos ejemplos de ello (los hipnotizados á quien se impone un personaje ó un papel), que conocemos ya suficientemente para preguntarnos lo que enseñan.

A primera vista, estos casos son bastante sencillos en cuanto al mecanismo de su formación. El origen primitivo es obscuro: ¿por qué se ha producido tal concepción, y no tal otra? Generalmente no se sabe nada; pero, una vez originada, la concepción morbosa crece y se extingue por el automatismo puro y simple de la asociación. Así, mi intención no es insistir sobre este punto, sino hacer ver que estos casos patológicos nos explican una ilusión en la cual la psicología, fundada solo en la observación interior, cae casi siempre, y puede resumirse así: sustituir el yo real por un yo ficticio, mucho más sencillo.

Para sorprender esta personalidad real, concreta, y no una abstracción que ocupa su lugar, no debe entrarse en la conciencia propia con los ojos cerrados, é interrogarla obstinadamente; es preciso, por el contrario, abrir los ojos y observar. El niño, el labrador, el obrero, los millones de personas que andan por las calles ó los campos, que no han oído hablar nunca de Fichte ni

de Maine de Biran, que no han leído nunca disertaciones sobre el yo y el no yo, ni aun una línea de psicología, tienen cada uno su personalidad muy clara, y en cada instante la afirman instintivamente. Desde esta época olvidada en que su yo se ha constituído, es decir, se ha formado como un grupo coherente en medio de los sucesos que le asaltan, este grupo se mantiene sin cesar, modificándose incesantemente. Para una gran parte de ellos está compuesto de estados y de actos casi automáticos, que constituyen en cada uno el sentimiento de su cuerpo y la rutina de la vida, que sirven de sostén á todo el resto, pero cuyas alteraciones, aun cortas y parciales, se sienten inmediatamente. Para otra buena parte está compuesto de un conjunto de sensaciones, imágenes, ideas que representan el medio habitual en que se vive y se mueve, con los recuerdos que á él se refieren. Todo esto representa estados organizados, ligados sólidamente entre sí, suscitándose los unos á los otros, formando cuerpo. Consignamos actualmente el hecho sin bus-

car la causa. Todo lo que es nuevo, inusitado, cambio, en el estado del cuerpo y de su medio, se adopta sin vacilar, se clasifica por un acto instintivo, como formando parte de la personalidad, ó como si le fuese extraño. No es por un juicio claro y explícito por lo que se hace esta operación á cada instante, sino por una lógica inconsciente, mucho más profunda que la otra. Si fuera preciso caracterizar con una palabra esta forma natural, espontánea, real de la personalidad, la llamaría una *costumbre*, y no puede ser otra cosa, no siendo, como sostenemos más que la expresión de un organismo. Si el lector, en lugar de observarse á sí mismo, procede objetivamente, es decir, observa é interpreta con ayuda de los datos de su conciencia el estado de los que no han reflexionado nunca sobre su personalidad (y es la inmensa mayoría del género humano), verá que la tesis precedente es exacta, y que la personalidad real se afirma, no por la reflexión, sino por los actos.

Veamos ahora la personalidad ficticia ó artificial. Cuando el psicólogo, por la observa-

ción interior, pretende, como él dice, verse á sí mismo, intenta lo imposible. En el momento en que se pone á la obra, ó si se atiene al presente, lo que no le adelanta casi nada; ó bien, extendiendo su reflexión hacia el pasado, se afirma lo mismo que hace un año, diez años; no hace sino expresar sabia y laboriosamente lo que un labrador sabe tan bien como él. Con la observación interior no puede ver más que fenómenos fugitivos, y yo no sé que se haya respondido á estas observaciones tan justas de Hume: «Por mi parte, cuando entro en lo más íntimo de lo que llamo mi yo, choco siempre con tal ó cual percepción (1) particular de frío, de calor, de luz ó de sombra, de amor ó de odio, de placer ó de dolor. No sorprendo nunca á mi yo despejado de toda percepción; no observo nunca nada más que la percepción... Si alguno, después de una reflexión seria y exenta de prejuicios, cree tener otra idea de sí mismo, confieso que no puedo discutir ya mucho

(1) En la lengua de Hume «percepción» corresponde poco más ó menos á lo que llamamos hoy estado de conciencia.

tiempo con él. Todo lo que puedo concederle es que tal vez tenga tanta razón como yo, y que sobre este punto nuestras naturalezas difieren esencialmente. Es posible que él observe algo de simple y de permanente que llame su yo; pero en cuanto á mí, estoy bien seguro de que no poseo principio de esta naturaleza (1).» Se ha dicho después de Hume: «Por el esfuerzo y la resistencia nos sentimos causa.» Está muy bien; todas las escuelas conceden, poco más ó menos, que por esto es por lo que se distingue el yo del no yo; pero el sentimiento del esfuerzo no es por eso menos un simple estado de conciencia como los demás, el sentimiento de la energía muscular desplegada para producir un acto cualquiera.

Tratar de sorprender por el análisis un todo sintético como la personalidad ó, por una intención de la conciencia que dura apenas algunos segundos, abrazar un complejo como el yo, es plantear un problema cuyos datos son contradictorios Así, en realidad, los psicólogos han procedido de otro modo. Han considerado

(1) Tomo I, pág. 321.

los estados de conciencia como accesorios, y el lazo que los une, como esencial; y este misterioso *debajo* es el que, bajo los nombres de unidad, de identidad, de continuidad, se ha hecho el verdadero *yo*. Claro es, sin embargo, que aquí no tenemos más que una abstracción, ó, más exactamente, un esquema. La personalidad real se ha sustituído por la *idea de la personalidad*, que es completamente otra cosa. Esta idea de la personalidad se parece á todos los términos generales formados del mismo modo (sensibilidad, voluntad, etc.); pero no se parece ya á la personalidad real, sino como el plano de una ciudad se parece á la ciudad misma. Y de igual modo que en los casos de aberración de la personalidad que nos han conducido á estas observaciones, un complejo se ha sustituído por una sola idea, constituyendo una personalidad imaginaria y disminuída, de igual modo para el psicólogo el esquema de la personalidad se ha sustituído por la personalidad concreta y sobre este cuadro, casi vacío de todo contenido, razona, induce, deduce, dogmatiza. Claro es, por otra

parte, que esta aproximación no se hace más que *mutatis mutandis* y con muchas restricciones, que el lector notará por sí mismo. Habría lugar todavía á otras muchas observaciones; pero yo no hago aquí un trabajo crítico.

En resumen: reflexionar sobre nuestro yo, es tomar una posición artificial que cambia su naturaleza, es sustituir la realidad por una representación abstracta. El verdadero yo es el que siente, piensa, obra, sin darse en espectáculo á sí mismo; porque es por naturaleza, por definición, un sujeto, y para convertirle en objeto, hay que hacerle sufrir una reducción, una adaptación á la óptica mental que le trasforma y le mutila.

Hasta aquí no hemos tomado la cuestión más que por su lado negativo. ¿A qué hipótesis positiva sobre la naturaleza de la personalidad nos conducen los casos morbosos? Descartemos primeramente la hipótesis de una entidad trascendente, irreconciliable con la patología y que por otra parte no explica nada.

Dejemos á un lado tambien la hipótesis que hace del yo un «haz de sensaciones» ó de estados de conciencia, como se ha repetido frecuentemente después de Hume. Es atenerse á las apariencias, tomar un grupo de signos por una cosa; más exactamente, efectos por su causa. Además, si, como lo creemos, la conciencia no es más que un fenómeno indicador, no puede ser un estado constitutivo.

Hay que penetrar más adelante, hasta el consensus del organismo, de que el yo consciente no es más que la expresión psicológica. ¿Esta hipótesis tiene más solidez que las otras? —Objetiva y subjetivamente el rasgo característico de la personalidad es esta continuidad en el tiempo, esta permanencia que se llama identidad. Se le ha rehusado al organismo, apoyándose en razones muy conocidas para que yo las repita; pero es extraño que no se haya visto que todas las razones que han hecho valer en favor de un principio trascendente, son aplicables al organismo, y que todas las razones que han hecho valer

contra el organismo son aplicables á un principio trascendente. Esta observación de que todo organismo superior es único en su complejidad, es tan antigua, por lo menos, como los escritos hipocráticos, y después de Bichat nadie atribuye ya esta unidad á un misterioso principio vital; pero ciertas gentes hacen gran ruido de este torbellino, de esta renovación molecular continua, que constituye la vida y dicen: ¿Dónde está la identidad? Sin embargo, en realidad, todo el mundo cree en esta identidad del organismo y la consigna. Identidad no es inmovilidad. Si, como piensan algunos sabios, la vida reside, no tanto en la sustancia química del protoplasma como en los movimientos de que están animadas las partículas de esta sustancia, sería una «combinación de movimientos» ó una «forma del movimiento,» y esta renovación molecular continua estaría subordinada á condiciones más profundas. Sin insistir, es evidente para todo espíritu no prevenido que el organismo tiene su identidad. Por lo tanto, ¿qué hipótesis más sencilla, más natural que

ver en la identidad consciente la manifestación interior de esta identidad exterior que está en el organismo? «Si acaban de asegurarme que no hay una sola partícula de mi cuerpo que sea lo que era hace treinta años, que su forma ha cambiado completamente, que es, por consiguiente, absurdo hablar de su identidad, y que es absolutamente necesario suponerle habitado por una entidad material que mantiene la identidad personal en medio de cambios perpetuos y de azares de estructura, responderé, que las otras personas que me han conocido desde mi juventud hasta mi edad actual, que no tienen la certidumbre consciente de mi identidad como la tengo yo, están, sin embargo, tan convencidas como yo mismo, aun cuando me tuvieran por el mayor embustero del mundo y no creyesen una palabra de mi testimonio subjetivo; que están igualmente convencidas de la identidad personal de sus perros y sus caballos, cuyo testimonio subjetivo es nulo en la especie; por último que, admitiendo en mí una sustancia inmaterial, hay que admi-

tir que ha sufrido tantos cambios, que no estoy seguro de que quede la menor cosa de lo que era hace treinta años; de suerte que, con la mejor intención del mundo, no veo qué necesidad haya, ó qué beneficio pueda sacarse de la entidad supuesta, supérflua á lo que parece (1).»

Sobre esta base física del organismo reposa, según nuestra tesis, lo que se llama la unidad del yo, es decir, esa solidaridad que enlaza los estados de conciencia. La unidad del yo es la de un complejo, y sólo por una ilusión metafísica se la concede la unidad ideal y ficticia del punto matemático. Consiste, no en el acto de una «esencia,» que se supone simple, sino en una coordinación de los centros nerviosos, los cuales representan una coordinación de las funciones del organismo. Seguramente estas son hipótesis; pero al menos no tienen ningún carácter sobrenatural.

Tomemos el hombre en el período fetal,

(1) Maudsley, *Body and Will*, pág. 77.

antes del nacimiento de toda vida psíquica; dejemos á un lado esas disposiciones hereditarias inscritas ya en él de un modo cualquiera, y que más tarde entrarán en juego. En una época indeterminada, al menos en las últimas semanas, debe producirse una especie de sentido del cuerpo, que consista en un vago sentimiento de bienestar ó de malestar. Por confuso que se le suponga, implica ciertas modificaciones en los centros nerviosos, hasta donde lo permita su estado rudimentario. Cuando sensaciones de causa externa (objetivas ó no) vienen más tarde á añadirse á esas simples sensaciones vitales, orgánicas, producen también necesariamente una modificación en los centros nerviosos. Pero no se inscriben éstas sobre una tabla rasa; la trama de la vida psíquica está ya tejida, y esa trama es la sensibilidad general, el sentimiento vital que, aun suponiéndole muy vago, forma en definitiva, en ese período de la vida, la casi totalidad de la conciencia. El enlace de los estados de conciencia entre sí deja, pues, entrever su origen. La primera

sensación (suponiendo que exista una en estado aislado) no cae como un aerolito en un desierto: se encuentra unida á otros en cuanto entra—á los estados que constituyen el sentido del cuerpo, y que no son más que la expresión psíquica del organismo. Traducido en términos fisiológicos, esto quiere decir que las modificaciones del sistema nervioso representan materialmente las sensaciones y los deseos que se suceden (primeros elementos de la alta vida psíquica), se añaden á modificaciones anteriores, representantes materiales de las sensaciones vitales y orgánicas; que por esto mismo se establecen relaciones entre esos elementos nerviosos; de suerte que desde su origen, la unidad compleja del yo tiene sus condiciones de existencia, y las encuentra en esa conciencia general del organismo tan olvidada y que, sin embargo, sirve de soporte á todo el resto. En suma: sobre la unidad del organismo descansa todo; y cuando la vida psíquica, saliendo del período embrionario, está formada, el espíritu puede compararse á una rica ta-

picería cuya trama ha desaparecido por completo, en unos puntos bajo una labor muy fina, en otros bajo un grueso bordado de alto relieve; el psicólogo de mera observación interior no ve más que las labores y bordados, y se pierde en conjeturas para adivinar lo que hay debajo; si consintiese en cambiar de posición, ó en mirar por el reverso, se evitaría muchas inducciones inútiles y sabría mucho más.

Se puede exponer la misma tesis bajo la forma de una crítica de Hume. El yo no es, como él decía, un simple haz de percepciones. Sin hacer intervenir á la fisiología, para atenernos al simple análisis ideológico, hay aquí un olvido grave: el de las *relaciones* entre los estados primitivos. La relación es un elemento de naturaleza vaga, de una determinación difícil, puesto que no existe por sí misma. Es, sin embargo, algo de más y distinto de los dos estados que la limitan. Se encontrará en los *Principes de Psychologie*, de Herbert Spencer, un estudio penetrante y

muy poco notado sobre estos elementos de la vida psíquica, con hipótesis sobre sus condiciones materiales.

Muy recientemente, Mr. W. James ha resucitado la cuestión (1): compara el curso de nuestra conciencia y su flujo desigual, á las actitudes de un pájaro que alternativamente vuela y se posa. Los puntos de descanso están ocupados por sensaciones é imágenes relativamente estables; los lugares recorridos por el vuelo están representados por pensamientos de relación entre los puntos de reposo; estos pensamientos, las «porciones transitivas,» se olvidan casi siempre. —Nos parece que ésta es una nueva forma de nuestra tesis, la de la continuidad de los fenómenos psíquicos, gracias á un substratum profundo, oculto, que debe buscarse en el organismo. En verdad, sería una personalidad bien precaria la que no tuviera más base que la conciencia; hipótesis que se en-

(1) Herbert Spencer. *Principes de Psychologie*, t. 1, § 65 —W. James. *Principles of psychology*, t. I, pág. 237 y siguientes.—Huxley: *Hume*, trad. Compayré, pág. 92.

cuentra en oposición con los hechos más sencillos; para explicar, por ejemplo, cómo después de seis ú ocho horas de un profundo sueño me vuelvo á reconocer sin vacilaciones á mí mismo. Poner la esencia de nuestra personalidad en un modo de existencia (la conciencia) que se desvanece durante un tercio al menos de nuestra vida, es una extraña solución.

Sostenemos, pues, aquí, como en otra parte lo hemos hecho para la memoria, que no hay que confundir la individualidad en sí misma, tal como existe á título de hecho, en la naturaleza de las cosas, con la individualidad tal como existe por sí misma, gracias á la conciencia (personalidad). La memoria orgánica es la base de todas las formas más altas de la memoria, que no son más que un perfeccionamiento. La individualidad orgánica es la base de todas las formas más altas de la personalidad, que no son más que un perfeccionamiento; repetiré para la personalidad, como para la memoria, que la conciencia, la completa, la acaba, pero no la constituye.

Aunque para no alargar demasiado estas consideraciones, ya muy extensas, me haya rigurosamente abstenido de toda digresión, de toda crítica de doctrinas contrarias, de toda exposición de puntos de detalle, indicaré, sin embargo, de pasada una cuestión que se plantea bastante naturalmente. Se ha discutido mucbo para saber si la conciencia de nuestra identidad personal descansa sobre la memoria, ó inversamente. Dice uno: Es evidente que, sin la memoria, yo no sería más que un presente renovado sin cesar; lo cual destruye toda posibilidad, aun la más débil, de identidad. Otro dice: Es evidente que sin un sentimiento de identidad que los relacione entre sí, que les imprima mi marca, mis recuerdos no son míos; son sucesos extraños. Así, pues, ¿es la memoria la que produce el sentimiento de identidad, ó el sentimiento de identidad el que hace la memoria? Respondo: ni lo uno, ni lo otro; los dos son *efectos* cuya causa debe buscarse en el organismo; porque, de una parte, su identidad objetiva se traduce por ese estado subjetivo que llamamos

sentimiento de identidad personal; y, por otra, en él están registradas las condiciones orgánicas de nuestros recuerdos, en él, que es la base de nuestra memoria consciente. El sentimiento de la identidad personal y la memoria en el sentido psicológico, son, pues, efectos, y no puede ser el uno causa del otro. Su origen común está en el organismo en el que identidad y registro orgánico, (es decir, memoria), son uno mismo. Tropezamos aquí con una de esas cuestiones mal planteadas, que abundan en la hipótesis de una conciencia-entidad.

CAPÍTULO III

LAS PERTURBACIONES INTELECTUALES

Alteraciones que proceden de parestesias y de disestesias.—De las alucinaciones.—Dualismo cerebral y doble personalidad: discusión.—Función de la memoria.—Las ideas, trasformaciones que vienen de arriba; su carácter superficial: los poseídos, los hipnotizados.—Desaparición de la personalidad en los místicos.

I

En ciertos estados morbosos, los cinco sentidos clásicos, universalmente admitidos, sufren graves perturbaciones. Sus funciones se pervierten ó se desnaturalizan. Esas «parestesias» y «disestesias», ¿juegan algún pa-

pel en las alteraciones de la personalidad? Antes de examinar este punto, se presenta una cuestión previa: ¿qué sucede en el caso de la supresión de uno ó de varios sentidos? La personalidad, ¿se altera, se corta, se trasforma? La respuesta, apoyada en la experiencia, parece negativa.

La pérdida total de un sentido puede ser adquirida ó congénita. Examinemos el caso primero. Dejemos á un lado los dos sentidos secundarios del gusto y del olfato, así como el tacto, bajo sus diferentes formas, que se relaciona más de cerca á la sensibilidad general. Limitémonos al oído y á la vista. La ceguera y la sordera adquiridas no son raras: con frecuencia acarrean modificaciones de carácter, pero estos cambios no alteran al individuo en su fondo; sigue siendo el mismo. La ceguera y la sordomudez congénitas afectan más profundamente á la personalidad. Los sordomudos de nacimiento, mientras están reducidos á sus propias fuerzas y privados del lenguaje artificial, permanecen en un estado de notoria inferioridad intelectual.

Se la ha exagerado á veces (1), pero no es posible negarla, y obedece á causas tantas veces expuestas, que no es necesario recordarlas. La personalidad consciente cae por bajo del promedio normal; pero hay, en este caso, una suspensión de desarrollo, más bien que propiamente una alteración.

En cuanto á los ciegos de nacimiento, bien conocido es el espíritu ingenioso de muchos de ellos, y nada autoriza á atribuirles una diminución ó una alteración cualquiera de la personalidad. Por extraña que sea, para nosotros, su concepción del mundo visible, que ellos no se forman más que por lo que oyen decir, no influye seriamente ni sobre la naturaleza de su persona, ni sobre la idea que de ella tienen.

Si observamos el caso más célebre de pobreza sensorial, el de Laura Bridgmann,—caso minuciosamente estudiado y sobre el

(1) Véase sobre este punto los hechos referidos por Kussmaul, *Die Störungen der Sprache*, cap. VII, pág. 16 y siguientes.

cual abundan los documentos (1), — encontramos una mujer privada de la vista y del oído desde la edad de dos años, privada también casi totalmente del olfato y del gusto, reducida al tacto sólo. Hay que conceder, sin duda, una gran importancia á la educación paciente é inteligente que la ha formado. Pero no es menos cierto que sus maestros no han podido crear para ello sentidos nuevos, y que el tacto ha tenido que bastar para todo. Ahora bien; esta anómala se nos presenta con su individualidad propia, su carácter bian marcado; «un buen natural, buen humor casi inalterable, una paciencia para instruirse igual á su afán de conseguirlo;» en suma, como una persona.

Omitiendo pormenores sin número, que comprenden los casos precedentes, podemos decir para terminar: la privación, innata ó

(1) Consúltese sobre Laura Bridgmann, la *Revue philosophique*, t. I, 401; t. VII, 316. Los principales documentos que la conciernen han sido recogidos por su maestra Mary Swift Lamson en su obra: *The life and education of Laura Dewey Bridgmann, the deaf, dumb and blind girl.* London, Trübner, 1878.

adquirida, de uno ó de varios sentidos, no entraña ningún estado morboso de la personalidad. En los casos menos favorables, hay una suspensión relativa de desarrollo, que la educación remedia.

Claro es que, para los que sostienen que el yo es un compuesto extremadamente complejo (y esta tesis es la nuestra), todo cambio, adición, ó sustracción en sus elementos constitutivos, le afectan poco ó mucho. Pero el objeto de nuestro análisis es precisamente distinguir, entre esos elementos, lo esencial de lo accesorio. Lo aportado por los sentidos externos (exceptuado el tacto) no es un factor esencial. Los sentidos determinan, circunscriben la personalidad, pero no la constituyen. Si en las cuestiones de observación y de experiencia no fuera temerario fiarse en la lógica pura, esta conclusión habría podido deducirse *á priori*. La vista y el oído son por excelencia objetivos, nos revelan el exterior, no el interior. En cuanto al tacto, sentido complejo que muchos fisiólogos descomponen en tres ó cuatro sentidos, en

cuanto que nos da á conocer las propiedades del mundo exterior, puesto que es un ojo para los ciegos, entra en el grupo de la visión y del oído; por lo demás, no es más que una forma del sentimiento que tenemos de nuestro propio cuerpo.

Puede parecer extraño que las parestesias y disestesias, de que ahora vamos á ocuparnos, es decir, las simples perturbaciones ó alteraciones sensoriales, desorganicen el yo. Sin embargo, la observación lo demuestra y la reflexión lo explica. Ese trabajo de destrucción no es de ellas solas; no son ellas más que un episodio exterior de un desorden interno, más profundo, que ataca al sentido del cuerpo. Son causas auxiliares más bien que eficientes. Los hechos van á probarlo.

Las alteraciones de la personalidad con perturbaciones sensoriales, sin alucinaciones, perceptibles al menos, sin pérdida del juicio, se encuentran en cierto número de estados morbosos. Elegiremos como tipo el neurorismo, estudiado por Krishaber con el nombre de «neuropatía cerebro-cardíaca». Nos im-

porta poco que este grupo de síntomas merezca ó no ser considerado como una unidad patológica distinta; corresponde á los médicos juzgarlo (1). El objeto de nuestra investigación es otro.

Resumamos las perturbaciones fisiológicas, cuyo efecto inmediato es producir un cambio en la cenestesia (el sentido del cuerpo). Al principio perturbaciones de la circulación, consistentes sobre todo en una irritabilidad extrema del sistema vascular, probablemente debida á una excitación del sistema nervioso central, y de aquí contracción de los pequeños vasos, isquemia en ciertas regiones, nutrición insuficiente y agotamiento. Desórdenes de la locomoción, aturdimientos, sentimento continuo de vértigo y de embriaguez con temblor, resolución de los miembros ó marcha segura, impulsión involun-

(1) Dr. Krishaber: *De la névrophatie cérébro-cardiaque* París, Masson, 1873. En general esta enfermedad está con siderada no como una especie distinta, sino como un caso particular de la irritación espinal ó de la neurastenia. (Véase Axenfeld et Huchard, *Traité des névroses*, 1883, p. 277 y 294.)

taria para marchar, «como movido por un resorte.»

Pasando del interior al exterior, encontramos el sentido del tacto, que forma la transición de la sensibilidad general á los sentidos especiales. Algunos experimentan la sensación de que no pesan, ó de que son muy ligeros. Muchos han perdido la noción exacta de la resistencia y no reconocen, valiéndose solo del tacto, la forma de los objetos. Se creen «separados del universo;» su cuerpo está como rodeado de aisladores que se interponen entre él y el mundo exterior.

«Se formaba, dice uno de ellos, como una atmósfera oscura alrededor de mi persona; yo veía, sin embargo, muy bien que era día claro. La palabra «oscura» no expresa exactamente mi pensamiento; habría que decir *dumpf*, en alemán, que significa también pesado, espeso, empañado, apagado. Esta sensación era, no solo visual, sino cutánea. Me envolvía la atmósfera *dumpf*; yo la veía, la sentía, era como una capa, como algo mal

conductor que me aislaba del mundo exterior. No sabría decir lo profunda que era esta sensación; me parecía haber sido trasportado extraordinariamente lejos de este mundo, y, maquinalmente pronuncié en alta voz estas palabras: «Estoy muy lejos, muy lejos.» Sabía muy bien, sin embargo, que no me había alejado; recordaba muy distintamente cuanto me había sucedido; pero entre el momento que había precedido y el que había seguido á mi ataque, había un intervalo inmenso en duración, una distancia como de la tierra al sol.»

La visión se altera siempre. Sin hablar de las perturbaciones ligeras (fotofobia, ambliopía), unos ven dobles los objetos, á otros les parecen planos, apareciéndoles un hombre como una imagen recortada y sin relieve. Para muchos, los objetos que les rodean parecen achicarse y alejarse al infinito.

Las perturbaciones auditivas son de la misma naturaleza. El enfermo no reconoce ya el sonido de su voz; le parece que viene de lejos ó que se pierde en el espacio, sin poder

llegar al oído de sus interlocutores, cuyas respuestas percibe con dificultad también.

Si reunimos con el pensamiento todos estos síntomas (acompañados de dolores físicos, de alteraciones del gusto y del olfato) vemos surgir, bruscamente, y en una pieza, un grupo de sensaciones internas y externas, marcadas con un nuevo carácter, ligadas entre sí por su simultaneidad en el tiempo, y, más profundamente todavía, por el estado morboso, del cual todas proceden. Se encuentran aquí todos los elementos de un nuevo yo: así es que á veces éste se forma. «He perdido la conciencia de mi sér; ya no soy yo mismo.» Tal es la fórmula que se repite en la mayor parte de las observaciones. Otros van más allá y, en algunos momentos, se creen dobles: «Una idea de las más extrañas que se impone á mi espíritu, á pesar mío, dice un ingeniero, es el creerme doble. Siento un yo que piensa y un yo que ejecuta.» (Obs. 6.)

Este proceso de formación ha sido demasiado bien estudiado por M. Taine para que yo insista sobre ello: «No se puede comparar

mejor, dice, el estado del paciente que al de una oruga que, conservando todas sus ideas y todos sus recuerdos de oruga, se convirtiera de pronto en mariposa, con los sentidos y las sensaciones de una mariposa. Entre el estado antiguo y el nuevo, entre el primer yo, —el de la oruga,—y el segundo yo,—el de la mariposa,—hay excisión profunda, rotura completa. Las nuevas sensaciones no encuentran series anteriores en que poder encajarse; el enfermo no puede interpretarlas, servirse de ellas, no las reconoce, son desconocidas para él. De aquí dos conclusiones extrañas; laprimera, que consiste en decir: «yo no soy;» la segunda, algo ulterior, que consiste en decir: «yo soy otro (1).»

Es verdad que es difícil para un espíritu sano y bien equilibrado representarse un estado mental tan extraordinario. Inadmisibles para el observador escéptico que mira al exterior, estas conclusiones son rigurosamente exactas para el enfermo que mira á lo interno.

(1) *Revue philosophique*, t. I, p. 289, y *L'Intelligence*, 4.ª edición, t. II, apéndice.

Para él sólo, ese sentimiento continuo de vértigo y de embriaguez es como un caos permanente en que el estado de equilibrio, de coordinación normal, no puede establecerse, ó por lo menos durar.

Si comparamos ahora con las otras formas más ó menos graves esta alteración de la personalidad *a sensibus læsis*, he aquí lo que encontramos: que no en todos los casos se forma un yo nuevo. Cuando se forma, desaparece siempre con perturbaciones sensoriales. Nunca llega á suplantar completamente al yo normal; hay alternativa entre los dos: los elementos del antiguo yo guardan bastante cohesión para que vuelva á quedar encima á intervalos. De aquí la ilusión que, en el sentido estricto, no es única para el enfermo, de creerse doble.

En cuanto al mecanismo psicológico, gracias al cual se cree doble, yo lo explico por la memoria. He tratado de mostrar anteriormente que la personalidad real, con su masa enorme de estados subconscientes y conscientes, se resume en nuestro espíritu en una

imagen ó tendencia fundamental, que llamamos la *idea* de nuestra personalidad. Ese esquema vago que representa la personalidad real poco más ó menos como la idea general de hombre representa los hombres, ó como el plano de una ciudad representa esta ciudad, basta para las necesidades de nuestra vida mental. En nuestros enfermos deben existir y sucederse en su conciencia dos imágenes ó esquemas, según que el estado fisiológico hace prevalecer la antigua ó la nueva personalidad. Pero en el paso de una á otra, por brusco que se le suponga, hay cierta continuidad. Estos dos estados de conciencia el uno no tienen un comienzo absoluto, el otro, un fin absoluto, y entre los dos un hiato, una nada. Como todos los estados de conciencia, tienen una duración; ocupan una porción del tiempo, y el fin terminal del uno toca con el fin inicial del otro. Todavía más: se alcanzan el uno al otro. Cuando uno comienza á existir, el otro subsiste todavía, disminuyendo; hay un período de coexistencia en que se penetran recíprocamente. En nues-

tra opinión, es *durante ese período de transición ó de paso*, y cuantas veces se produce, cuando el enfermo se cree doble.

Observemos, finalmente, que las perturbaciones sensoriales no son sino el resultado de una perturbación más profunda que repercute en el organismo, y que, por consiguiente, también aquí el sentido del cuerpo representa el papel principal en la patología de la personalidad.

Podemos ahora explicarnos cómo la supresión innata ó adquirida de uno ó de varios sentidos deja á la persona intacta en su fondo, mientras que la trasforman perversiones momentáneas y de apariencia menos grave.

Fisiológicamente, en el primer caso, tenemos una suma de elementos nerviosos condenados á la inercia funcional, sea al comienzo, sea en el curso de la vida; la personalidad es como una orquesta pobre ó empobrecida, pero que basta para lo necesario. En el segundo caso, todos los elementos nerviosos que sirven á los sentidos externos lesionados, á la sensibilidad muscular, á la sensibi-

lidad orgánica y visceral han sufrido, una modificación insólita: es como una orquesta en que bruscamente la mayor parte de los instrumentos hubiesen cambiado de timbre.

II

Una transición natural de las percepciones á las ideas se hace por las alucinaciones, cuyo papel en las anomalías de la personalidad vamos á estudiar. Al comenzar recordemos algunas generalidades sobre el estado de alucinación. Se han ideado cuatro hipótesis para explicarlo (1):

1.° La teoría periférica ó sensorial que coloca en los órganos de los sentidos el asiento de la alucinación.

2.° La teoría psíquica, que la localiza en el centro de la ideación.

(1) Para la exposición completa de la cuestión, véanse los importantes artículos de M. Binet, *Revue philosophique*, Abril y Mayo de 1884.

3.° La teoría mixta ó psico-sensorial.

4.° La que atribuye la alucinación á los centros perceptivos de la capa cortical.

La observación nos enseña que las alucinaciones afectan ya á un solo sentido, ya á varios; que se extienden frecuentemente por los dos lados del cuerpo, con menos frecuencia por uno solo (derecho ó izquierdo indiferentemente); todavía más raramente son bilaterales, pero presentando en cada lado carácter distinto; un oido es molestado por amenazas, injurias, malos consejos; el otro confortado por buenas palabras: un ojo no percibe más que objetos tristes y repugnantes; el otro ve jardines llenos de flores. Estos últimos, á la vez bilaterales y opuestos en naturaleza, son para nosotros los más interesantes.

Felizmente, en este inmenso dominio no tenemos que explorar más que un pequeño rincón. Limitemos bien nuestro objeto. En el estado normal, el individuo que piensa y siente está adaptado á su medio. Entre este grupo de estados y de relaciones internos que

constituyen el espíritu, y ese grupo de estados y relaciones externos que constituyen el mundo exterior, hay una correspondencia, como municiosamente ha demostrado Herbert Spencer.

En el alucinado está destruída. De aquí juicios falsos, actos absurdos, es decir, no adaptados. Sin embargo, todo esto constituye una enfermedad de la razón, no de la personalidad. Seguramente el yo sufre un fracaso; pero mientras no desaparezca el consensus que lo constituye, no esté partido en dos, ó no haya enajenado una parte de sí mismo, como veremos más adelante, no hay enfermedad propia de la personalidad; las perturbaciones son secundarias y superficiales. Por esto se encuentran eliminados para nosotros la inmensa mayoría de los casos de alucinación.

Tampoco tenemos que ocuparnos de los enfermos, bastante numerosos, que cambian, la personalidad de los demás, que toman á los médicos y enfermeros del asilo por sus padres, ó acaso á sus padres por personajes

imaginarios en relación con su delirio (1).

Hechas estas eliminaciones, los casos que hay que estudiar quedan bastante restringidos, puesto que se reducen á las alteraciones de la personalidad, cuya base es la alucinación. Casi siempre todo se limita á una *enajenación* (en el sentido etimológico) de ciertos estados de conciencia que el yo no considera como suyos, á los que objetiva, coloca fuera de sí, y concluye por atribuirlos una existencia propia, pero independiente de la suya.

En cuanto al oído, la historia de la locura religiosa suministra numerosos ejemplos. Citaré los más sencillos, aquellos en que el estado alucinatorio obra sólo en el origen. Una mujer era perseguida por una voz interior «que no oía más que en su oreja», y que

(1) Para ciertos enfermos, el mismo individuo se trasforma alternativamente en un personaje imaginario y se mantiene en su personalidad real. Una mujer tan pronto reconocía á su marido como le tomaba por un intruso. Le hizo detener por la policía, y á él le costó mucho trabajo establecer su identidad (Magnan, clínica de Sainte-Anne, 11 Febrero 1877).

se revelaba contra todo lo que quería. La voz quería siempre el mal cuando la enferma quería el bien. A veces le gritaba, sin quese pudiera oir exteriormente: «Toma un cuchillo y mátate.» Otra histérica tuvo primero pensamientos y profirió palabras que no tenía intención de decir, y que expresó en seguida con una voz que difería de su voz ordinaria. Esta voz no hacía al principio más que observaciones indiferentes ó razonables; después tomó un carácter negativo. «Actualmente, después de trece años, la voz expresa simplemente lo que la enferma acaba de decir, ó comenta sus palabras, las critica, las ridiculiza. El tono de esta voz, «cuando el espíritu habla, difiere siempre un poco, y aun á veces totalmente de la voz ordinaria de la enferma, y por esto es por lo que ella cree en la realidad de este espíritu. Yo he observado estos hechos con frecuencia por mí mismo (1).»

(1) Griesinger. *Maladies mentales*, trad. franc., pág. 285-286.—Baillarger cuenta un caso análogo, *Annales médico-psych.*, primera serie, tomo VI, pág. 151.

En cuanto á la vista, las enajenaciones de este género son menos frecuentes: «Un hombre muy inteligente, dice Wigan (pág. 126), tenía el poder de colocar ante sí á su *doble*. Se reía muy fuerte de este doble, que también se reía. Esto fué mucho tiempo para él un motivo de disversión, pero el resultado final fué lamentable. Se convenció gradualmente de que él iba acompañado por sí mismo (*haunted by himself*). Este otro yo discutía con él, le incomodaba y le mortificaba sin cesar. Para poner fin á esta triste existencia, y no queriendo comenzar otro año, el 31 de Diciembre, á las doce de la noche, se pegó un tiro en la boca.»

Por último, M. Ball ha referido en el *Encéphale* (1882, II), el caso de un americano que,[1] por alucinaciones simultáneas del oído y de la vista, creó de cuerpo entero un personaje imaginario. «A seguida de una insolación, quedó sin conocimiento durante un mes. Poco tiempo después de haber recobrado el sentido, oyó una voz de hombre claramente articulada, que le dijo: «¿Cómo está

usted?» El enfermo contestó, y se siguió una corta conversación. Al día siguiente se repitió la misma pregunta. El enfermo mira, y no ve á nadie. «¿Quién es usted?», dice. «Yo soy M. Gabbage,» respondió la voz. Algunos días más tarde el enfermo entrevé á su interlocutor que, á partir de esta época, se ha presentado siempre con las mismas facciones y el mismo traje; lo ve siempre de frente, y sólo el busto: es un hombre vigoroso y de buena presencia, de treinta y seis años próximamente, con barba fuerte, de color castaño oscuro, los ojos grandes y negros, las cejas, fuertemente dibujadas; está constantemente en traje de caza. El enfermo de buena gana hubiera querido saber la profesión, las costumbres y el domicilio de su interlocutor; pero este hombre no consintió nunca en dar otros datos que su nombre. Por último, Gabbage se hace cada vez más tiránico: ordena al americano que tire al fuego su diario, su reloj y su cadena, que cuide á una joven y á su hijo, á quienes envenenó, y, por último, que se tire por la ventana de un tercer piso,

cayendo sobre el empedrado, donde murió.

Estos hechos nos muestran un comienzo de *disolución de la personalidad*. Más tarde citaremos otros que no tienen por base la alucinación, y que nos harán comprender mejor éstos. Esa coordinación más ó menos perfecta que, en el estado normal, constituye el yo, es alterada parcialmente. En este grupo de estados de conciencia que sentimos como nuestros porque los producimos ó los sufrimos, hay uno que, aunque tenga su origen en el organismo, no entra en el consensus, queda aparte, aparece como extraño. Es, en el orden del pensamiento, el análogo de los impulsos irresistibles en el orden de la acción: una incoordinación parcial (1).

Pero ¿por qué esta voz y estas visiones que proceden del enfermo no son suyas para él? Esta es una cuestión muy oscura, que voy á tratar de poner en claro. En ella debe haber causas anatómicas y fisiológicas, por desgracia

(1) Sobre los impulsos irresistibles como fenómenos de incoordinación parcial, véase *Las enfermedades de la voluntad*, trad. esp. Madrid, 1899.

desconocidas, cuyo descubrimiento resolverá el problema. En esta ignorancia de las causas, nos vemos reducidos á no ver más que la superficie, los síntomas, los estados de conciencia con los signos que los traducen. Supongamos, pues, un estado de conciencia (con sus condiciones orgánicas) que tenga el carácter propio de ser local, es decir, de tener en la organización física y psíquica una irradiación lo más débil posible. Para hacerme comprender por antítesis, escojamos una emoción violenta y brusca; resuena por todas partes, conmueve todo en la vida física y mental; es una difusión completa. Nuestro caso es el contrario. Orgánica y psíquicamente no hay más que conexiones raras y precarias con el resto del individuo; está fuera de él á la manera de un cuerpo extraño, alojado en el organismo, que no participa de su vida. No entra en esta gran trama de la cenestesia que sostiene y unifica todo. Es un fenómeno cerebral casi sin sostén, análogo á las ideas impuestas por sugestión en el hipnotismo. Lo que confirma este ensayo de ex-

plicación es que el estado morboso, si no está limitado por la naturaleza ó la medicina, tiene una tendencia fatal á evolucionar, á apoderarse de un cuerpo, á costa de la personalidad primitiva que disminuye, como roída por un parásito. Sin embargo, en este caso conserva su sello original; no constituye un desdoblamiento, sino una enajenación de la personalidad.

No hago este ensayo de explicación sino como hipótesis, muy persuadido de que la ignorancia de las condiciones orgánicas del fenómeno nos prohibe las razones de prueba. Por otra parte, he debido anticipar algo sobre lo que se dirá después, á propósito de las ideas, y que quizá nos suministrará nuevos argumentos en favor de esta hipótesis.

Ahora tenemos que hablar de experimentos recientes sobre las alucinaciones, que, unidos á otros hechos, han conducido á ciertos autores á dar una explicación tan sencilla del desdoblamiento de la personalidad como si fuese, por decirlo así, palpable. Se

demuestra primero la independencia funcional de los dos hemisferios del cerebro, y se deduce de ella que de su sinergía resulta el equilibrio del espíritu, de su desacuerdo perturbaciones diversas, y, por último, la excisión del individuo psíquico. Aquí hay dos cuestiones distintas, que han visto bien varios sabios que vamos á citar, pero que se han confundido con otras.

Un médico, conocido como psicólogo, sir Henri Holland, fué el primero que estudió en 1840 el cerebro como órgano doble, é insinuó que algunas aberraciones del espíritu podrían deberse á la acción no regulada de los dos hemisferios, uno de los cuales parece corregir, en ciertos casos, las percepciones y los sentimientos del otro. En 1844, Wigan va más lejos: sostiene que tenemos dos cerebros, y no uno solo, y que «el cuerpo calloso, lejos de ser su unión entre ellos, es un muro de separación» y afirma más claramente que su antecesor la dualidad del espíritu (1). Los

(1) Wigan. *The duality of mind proved by the structure, functions and diseases of the Brains and by the phenomena of*

progresos de la anatomía cerebral acusarán en seguida resultados más positivos; desigualdad de peso de los dos lóbulos del cerebro, asímetría constante, diferencias en la topografía de la corteza, etc. El descubrimiento de Broca sobre el lugar de la afasia fué un nuevo argumento de gran valor. Se supuse también que el hemisferio izquierdo era el lugar principal de la inteligencia y de la voluntad; que el hemisferio derecho estaba más especialmente consagrado á la vida de la nutrición (Brown-Séquard). Abrevio esta parte histórica, que podría ser larga, para venir en seguida á las alucinaciones. La existencia de alucinaciones simultáneas, tristes por un lado y alegres por otro, en todo caso diferentes y aun contradictorias, atrajo la atención de los observadores. Había algo mejor que la observación, la experimentación. El hipnotismo suministra los medios. Recordemos que el individuo hipnotizado posee tres fases:

mental derangement and shewn to be essential to moral responsability. London, 1844. Este libro, mal digerido, no es lo que el título promete.

una letárgica, caracterizada por la excitabilidad neuro-muscular; otra cataléptica, que se produce levantando los párpados; la tercera, sonámbula, causada por una presión sobre el vértice. Si durante el estado cataléptico se baja el párpado derecho, se obra sobre el cerebro izquierdo, y se determina un estado letárgico del lado derecho solamente. El individuo se encuentra así dividido en dos; hemiletárgico á la derecha, hemicataléptico á la izquierda, y he aquí lo que ocurre. Tomo estos hechos del conocido libro de M. P. Richer:

«En una mesa coloco un jarro de agua, una jofaina y jabón; en cuanto su mirada se dirige hacia estos objetos ó toca uno de ellos, la enferma, con una espontaneidad aparente, vierte agua en la jofaina, coge el jabón y se lava las manos con cuidado minucioso. Si se baja entonces el párpado de un solo ojo, el derecho por ejemplo, todo el lado derecho se pone letárgico; la mano derecha se para en seguida, pero la izquierda sola continúa el movimiento; levantando de nuevo el párpado, las dos manos vuelven á su acción como an-

tes. La misma cosa se produce igualmente en el lado izquierdo: si se pone entre las manos de la enferma la caja que contiene su trabajo de crochet, la abre, coge su labor y trabaja con una habilidad notable; si se cierra uno de sus ojos, la mano correspondiente se detiene, el brazo cae inerte... pero la otra mano trata de continuar sola el trabajo, imposible ya; el mecanismo continúa andando de un solo lado, pero modifica su movimiento con objeto de hacerlo eficaz.»

El autor refiere muchos casos del mismo género, de los cuales sólo citaré el último, porque confirma el descubrimiento de Broca. Se coloca entre las manos del individuo un libro abierto, haciendo que dirija su mirada hacia una de las líneas, y lee. «En medio de la lectura, la oclusión del ojo derecho (y por el entrecruzamiento de los nervios ópticos, el impresionado es el cerebro izquierdo) la suspende de pronto en medio de una palabra, en medio de una frase. Vuelve á leer en seguida que se abre de nuevo el ojo derecho, acabando la palabra ó la frase interrumpida.

Si, por el contrario, es el ojo izquierdo el que se cierra, continúa su lectura, dudando un poco, porque es ambliópica y acromatópica del ojo derecho (1)».

Se pueden variar estos experimentos. Se imprime una actitud diferente á los miembros de cada lado del cuerpo: entonces el individuo por un lado tiene la expresión de mando, por el otro sonríe y envía besos. Se puede provocar el estado alucinatorio á la izquierda ó á la derecha solamente. Por último, se aproximan dos personas á cada una de las orejas del individuo, la una, á la derecha, describe el buen tiempo; el lado derecho sonríe; la otra, á la izquierda, describe la lluvia; el lado izquierdo traduce el desagrado y la comisura labial baja. O bien, mientras se sugiere por la oreja derecha la alucinación de una fiesta campestre, cerca de la izquierda se imita el ladrido de un perro; la cara ex-

(1) P. Richer. *Etudes cliniques sur l'hystéro-epilepsie*, pág. 391-393.

(2) Magnan y Dumontpailler. *Union médicale*. 15 Mayo 1883.

presa á la derecha la satisfacción; á la izquierda, la inquietud (2).

Estos experimentos, de que no damos sino un sumario muy breve, unidos á muchos otros hechos, han conducido muy lógicamente á esta conclusión: independencia relativa de los dos hemisferios cerebrales, que no excluye en nada á su coordinación normal, pero que en ciertos casos patológicos se convierte en un dualismo completo.

Se ha querido ir más lejos y establecer que este dualismo cerebral basta para explicar todo desacuerdo en el espíritu, desde la simple duda entre dos partidos que tomar, hasta el desdoblamiento completo de la personalidad. Si queremos á la vez el bien y el mal; si tenemos impulsos criminales y una conciencia que les condena; si el loco á ratos reconoce su locura; si el delirante tiene momentos de lucidez; si, en fin, algunos individuos se creen dobles, es sencillamente porque los dos hemisferios están en desacuerdo; el uno está sano, el otro morboso; un estado se asienta á la derecha, su contrario á la iz-

quierda: es una especie de maniqueismo psicológico.

Griesinger, en contra de esta teoría, ya emitida tímidamente en su época, después de haber citado los hechos que reivindica y el caso de uno de sus enfermos que «sentía perder la razón en un solo lado de la cabeza, en el lado derecho,» concluye en estos términos: «En cuanto á nosotros, no estamos en modo alguno dispuestos á conceder á estos hechos un gran valor (1).» ¿Lo han ganado después? Es muy dudoso. Primeramente (puesto que la teoría reposa en una cuestión de número) ¿no hay individuos que se creen triples? Por lo menos encuentro un caso: «Yo he encontrado, dice Esquiros, en un establecimiento de locos un sacerdote que, por haber aplicado con demasiado ardor su inteligencia al misterio de la Santísima Trinidad, había concluído por ver alrededor de él los objetos triples. El mismo se figuraba ser tres personas, y quería que se

(1) Obra citada., pág. 28. Véanse también las conclusiones negativas de Charlton Bastian sobre este punto, tomo II, cap. XXIV.

le pusieran en la mesa tres cubiertos, tres platos, tres servilletas (1).» Yo creo que mediante cuidadosas investigaciones se encontrarían otros; pero no quiero prevalerme de este caso de triplicidad, que me parece susceptible de muchas interpretaciones. Hay contra esta teoría mejores razones que alegar, apoyadas en hechos vulgares. En definitiva, esta teoría reposa en la hipótesis absolutamente arbitraria de que la lucha es siempre entre *dos* estados. La experiencia lo contradice completamente. ¿A quién no le ha ocurrido dudar entre obrar en un sentido ó en el contrario, ó abstenerse; entre viajar al Norte ó al Sur, ó quedarse en casa? Sucede muchas veces en la vida que se presentan tres partidos, cada uno de los cuales excluye necesariamente á los otros dos. ¿Dónde reside el tercero puesto que en esta forma extraña se ha planteado la cuestión.?

En algunos casos de atrofia congénita del cerebro. que parecen apoyados en observaciones auténticas, se ha visto individuos re-

(1) *Revue des Deux-Mondes*, 15 Octubre 1845, pág. 307.

ducidos desde la infancia á un solo hemisferio cerebral; su desarrollo intelectual era ordinario, y se parecían al resto de los hombres (1). En ellos, en la hipótesis que combatimos, no hubiera debido producirse ninguna lucha interior. Creo inútil insistir sobre esta crítica y me limito á recordar la palabra de Griesinger sobre el verso de Fausto: «No son sólo dos almas, sino muchas las que habitan en nosotros.»

A decir verdad, esta discusión sería ociosa, si no fuese una ocasión de ver una vez más nuestro objeto desde un nuevo aspecto. Estas oposiciones en la persona, esta excisión parcial en el yo, tales como se encuentran en los momentos lúcidos de la memoria y del delirio (2), en la reprobación del dipsómano de sí mismo mientras bebe, no son oposiciones en el espacio (de un hemisferio al otro), sino oposiciones *en el tiempo*. Son,

(1) Cotard. *Etude sur l'atrophie cérébrale*, París, 1868; *Dict. encycl. des sciences médicales*, art. Cerveau (Pathologie), p. 298 y 453.

(2) Jessen. *Versuch einer wissenschaftlichen Begründung der Psychologie*, pág. 189, refiere un ejemplo curioso.

para emplear una expresión favorita de Lewes, «actitudes» sucesivas del yo. Esta hipótesis da cuenta de todo lo que la otra explica, y además de lo que no explica.

Si nos penetramos bien de esta idea de que la personalidad es un consensus, no nos costará trabajo admitir que esta masa de estados conscientes, subconscientes é inconscientes que la constituyen, se resume, en un momento dado, en una tendencia ó un estado preponderante, que, para la persona misma y para los otros, es su expresión momentánea. En seguida esta misma masa de elementos constituyentes se resume en un estado contrario, que pasa al primer término. Tal es nuestro dipsómano que bebe y se reprende. El estado de conciencia preponderante en cada instante es para el individuo y para los otros su personalidad. Es una ilusión natural de que es difícil deshacerse, pero una ilusión que reposa sobre una conciencia parcial. En realidad, no hay más que dos actitudes sucesivas, es decir, una diferencia de agrupamiento entre los mismos elementos, con

predominio de algunos, y lo que se deduce de ello. Nuestro cuerpo puede igualmente tomar unas tras otras dos actitudes contrarias, sin cesar de ser el mismo cuerpo.

Claro es que tres estados ó más pueden sucederse (coexistir en apariencia) por el mismo mecanismo. Nos hemos limitado al número dos. Hay que reconocer sin duda que esta excisión interior es más frecuente entre dos estados contrarios que entre tres ó más. Esto depende de ciertas condiciones de la conciencia que hay que recordar.

¿Hay una coexistencia real entre dos estados de conciencia, ó una sucesión tan rápida que parece una simultaneidad? Esta es una cuestión muy delicada, no resuelta, y que quizá lo sea un día por los psico-físicos. Hamilton y otros han sostenido que podemos tener hasta seis impresiones á la vez; pero su conclusión se deduce de apreciaciones vagas. La determinación por los procedimientos rigurosos de la física, de la duración de los estados de conciencia, ha sido un gran paso. Wundt ha intentado ir más lejos y fijar, por

la experiencia, lo que llama con razón la extensión de la conciencia, *(Umfang des Bewusstseins)*, es decir, el máximum de estados que puede contener á la vez. Sus experimentos no se han referido más que á impresiones sumamente sencillas (los golpes de un péndulo, entrecortados regularmente por los golpes de un timbre), y por consiguiente, no son aplicables de todo punto á los estados complejos que nos ocupan. Ha encontrado que «doce representaciones forman la extensión máxima de la conciencia para estados sucesivos relativamente sencillos (1).» El experimento parece, pues, favorable á una sucesión muy rápida, equivalente á una coexistencia. Los dos, tres ó cuatro estados contrarios serán en el fondo una sucesión.

Además, sabemos, según una comparación empleada á menudo, que la conciencia tiene su «mancha amarilla,» como la retina; la visión distinta no es más que una pequeña parte de la visión total. La conciencia

(1) *Grundzüge der physiol. Psychologie*, segunda edición, tomo II, pág. 215.

clara no es más que una pequeña parte de la conciencia total. Aquí vemos la causa natural é incurable de esta ilusión, por la cual el individuo se identifica con su estado de conciencia actual, sobre todo cuando es intenso: y fatalmente esta ilusión es mucho más fuerte para él que para los demás. También vemos por qué la coexistencia (aparente) es mucho más fácil para dos estados contrarios que para tres, y sobre todo para un número mayor. Este hecho depende de los límites de la conciencia. Además, es una oposición en el tiempo, y no en el espacio.

En resumen: la independencia relativa de los dos hemisferios no es dudosa. La perturbación producida en la personalidad por su desacuerdo, no es tampoco dudosa; pero reducir todo á una simple división entre el lado izquierdo y el lado derecho, es una hipótesis que hasta ahora no ha hecho valer ninguna razón seria.

III

Algunas palabras sobre la memoria. No tenemos razones para estudiarla aparte, porque aparece constantemente en nuestro asunto. La personalidad, en efecto, no es un fenómeno, sino una evolución; no es un suceso momentáneo, sino una historia; no es un presente ó un pasado, sino lo uno y lo otro. Dejemos á un lado la memoria que llamaré objetiva, intelectual; las percepciones, imágenes, experiencias y conocimientos almacenados en nosotros. Todo esto puede desaparecer parcial ó totalmente; son enfermedades de la memoria de que hemos dado, por otra parte, numerosos ejemplos. Consideremos solamente la memoria subjetiva, la de nosotros mismos en nuestra vida fisiológica, y de las sensaciones ó sentimientos de que va acompañada. Esta distinción es completamente ficticia, pero nos permitirá simplificar.

Primeramente, ¿existe esta memoria? Podría decirse que en el individuo perfectamente sano, el tono vital es tan constante, que la conciencia que tiene de su cuerpo no es más que un presente que se repite sin cesar; pero esta monotonía, si existe excluyendo la conciencia, favorecería por el contrario, la formación de una memoria orgánica. En realidad, hay siempre algunos cambios, por ligeros que sean; y como sólo tenemos conciencia de las diferencias, los sentimos. Mientras son débiles y parciales, la impresión de la uniformidad persiste, porque las acciones repetidas sin cesar se representan en el sistema nervioso de una manera estable, muy de otro modo que los cambios efímeros. Su memoria está organizada, por consiguiente, por debajo de la conciencia, y es por tanto más sólida. Aquí está el fundamento de nuestra identidad. Estos mismos pequeños cambios obran á la larga y producen lo que se llama el cambio insensible. Después de diez años de ausencia, un objeto, un monumento, se ve el mismo, no se *siente* el mismo; no es la facultad de percibir, es

su acompañamiento el que ha cambiado. Pero todo esto es el estado sano, la simple trasformación inherente á todo lo que vive y evoluciona.

He aquí, pues, el hábito vital de un individuo representado por este otro hábito: la memoria orgánica. Sobrevienen causas desconocidas casi, y cuyos efectos objetivos y subjetivos no se pueden comprobar. Producen una trasformación profunda y súbita, por lo menos rápida y persistente de la cenestesia. ¿Qué sucede? Sólo la experiencia puede responder, puesto que la ignorancia de las causas nos reduce al puro empirismo. En estos casos extremos (dejaremos los otros), el individuo cambia. Esta metamorfosis se encuentra bajo tres formas principales en lo que se refiere á la memoria:

1.ª La personalidad nueva, después de un período de transición más ó menos largo, se queda sola; la antigua se olvida (la enferma de Leuret). Este caso es raro. Supone que la antigua cenestesia es abolida por completo, ó por lo menos queda inactiva para siem-

pre é incapaz de reviviscencia. Si se observa que la trasformación *absoluta* de la personalidad, es decir, la sustitución de una personalidad por otra—completa, sin reserva, sin ningún lazo con el pasado,—supone una trasformación de arriba á abajo en el organismo, no hay que asombrarse de encontrarla tan raramente. No hay, que yo sepa, ningún caso en que la segunda personalidad no haya heredado algo de los despojos de la otra, aunque no sea más que ciertas adquisiciones convertidas en automáticas (andar, hablar, etc.).

2.ª Lo más frecuente á pesar del nuevo sentimiento del cuerpo que se ha organizado y se ha convertido en base del yo actual, la antigua memoria orgánica subsiste. De cuándo en cuándo vuelve á la conciencia debilitada como un recuerdo de la infancia, que la repetición no ha reavivado. Probablemente esta reviviscencia tiene por causa algún fondo común á los dos estados; entonces el individuo se figura otro. El estado actual evoca uno semejante, pero que tiene

otro acompañamiento. Los dos parecen *míos*, aunque se contradicen. Tales son los enfermos que encuentran que todo queda lo mismo, y que sin embargo todo ha cambiado.

3.ª Por último, hay casos de alternativa. Aquí casi no es dudoso que las dos memorias subjetivas, expresión organizada de las dos cenestesias, subsisten y pasan alternativamente á primer término. Cada una lleva consigo y pone en actividad cierto grupo de sentimientos, de aptitudes físicas é intelectuales que no existen en la otra. Cada una forma parte de un complejo distinto. El caso de Azam nos suministra un excelente ejemplo de la alternativa de las dos memorias.

No podríamos decir nada más, sin caer en repeticiones ó amontonar hipótesis. La ignorancia de las causas nos detiene en firme. El psicólogo se encuentra aquí, como el médico, enfrente de una enfermedad que no deja ver más que sus síntomas. ¿Algunos influjos fisiológicos cambian así el tono general de organismo, por lo tanto la cenestesia y por consiguiente la memoria? ¿Un estado del

sistema vascular, una acción inhibitoria, una suspensión funcional? No se sabe nada. Mientras no se resuelva esta cuestión, quedaremos en la superficie. Hemos querido simplemente mostrar que la memoria, aunque en ciertos aspectos se confunde con la personalidad, no es su último fundamento. Se apoya sobre el estado del cuerpo, consciente ó no, y depende de él. Aun en el estado normal, la misma situación física tiene una tendencia á traer la misma situación mental. Yo he notado á menudo que en el momento de dormirme, un sueño de la noche anterior, olvidado totalmente hasta entonces, me viene á la memoria muy completo y muy claro. De viaje, cuando yo dejo una ciudad para dormir en otra, esta reproducción se verifica algunas veces; pero entonces el sueño lo recuerdo en pedazos, descosido, difícil de recomponer. ¿Es el efecto de las condiciones físicas semejantes en un caso, ligeramente modificadas en el otro? Aunque no he visto este hecho mencionado en ningún trabajo sobre los sueños, dudo que sea particular mío.

Por otra parte, hay hechos muy conocidos y que prueban más. En el sonambulismo natural y provocado, los sucesos de los accesos anteriores, olvidados durante la vigilia, vuelven con el estado de hipnotismo. Recordemos la historia tan conocida del mozo de cuerda que, estando embriagado, pierde un paquete; vuelto en sí, es incapaz de descubrirle, se embriaga de nuevo, y le encuentra. ¿No hay aquí una tendencia á la constitución de dos memorias, la una anormal, la otra patológica, expresiones de dos estados distintos del organismo, y que son como las formas embrionarias de estos extremos de que hemos hablado?

IV

El papel de las ideas en las trasformaciones de la personalidad se ha indicado ya de paso. Nos queda por ver este nuevo factor

de la obra y consignar lo que produce por sí mismo y aisladamente. Entre los numerosos elementos cuyo consensus constituye el yo, no hay quizá ninguno que se deje mejor aislar, separar artificialmente. Es preciso, sin embargo, evitar un equívoco sobre este punto. Para el individuo consciente la idea de su personalidad puede ser un efecto ó una causa, un resultado ó un factor inicial, un punto de llegada ó un punto de partida. En el estado sano, es siempre un efecto, un resultado, un punto de llegada. En el estado morboso, los dos casos se encuentran. En muchos ejemplos enumerados anteriormente hemos visto perturbaciones orgánicas, afectivas ó sensoriales, producir tal exuberancia ó tal decaimiento vital, que el individuo declara que es Dios, rey, gigante, grande hombre, ó bien que es un autómata, un fantasma, un muerto. Evidentemente estas ideas erróneas son la conclusión medianamente lógica de la trasformación íntima del individuo, la forma definitiva que la resume y completa. Hay casos entera-

mente contrarios en que la trasformación de la personalidad viene, no de arriba, sino de abajo; en que no se acaba, sino que comienza por el cerebro, y en que, por consiguiente, la idea no es una conclusión, sino una premisa. Sin duda sería muy temerario pretender que en muchas circunstancias en que una idea falsa sirve de punto de partida á una alteración del yo, no hay por debajo y delante de ella una perturbación orgánica ó afectiva. Se puede, por el contrario, afirmar que la hay siempre, aun en el hipnotizado, en que la personalidad cambia por sugestión. Entre las dos formas de metamorfosis indicadas antes, no hay separación cortada; el término «metamórfosis ideal de la personalidad» no es más que una denominación *á potiori*. Hecha esa reserva, examinemos este nuevo aspecto de nuestro objeto, partiendo, según nuestra costumbre, del estado normal.

Nada más frecuente y más conocido que la confiscación momentánea de la personalidad por una idea fija é intensa. Mientras esta

idea ocupa la conciencia, se puede decir, sin mucha inexactitud, que ella es el individuo. La persecución obstinada de un problema, la invención, la creación bajo todas sus formas, representan un estado mental en que la personalidad entera está subyugada en provecho de una sola idea. Este es un estado anormal, una ruptura de equilibrio. Se está, como dice el vulgo, distraído, es decir, autómata. Las innumerables anécdotas que corren en el mundo sobre los inventores, razonables ó quiméricas, dan fe de ello. Notemos de paso que toda idea fija es en el fondo un sentimiento ó una pasión fija. Es un deseo, un amor, un odio, un interés el que sostiene la idea y le da su intensidad, su estabilidad, su tenacidad. Las ideas, á pesar de lo que se diga, están siempre al servicio de las pasiones; pero se parecen á los amos que obedecen siempre creyendo mandar.

Sea el que quiera el resultado que se produzca, este estado es una hipertrofia mental, y el público tiene mucha razón cuando, identificando al inventor con su obra, desig-

na diferentemente el uno por la otra: la obra equivale á la personalidad.

Hasta aquí no tenemos alteración en la personalidad, sino una simple desviación del tipo normal—por mejor decir, esquemático - en que, por hipótesis, los elementos orgánicos, afectivos é intelectuales formarían un consensus perfecto. Hipertrofia en un punto, atrofia en algunos otros, en virtud de la ley de compensación ó de balance orgánico. Veamos los casos morbosos. Además de las alteraciones artificiales producidas durante el hipnotismo, es difícil hallar muchas cuyo punto de partida indiscutible sea una idea. Me parece posible clasificar entre las alteraciones de causa intelectual los hechos, frecuentes en otro tiempo muy raros hoy, de licantropía y zoantropía bajo todas sus formas. Sin embargo, en los hechos de este género (1) que conocemos por documentos auténticos, la debilidad mental en el licántropo es

(1) Consúltese Calmeil. *De la folie considerée sous le point de vue pathologique, philosophique, historique et judiciaire,* tomo I, libro III, c. II, § § 9, 16, 17; libro IV, c. II, § 1.

tan grande, tan próxima á la estupidez, que estaríamos tentados de ver en ella un caso de regresión, una vuelta hacia la forma de la individualidad animal. Añadamos que complicando estos casos desórdenes viscerales, no es fácil saber si son los efectos de una idea preconcebida, ó si la producen. Debemos, sin embargo, observar que la licantropía ha sido á veces epidémica, es decir, que ha debido empezar, por lo menos en los imitadores, por una idea fija. Por último, este género de enfermedad ha desaparecido desde que no se cree en él, es decir, desde que la idea de ser un lobo no puede ya implantarse en el cerebro de un hombre, ni hacerle obrar en consecuencia.

Los únicos casos perfectamente claros de trasformación de la personalidad son los ya citados, de hombres que se creen mujer, y de mujeres que se creen hombres, sin que ninguna anomalía sexual justifique esta metamorfosis. El influjo de una idea parece también inicial ó preponderante en los poseídos, los demonomaníacos. Obra á menudo por contagio sobre los exorcistas. El padre

Surin, para no citar más que uno, mezclado tanto tiempo en el asunto de las Ursulinas de Loudun, se sentía dos almas, y, según parece, hasta tres (1).

En resumen, las transformaciones de la personalidad por efecto de una idea no son muy frecuentes, y ésta es una prueba más de lo que hemos repetido hasta la saciedad: la personalidad viene de abajo. En los cen-

(1) Nos ha dejado una relación detallada de su estado mental: *Histoire des diables de Loudun*, pág. 217 y sig. «No sabré expresaros lo que pasa en mí durante este tiempo (cuando el demonio pasa del cuerpo de la poseída al suyo), y cómo este espíritu se une al mío, sin quitarme ni la conciencia ni la libertad de mi alma, haciéndose, sin embargo, como otro yo mismo y como si yo tuviera dos almas, una de las cuales está desposeída de su cuerpo y del uso de sus órganos relegada, viendo hacer á la que allí se ha introducido. Los dos espíritus combaten en un mismo campo, que es el cuerpo, y el alma está como dividida: según una parte de ella es el sujeto de impresiones diabólicas, y según la otra, de los movimientos que le son propios y que Dios le da. Cuando quiero, por el movimiento de una de estas dos almas hacer la señal de la cruz sobre la boca, la otra me separa la mano con gran ligereza y me coge el dedo con los dientes para mordérmele de rabia... Cuando quiero hablar, me detiene la palabra; en la misa me detiene de pronto; en la mesa, no puedo llevarme las cosas á la boca; en la confesión, olvido de repente mis pecados y siento ir y venir al demonio en mí como en su casa.»

tros nerviosos más elevados es donde alcanza su unidad con plena conciencia; en ellos se acaba. Si por un mecanismo, obrando al revés, va de arriba á abajo, queda superficial, precaria, momentánea.

La producción de las personalidades artificiales en los hipnóticos nos da de ello una prueba excelente. M. Ch. Richet ha publicado sobre esto (1) observaciones abundantes y precisas. Me limitaré á recordarlas en algunas palabras. A la persona hipnotizada (generalmente una mujer), se le hace creer poco á poco que es una campesina, una actriz, un general, un arzobispo, una monja, un marinero, una niña, etc., y desempeña su papel á la perfección. Aquí, los datos psicológicos están perfectamente claros. En este estado de sonambulismo provocado, la personalidad real sigue intacta; los elementos orgánicos, afectivos, intelectuales, no han sufrido alteración alguna notable; pero todo queda en

(1) *Revue philosophique,* Marzo 1883. Ha publicado nuevas observaciones en su libro *L'homme et intelligence,* páginas 539 y 541. Véase también Carpenter. *Mental Physiology,* pág. 562 y siguientes.

potencia. Un estado poco conocido de los centros nerviosos, una suspensión en el funcionamiento les impide pasar al acto. Por sugestión se provoca una idea; enseguida, por el mecanismo de la asociación, esa idea suscita estados de conciencia análogos, y sólo éstos, y con ellos, siempre por asociación, gestos, actos, palabras y sentimientos apropiados. Así se constituye una personalidad exterior á la personalidad real, hecha de préstamos y de automatismo. Esta experiencia demuestra bien lo que puede una idea desembarazada de toda traba, pero también reducida á sus propias fuerzas, y no teniendo ya por sostén y cooperador la totalidad del individuo.

En ciertos casos de hipnotismo incompleto, se produce un dualismo. M. North, profesor de fisiología del hospital de Westminster, dice al hablar del período en que estaba bajo el influjo de la fijeza en la mirada: «Yo no estaba inconsciente, pero me parecía que existía doble. Me figuraba que un yo interior estaba completamente vivo para todo lo que

pasaba, pero no se mezclaba en los actos del yo exterior ni los comprobaba. La repugnancia ó la incapacidad del yo interior para dirigir el yo exterior parecía aumentar á medida que la situación se prolongaba más (1).»

¿Esta personalidad interna—la verdade-

(1) Hack Tuke. *On the mental condition in hipnotism*, en «The journal of mental science», Abril 1883. Se encuentra también en este artículo el caso de un médico que durante un sueño penoso, después de veinte horas de ascensión en los Alpes, se duplicó en ensueño: uno de sus dos yo muere y el otro hace su autopsia. En ciertos casos de intoxicación y de delirio, la coordinación psíquica desaparece y se produce una especie de excisión de la persona en dos. Véanse los artículos del Dr Azam acerca de las alteraciones de la personalidad (*Revue scientifique*, 17 de Noviembre de 1883) y del Dr. Galicier (*Revue philosophique*, Julio 1877, pág. 72). Taine ha referido un caso curioso de incoordinación semipatológica: «He visto una persona que mientras habla y canta, escribe sin mirar al papel frases seguidas y hasta páginas enteras, sin tener conciencia de lo que escribe. Me parece perfecta su sinceridad; ahora bien, declara que al final de la página no tiene idea alguna de lo que ha trazado en el papel; cuando lo lee, se queda extrañada, á veces alarmada. La escritura no es la suya normal. El movimiento de los dedos y del lápiz es rígido y parece automático. El escrito acaba siempre por una firma, la de una persona muerta, y lleva el sello de pensamientos íntimos, de un fondo mental que el autor no querría divulgar.» (*De l'intelligence*, tercera edición pref., pág. 16-17.)

ra—se deja suprimir totalmente? El carácter propio del individuo puede quedar reducido á la nada hasta el punto de trasformarse en su contrario? No se puede dudar; la autoridad persistente del operador llega á esto, después de una resistencia más ó menos larga. A una mujer de opiniones muy bonapartistas, M. Ch. Richet la ha obligado á hacer profesión de convicciones muy republicanas. Braid, después de haber hipnotízado á un *teetotaller* irreprochable en sus actos de sobriedad, le repitió varias veces que estaba ébrio. «Siendo corroborada estaa firmación por una sensación de titubeo (producida por sugestión muscular), era divertido verle compartirse entre esta idea impuesta y la convicción resultante de sus hábitos (1).» Esta metamorfosis momentánea no tiene por otra parte nada de alarmante. Como dice muy bien M. Richet, «en estas modificaciones curiosas, lo que cambia es solo la forma exterior del ser, el traje y los ademanes generales, no la individualidad propiamente di-

(1) Richet, obra cit. pág. 541; Carpenter, obra cit. § 368.

cha. En cuanto á saber si mediante sugestiones reiteradas sobre individuos á propósito, no se producirá á la larga una modificación del carácter, es un problema que sólo la experiencia puede resolver, y que por lo demás no entra en nuestro asunto.

Tal vez sea esta la ocasión de mencionar ese hecho de *desaparición de la personalidad* que los místicos de todas las épocas y de todos los países han descrito según su propia experiencia, y frecuentemente en hermosos términos (1).

(1) Sólo citaré una de esas descripciones, la más próxima á nosotros por el lenguaje y por el tiempo. «Me parece que me he convertido en una estatua al borde del río del tiempo, y que asisto á algún misterio del que voy á salir viejo ó sin edad. Me siento anónimo, impersonal, fija la mirada como un muerto, el espíritu vago y universal como la nada ó lo absoluto; estoy en suspenso, soy como no siendo. En esos momentos me parece que mi conciencia se retira á su eternidad... Se apercibe en su sustancia misma, superior á toda forma conteniendo su pasado, su presente y su porvenir, vacío que encierra todo, medio invisible y fecundo, virtualidad de un mundo que se desprende de su propia existencia para reabsorberse en su intimidad pura. En esos instantes sublimes, el alma entra en sí misma; vuelta á la indeterminación se reimplica más allá de su propia vida, vuelve á ser embrión divino. Todo se borra, se

Sin alcanzar el éxtasis, los metafísicos panteistas han hablado también de un estado en que el espíritu se piensa «bajo la forma de la eternidad» se aparece como fuera del tiempo y del espacio, libre de toda modalidad contingente para no ser más que uno con el infinito. Esta situación psicológica, aunque rara, no puede dejarse de mencionar. Me parece la confiscación absoluta de la actividad mental por una sola idea (positiva para los místicos, negativa para los empíricos), pero que por su alto grado de abstración, su falta de determinación y de límites, contradice, excluye todo sentimiento individual. Que se perciba una sola sensación, muy vulgar y la ilusión desaparece. Este estado no está ni por encima ni por de-

disuelve, se desata, vuelve á tomar estado primitivo, vuelve á hundirse en la fluidez original, sin figura, sin ángulos, sin dibujo acentuado. Este estado es la contemplación y no el estupor. No es ni doloroso, ni alegre, ni triste; está fuera de todo sentimiento especial como de todo pensamiento definido. Es la conciencia del ser y la conciencia de la omniposibilidad latente en el fondo de ese ser. Es la sensación del infinito espiritual.» (Amiel. *Journal intime*, 1856, citado por M. Scherer en su prefacio.)

bajo de la personalidad, sino fuera y más allá.

En resumen, los estados de conciencia que se llaman ideas, no son más que un factor secundario en la constitución de la personalidad y en sus alteraciones. La idea desempeña su papel, pero no es preponderante. Estos resultados concuerdan con lo que la psicología enseña hace tiempo: las ideas tienen un carácter objetivo. No pueden, pues, expresar el individuo con igual título que sus deseos, sus sentimientos y sus pasiones.

CAPITULO IV

LA DISOLUCIÓN DE LA PERSONALIDAD

Los dementes: casos de doble personalidad real; periodos de la disolución.—Ensayo de clasificación de las enfermedades de la personalidad; tres tipos principales: enajenación, alternativa, sustitución.

I

Para acabar nuestra revista de hechos, tenemos que hablar de todas las alteraciones de la personalidad en la demencia progresiva, causada por la vejez, la parálisis general, ó cualquir otra forma morbosa. Si en estado normal la personalidad es una coordinación psicofisiológica lo más perfecta posible, que

se mantiene, á pesar de los cambios perpétuos y de las incoordinaciones parciales y pasajeras (impulsiones bruscas, ideas extrañas, etc.), la demencia, que es una marcha progresiva en la disolución física y mental, debe traducirse por una incoordinación siempre creciente, hasta el momento en que el yo desaparece en la incoherencia absoluta y no subsisten en el individuo más que las coordinaciones puramente vitales, las mejor organizadas, las más inferiores, las más sencillas, por tanto, las más estables que desaparecen á su vez. Quizá sea también en estos estados de disolución inevitable donde se encuentren los únicos casos de doble personalidad, en el sentido estricto, es decir, de personalidades *coexistentes*. Notemos, en efecto, que en el curso de este trabajo, hemos encontrado personalidades sucesivas (casos de Azam, Dufay, Camuset), una personalidad nueva sustituyendo á otra olvidada ó expulsada, tenida por exterior y extraña (caso de Leuret, del soldado de Austerlitz), una invasión de la personalidad normal por

sensaciones insólitas á las cuales resiste como puede, y que acaba *á veces* y *momentáneamente* el enfermo por creerse doble, (caso de Krisbaber, etc.). Pero entre los dementes la desorganización se organiza: son dobles, se creen dobles, obran como dobles. Nada de dudas para ellos. No han conservado ese resto de indecisión que, en los casos tan numerosos que hemos citado, demuestran que la personalidad normal, (ó lo que quede de ella) guarda una última fuerza que, después de semanas ó de meses, asegurará su vuelta. Les parece tan natural ser dobles, como á nosotros ser simples. Ningún escepticismo de su parte sobre su estado; y no admiten el de los demás. Su manera de ser, dada á ellos por su conciencia, les aparece con ese carácter de claridad, de evidencia, que está fuera de duda, y no lo suponen siquiera. Importa notar este punto porque nos demuestra, en esas formas morbosas de la personalidad, la espontaneidad de afirmación y de acción que caracteriza todo estado natural. He aquí dos casos de este género:

Habiendo recibido un antiguo soldado, D..., después sargento de policía, muchos golpes en la cabeza, fué atacado de una debilidad gradual de la memoria que le hizo pedir el retiro. Turbándose su espíritu poco á poco, llegó á creerse doble. «Habla siempre empleando el pronombre *nosotros*; *iremos, hemos andado mucho.* Dice que habla así porque hay otro con él. En la mesa, dice: «Estoy harto, pero el otro no lo está.» Se pone á correr: si se le pregunta por qué, responde que mejor querría estar quieto, pero es el «otro» el que le obliga aunque le sujeta por el traje. Un día se precipitó sobre un niño para estrangularle, diciendo que no era él sino el «otro». Por último, intenta suicidarse para matar al «otro», que creía oculto en la parte baja de su cuerpo. Así, le llama el D... izquierdo y se llama el D... derecho. Este enfermo llegó poco á poco á la demencia (1).»

Un caso referido por Langlois nos lleva á un grado más bajo. «El llamado G... es im-

(1) Jaffé. *Archiv für Psychiatrie*, 1870.

bécil, caprichoso, locuaz, sin titubeo en la palabra ni parálisis de los miembros, ni perturbaciones de la sensibilidad cutánea. A pesar de su locuacidad, no repite más que frases estereotipadas. Habla siempre de sí en tercera persona, y casi todas las mañanas nos recibe diciendo: «G... está enfermo, hay que hacerle bajar á la enfermería.» A menudo se pone de rodillas, se da fuertes cachetes, después se ríe á carcajadas, se frota alegremente las manos y grita: «G... ha sido malo y se le ha castigado». A menudo coge su zueco, se golpea la cabeza con violencia, hinca las uñas en la carne, se desgarra los carrillos. Esos momentos de furor son súbitos, y durante estos actos de mutilación, la fisonomía expresa un sentimiento de cólera, al que sucede un aire de satisfacción en cuanto deja de corregir al otro. Cuando no está sobreexcitado por sus resentimientos imaginarios, le preguntamos: ¿Dónde está G...? — «Aquí» — responde dándose golpes en el pecho. Le tocamos la cabeza preguntándole de quién es: «Esta, dice, es la cabeza de cerdo.—¿Por

qué le pegáis así?—Porque hay que corregir á la cabeza de cerdo.—Pero ahora mismo le habéis pegado á G.... —No, G... no ha sido malo hoy, es á la cabeza de cerdo á la que hay que pegar.» Durante muchos meses hemos renovado las mismas preguntas y hemos obtenido invariablemente las mismas contestaciones. Casi siempre es G... el que está descontento; pero alguna vez es al revés, y entonces no es la cabeza la que recibe los golpes (1).»

Un paralítico general, en un estado próximo á la demencia, no cesaba de darse consejos, de reprocharse. «Sepa usted, señor G..., que se os ha traído á este establecimiento. Por lo demás, está usted bien aquí... Le advertimos que desesperamos completamente de usted, etc., etc.» A medida que la parálisis general ha progresado, las palabras se han hecho menos comprensibles. Sin embargo, en medio del delirio, volvió á tener esa conversación que el enfermo sostenía consigo mismo. A veces, hacía las preguntas y las

(1) *Annales médico-psych*, sexta serie, tomo VI, pág. 80.

respuestas. Al llegar á la demencia casi absoluta, presentaba el mismo fenómeno. Daba gritos, se agitaba, pero de pronto se calmaba y decía en voz baja, con un gesto significativo: ¿Quieres callarte?, habla más bajo. Y se contestaba: Sí, voy á hablar más bajo... Otro día, le encontramos muy ocupado en hacer movimientos continuos de degustación y de expulsión. Le preguntamos: ¿Os divertís, señor G...? Y respondió: ¿Qué? Después volvió á caer en su incoherencia. Esta respuesta, reproducida aquí textualmente, como la pregunta, puede parecer efecto de la casualidad, pero concuerda tan bien con esta dualidad mucho tiempo observada en el enfermo, que no hemos creído deber pasarla en silencio (1).»

En la observación siguiente, la disolución de la personalidad se presenta bajo otro as-

(1) Descourtis. *Du fractionnement des operations cérébrales, et en particulier de leur dedoublement dans les psychopathies*, en 8.º, París, 1882, pág. 33-34. Véanse otros hechos, pág. 32 y 35.—Es posible que esta segunda personalidad, que aconseja y amonesta á la otra, no sea sino la reproducción puramente pasiva de frases dirigidas al enfermo por

pecto: el individuo no tiene ya conciencia de una parte de sí mismo que le ha llegado á ser extraña ó enemiga. Ya más arriba, al hablar de las alucinaciones, hemos visto al enfermo darles cuerpo poco á poco y, por último, echar fuera de sí la obra de su imaginación. En los dementes, el caso es más grave. Son actos ó estados, perfectamente normales para un individuo sano no teniendo nada del carácter morboso é imaginario de la alucinación; pero el enfermo no los percibe más que exteriormente y no tiene conciencia de ser causa de ello. ¿Cómo explicar esta situación singular sin admitir un cambio profundo en la cenestesia, sin suponer que ciertas partes del cuerpo no están ya representadas, sentidas en ese cerebro en ruinas? La percepción vi-

su médico y sus enfermeros. Notemos también que no es raro que los dementes hablen de sí mismos en tercera persona. Este hecho se encuentra en los niños, y se ha sostenido que esto viene de que su personalidad no ha nacido todavía. A mi modo ver, no hay aquí sencillamente más que un fenómeno de imitación. El niño está acostumbrado á oír decir: «Pablo ha sido malo, se le darán azotes, etc.» El se designa de igual modo. ¿El empleo de la tercera persona en ciertos dementes, será un hecho de regresión?

sual persiste (como lo prueba la experiencia); pero el enfermo ve sus propios movimientos como un fenómeno exterior, antagónico, que no atribuye ni á sí propio ni á otros, que comprueba pasivamente sin buscar más allá, porque estando abolidas sus sensaciones internas é impotente su facultad de razonar, no hay remedio alguno contra esa incoordinación.

Se trata ahora de un paralítico general, en el período de demencia, en el que la palabra es casi incomprensible, y para el cual la noción del mundo exterior está muy debilitada. «Un día estaba ocupado en mondar guisantes. Aunque muy poco hábil y aunque no era zurdo, empleaba solamente la mano izquierda. En un momento dado, la mano derecha avanzó como para tomar parte en el trabajo; pero apenas había llegado á los guisantes, cuando se precipitó la otra á su encuentro, la cogió y la apretó violentamente. Durante ese tiempo, la cara del enfermo expresaba la cólera y repetía con autoridad: «¡No, no!» Su cuerpo estaba agitado por

bruscos temblores, y todo indicaba la lucha violenta que se operaba en él. Otra vez se vieron obligados á sujetarle en un sillón. Se asombró, y cogió con la izquierda la mano derecha, gritando: «¿Ves? por tu culpa, por causa tuya me atan;» y se puso á golpearla repetidas veces.

»Estos dos hechos no han quedado aislados; en varias ocasiones se pudo notar que, cuando su mano derecha sale de la inercia habitual, el enfermo la detiene con la izquierda. Se enfada, se agita y la golpea tan fuerte como puede. La sensibilidad, aunque obtusa, se conservaba en el miembro superior derecho como en el resto del cuerpo (1).»

Algunos dementes atribuyen á los otros enfermos el ruido que hacen ellos mismos, y se quejan de que les perturban sus gritos. Citaremos, para acabar, un último caso, observado por Hunter, de un viejo cuyas facultades estaban extremadamente debilitadas. Tenía siempre como actuales incidentes de su primera edad. «Aunque estuviese en

(1) Descourtis, obra citada, pág. 37.

situación de obrar correctamente á influjo de ciertas impresiones, y atribuirlas á las partes de su cuerpo á que afectaban, tenía el hábito de referir sus propias sensaciones á los que le rodeaban. Así, decía á su enfermera, ó á los que le asistían, que estaba seguro de que *ellos* tenían hambre y sed. Pero si le llevaban de beber ó de comer, se veía en su avidez que esta idea absurda le era sugerida por el sentimiento del hambre y de la sed, y que la palabra *ellos* se refería á él mismo y no á los otros. Le acometían violentos ataques de tos. Después de cada paroxismo, reanudaba el hilo de la conversación, pero no sin haber expresado, en términos apropiados y simpáticos, cuánto le emocionaba el mal estado de su amigo. «Estoy apenado, decía, de verle á *usted* con una tos tan incómoda y tan fatigosa (1).»

Todos estos casos llevan poco á poco, por una incoordinación siempre creciente, á la incoherencia completa. Comprenden la imbecili-

(1) Hunter, ap. Wilnslow. *On obscure Diseases of the Brain*, pág. 278.

dad congénita, que no ha podido alcanzar nunca el nivel medio de la personalidad humana. En esta coordinación de grados múltiples y ascendentes, que constituyen el hombre moral, se ha dado en el idiota suspensión del desarrollo. La evolución no ha pasado de las primeras etapas. Ha asegurado la vida física, y con ella algunas manifestaciones psíquicas elementales. Las condiciones de un desarrollo ulterior han faltado. Este hecho de la coordinación, como base de la personalidad, es el que vamos á examinar de cerca para concluir.

II

Antes séanos permitido ensayar una clasificación rápida de las perturbaciones de la personalidad, de que acabamos de enumerar

tantos casos, tan diferentes, que parece al pronto imposible reducirlos á algunos tipos fundamentales.

Aunque en estado normal, el sentimiento de nuestro propio cuerpo cambia de distintos modos en el curso de la vida; sobre todo, por esta evolución que nos lleva del nacimiento á la muerte, ese cambio es de ordinario tan lento, tan continuo, que la asimilación de las sensaciones nuevas se hace poco á poco, y la trasformación es insensible, realizando así lo que llaman la identidad, es decir, la permanencia aparente en las variaciones incesantes. Ya, sin embargo, las enfermedades graves ó los cambios profundos (pubertad, menopausia) dan alguna indecisión: entre el estado nuevo y el antiguo, la fusión no es inmediata, y como han dicho, «al principio, estas sensaciones nuevas se presentan ante el *yo* antiguo, como un *tú* extraño que excita el asombro.» Pero si el sentimiento general del cuerpo se modifica súbitamente, si se produce un aflujo brusco y abundante de estados insólitos, entonces el

elemento fundamental del yo se trasforma completamente; el individuo se separa de su personalidad anterior; se aparece como otro. Con frecuencia, hay un período de perturbación y de incertidumbre, y la ruptura no se hace en un momento. Cuando se fija este estado morboso, entonces, á nuestro modo de ver, pueden presentarse tres tipos principales en las enfermedades de la personalidad:

1.° El sentimiento general del cuerpo se cambia completamente. El estado nuevo sirve de base á una nueva vida psíquica (nueva manera de sentir, de percibir, de pensar, de donde resulta una nueva memoria). No queda del antiguo yo más que los procesos completamente organizados (marcha, lenguaje, trabajo manual, etc.); actividades puramente automáticas, casi inconscientes, que son como esclavas prontas á servir á todos los dueños. Hay que notar aún que en la realidad este tipo presenta excepciones. Ya una parte de las adquisiciones automáticas no entran en el nuevo yo. Ya,

de cuándo en cuándo, algunos vestigios de la antigua personalidad se reavivan y vienen á producir en la nueva una indecisión pasajera. Tomando las cosas en general, y olvidando las pequeñas desviaciones, puede decirse que tenemos aquí una *enajenación* de la personalidad, habiendo llegado á ser la antigua para la primera, *aliena*, extraña, de suerte que el individuo ignora su vida primera, ó, cuando la recuerda, la contempla objetivamente, como separada de él. Se encuentra un excelente ejemplo en esa mujer de la Salpêtrière que, desde la edad de cuarenta y ocho años, no se designaba más que con el término «la persona de mí misma.» Daba sobre su personalidad anterior algunas señas bastante exactas, pero atribuyéndolas á otra. «La persona de mí misma, no conoce á la que nació en 1779,» (su primer personalidad) (1). El caso del padre Lambert pertenece también á este tipo. Hack Tuke cita el caso de un enfermo «que fué durante muchos años al hos-

(1) Véase la observación entera en Leuret. *Fragments psychol.*, p. 121-124.

picio de Bedlam; había perdido su yo, es decir, el yo que le era familiar, y había adquirido el hábito de buscarse á sí mismo debajo de la cama (1).

2.° El segundo tipo tiene por carácter fundamental la *alternativa* de dos personalidades y á éste, sobre todo, sería al que debería reservarse la denominación corriente de doble conciencia. Hemos indicado que entre el primer tipo y éste se encontrarán formas de transición; pero en este momento sólo nos importa lo que es terminante y claro. La causa física de esta alternativa, es bien oscura; puede decirse desconocida. En la época en que aparece la segunda personalidad por vez primera, este caso no difiere en nada del primer género: la diferencia empieza con la reaparición de la primera personalidad. Es difícil resistir á la hipótesis de que en estos individuos, de ordinario histéricos, es decir, inestables por excelencia, entre variaciones secundarias, hay, en la vida física, dos *habitus* distintos que sirven de base

(1) *The Journal of mental science*. Abril de 1883.

cada uno á una organización psíquica. Se comprenderá mejor aún si se nota que la alternativa obra sobre el carácter, sobre lo que hay de más íntimo en la personalidad, lo que expresa más hondamente la constitución individual. (Caso de Azam, de Dufay, de Camuset.)

Todavía hay más formas en este tipo de la alternativa. Ya las dos personalidades se ignoran recíprocamente (caso de Macnish). Ya una abarca toda la vida, no siendo la otra más que parcial: tal es el caso de Azam. Por último, en este caso, que es el más instructivo, puesto que abraza hoy un período de veintiocho años, se ve á la segunda personalidad usurpar constantemente la primera que, muy larga en su crigen, se hace poco á poco más corta, de suerte que se prevé una época en que ésta desaparecerá por completo y subsistirá sólo la segunda.

Parece, pues, que esta alternativa, cuando se prolonga, tiene una tendencia fatal á reducirse al primer tipo, ocupando así una posición intermedia entre el estado normal y la

enajenación completa de la personalidad.

3.° El tercer tipo es el más superficial: yo le llamaría una *sustitución* de la personalidad. Refiero á este tipo el caso bastante vulgar en que el individuo cree simplemente haber cambiado de personaje (el hombre que se cree mujer, el trapero que se cree rey, etcétera). El estado de ciertos hipnotizados, de que hemos hablado, puede servir de modelo para toda esta clase. La alteración es más bien psíquica que orgánica, en el sentido estricto de la palabra. No es que yo suponga por un instante que nazca y dure sin condiciones materiales: quiero decir solamente que no es causada y sostenida, como en los dos grupos precedentes, por una modificación profunda del sentido corporal, la cual supone una transformación completa de la persona. Procede del cerebro, no de la intimidad del organismo: es un desorden más bien local que general (la hipertrofia de una idea fija que hace imposible la coordinación necesaria en la vida normal del espíritu). Así, mientras que en la enajenación y alternativa de la

personalidad todo conspira y consiente á su manera, presenta la unidad y la lógica interiores de los compuestos orgánicos, aquí no es raro que el que se dice rey confiese que ha sido obrero, y que el pretendido millonario reconozca que ganaba dos francos diarios. Aun fuera de esos casos en que la incoordinación es palpable, se ve bien que la idea fija es una excrescencia enfermiza que no supone para nada la trasformación total del individuo.

Esta clasificación, que va de las formas más graves á las más ligeras, no tiene la pretensión de ser rigurosa. Sirve sólo para poner un poco en orden los hechos, para demostrar cuán diferentes son, y, sobre todo, para hacer ver una vez más que la personalidad tiene sus raíces en el organismo, varía y se trasforma como él.

CONCLUSION

La individualidad zoológica y su evolución ascendente.—Conciencia colonial.—Síntesis física y síntesis psíquica de la personalidad en el hombre.—El yo es una coordinación.

I

Una consecuencia inevitable de la doctrina de la evolución es que las formas superiores de la individualidad han debido salir de las más inferiores por agregación y coalescencia. Por consiguiente, también la individualidad en su más alto grado, en el hombre, es la acumulación y la condensación, en la capa cortical del cerebro, de conciencias elementales, en su origen autónomas y dispersas.

Los diversos tipos de la individualidad psíquica en la escala animal, de abajo á arriba, no podrían describirse y fijarse sino por un zoólogo-psicólogo, y después de muchos tanteos y conjeturas. Tampoco se trata aquí sino de notar algunas formas, y sólo en vista del fin principal de este trabajo, que es hacer ver que la marcha ascendente hacia la individualidad superior se resume en una complejidad y una coordinación crecientes.

Nada más claro que este término «individuo,» cuando se trata de un hombre, de un vertebrado, hasta de un insecto. Nada más oscuro cuando se desciende. Sobre esto están de acuerdo todos los zoólogos (1). Según la etimología, el individuo (*individuus*) es lo que no se divide. En este respecto, el individuo, en el sentido estricto y riguroso de la palabra, debe buscarse más abajo. Mientras que nada limite las dimensiones de los compuestos inorgánicos (cristales), «toda masa

(1) Véase en particular: Hæckel. *Morphol. générale*, I, 241; Gegenbaur. *Anatom. comparée*, pág. 24 y sig.; Espinas. *Sociétés animales*, segunda edición, apéndice II; Pouchet. *Revue scientifique*, 10 Febrero 1883, etc.

protoplásmica que ha alcanzado como máximum algunas décimas de milímetro, se divide espontáneamente en dos ó más masas distintas, equivalentes á la masa de donde se derivan, que se reproduce en ellas. El protoplasma no existe, pues, sino en el estado de *individuo*, teniendo una altura limitada, y por esto todos los seres vivos están necesariamente compuestos de células (1).» La vida no ha podido alcanzar un crecimiento notable sino por la repetición indefinida del mismo tema fundamental, por el agregado de un número infinito de esos pequeños elementos, verdaderos tipos de la individualidad.

La materia viva y homogénea que constituye esas individualidades elementales, primordiales, se extiende, se amontona sobre sí misma, se alarga en menudos filamentos, se separa, se arrastra, se dirige hacia las sustancias propias para su nutrición; las engloba, las descompone, y se asimila sus residuos. Se ha

(1) Perrier *Les colonies animales et la formation des organismes*. Paris, 1881, pág. 41. Según Cattaneo, *Le colonie lineari e la morfologia dei molluschi*, la división debería llevarse aún más lejos.

hablado, con motivo de esto, de «rudimentos de conciencia,» de voluntad oscura, que se determina bajo la acción de estímulos exteriores y de deseos vagos. Puede emplearse este término, á falta de otro mejor, pero á condición de no olvidar que no tiene para nosotros ninguna significación precisa. En una masa homogénea, que no presenta el menor signo de diferenciación, en que las propiedades vitales esenciales (nutrición, generación) están en estado difuso é indiferenciado, el único y humilde representante de la actividad psíquica es esa irritabilidad, común á todos los seres vivos, que será más tarde, en el curso de la evolución, sensibilidad general, especial y demás. ¿Podremos llamarla una conciencia?

La primera etapa hacia una individualidad más alta, consiste en una asociación de individuos casi completamente independientes unos de otros. «La vecindad forzada, la continuidad de los tejidos, la unidad casi constante del aparato digestivo, establece, sin embargo, entre sí, un cierto número de rela-

ciones que hace que cada individuo no pueda vivir absolutamente extraño á lo que pasa á sus compañeros más cercanos: ese es el caso de las esponjas, de las colonias de pólipos hidrarios, pólipos coralarios, de briozoarios y de algunas colonias de ascidias (1). Pero no es, propiamente hablando, más que una juxtaposición, una reunión de muchas pequeñas conciencias contiguas y homogéneas, que no tienen entre sí otra comunidad que la que les da la limitación de su agregado en el espacio.

El nacimiento de una individualidad y de una conciencia *coloniales* marca un gran paso hacia la coordinación. Formada de individualidades elementales, la colonia tiende á trasformarse en una individualidad de orden superior, en que se ha producido una división del trabajo. En las colonias de hidractinias se encuentran individuos nodrizas, reproductores, otros sexuados, (machos, hembras), otros que palpan y cogen la presa; en total, siete. En la especie de los sifonóforos,

(1) Perrier *Obra citada*, p. 774, Espinas *Des sociétésanimales*, sec. 2.ª

en la agalma, cuyo organismo entero mide más de un metro, y en los tipos vecinos, la facultad de locomoción se centraliza completamente. Los individuos que la componen parecen independientes, mientras el animal deja flotar el eje común sobre que se implanta: si se presenta un peligro ó el animal quiere hacer algún movimiento complejo, el eje se contrae, arrastrando con él todos los pólipos. La fisalia sabe acelerar ó detener su marcha flotar ó sumergirse á voluntad, subir, bajar, ir derecho de frente ó volverse de costado; sabe hacer concurrir todos sus individuos-órganos á estos actos complicados. La vida errante, como hace notar M. Perrier, favorece el desarrollo de la individualidad. «De ello resulta necesariamente una dependencia mayor de todos los individuos; se establecen entre ellos lazos más íntimos; las impresiones producidas sobre una parte cualquiera del conjunto deben necesariamente trasmitirse á las campanas locomotoras; los movimientos de éstas, so pena de desorden, deben ser coordenados. Nace, pues,

una especie de *conciencia colonial*; por esto mismo, la colonia tiende á constituir una nueva unidad, tiende á formar lo que llamamos un *individuo* (1).» Para otras colonias, la conciencia común se forma de otro modo. En los botrilos (tunicados) hay un orificio común, la cloaca, alrededor de la cual están colocados todos los individuos.

Cada uno de ellos envía hacia la cloaca uua lengüeta provista de un ramal nervioso, gracias al cual la comunicación puede establecerse de una manera permanente entre todos los miembros de un mismo grupo (*Ibidem*, pág. 771). Pero «de que una colonia adquiera la noción de su existencia en cuanto colonia, no se sigue necesariamente que cada individuo que la compone pierda su conciencia particular. Cada uno continúa, por el contrario, portándose desde luego como si fuese único... En ciertas estrellas de mar, cada brazo separado continúa arrastrándose, sigue un camino determinado, ó se aparta, según el caso, agitándose cuando se la excita, dando

(1) **Perrier: Obra citada, pág. 232, 239, 248, 262 y 770.**

testimonio, en una palabra, de una verdadera conciencia. La conciencia del radio no está menos subordinada á la conciencia de la estrella, como lo prueba la armonía que se establece entre los movimientos de las partes cuando el animal cambia de sitio (1).»

Para el hombre, en el que la centralización llega á tan alto grado, es bien difícil tener una representación un poco clara de ese modo de existencia psíquica ó coexistente de las individualidades parciales, y una individualidad colectiva. En rigor, podría encontrarse algo análogo en ciertos estados morbosos. Podría decirse aún que el individuo humano tiene conciencia de sí mismo, á la vez como persona y como miembro del cuerpo social; pero no quiero insistir sobre aproximaciones dudosas. Tomando la cuestión objetivamente y por fuera, que es para nosotros lo único accesible, vemos que esta conciencia colonial, tan intermitente, tan débilmente coordenada como puede serlo en el origen, marca un momento capital en la evolución. Es el

(1) Perrier pág. 772-773.

germen de las individualidades superiores de la personalidad. Pasará poco á poco al primer rango, confiscando en su provecho todas las individualidades particulares. En el orden político se ha hecho una evolución análoga para los países fuertemente centralizados. El poder central, al principio muy débil, reconocido apenas, á menudo inferior á sus subordinados, se ha fortificado á sus expensas y los ha reducido lentamente, absorbiéndolos.

El desenvolvimiento del sistema nervioso, el coordinador por excelencia, es el signo visible de un progreso hacia una individualidad más compleja y más armónica. Pero esta centralización no se establece de pronto. En los anélidos, los ganglios cerebroides que envían nervios á los órganos de los sentidos, parecen llenar las mismas funciones que el cerebro de los vertebrados. Estamos lejos todavía de haberlas centralizado completamente. La independencia psicológica de los diversos anillos es bien evidente. «La conciencia, bastante más clara en el cerebro, tiende á debilitarse á medida que aumenta el número de anillos.

Ciertos eunices que pueden alcanzar 1,50m de largo, muerden la parte posterior de su cuerpo sin parecer de modo alguno que lo sienten. Sin duda á esta disminución de la conciencia hay que atribuir la facilidad con que se mutilan espontáneamente los anélidos que se tienen cautivos en malas condiciones.» En las colonias lineales, el individuo que forma la delantera, obligado á tener la iniciativa por todos, avanzar ó retroceder, modificar el paso de la colonia que lleva tras sí, llega á ser una *cabeza;* esta denominación no la dan los zoólogos sino como una aproximación, y habrá que abstenerse de pensar que corresponda exactamente á lo que se llama la cabeza en un insecto ó cualquier otro articulado. La individualidad que representa es tan poco precisa, que se ve en ciertos anélidos asexuales, compuestos de unos cuarenta anillos, formarse una cabeza de individuo sexuado al nivel del tercer anillo, proveerse de tentáculos y de antenas, después separarse del individuo primitivo para vivir á su gusto (1).

(1) Perrier, *ibidem,* p. 448, 452, 491, 501.

Volvemos á recomendar, para los pormenores, las obras especiales, y para los animales superiores es inútil insistir; la individualidad, en el sentido corriente de la palabra, está constituída; el cerebro, cada vez más preponderante la representa. Pero esta excursión por el campo zoológico no será ociosa si hemos conseguido hacer comprender que esa coordinación, tan frecuentemente citada, no es una simple concepción del espíritu, sino, por el contrario, un hecho objetivo, visible y tangible, y, como dice Espinas, que la individualidad psíquica y fisiológica son paralelas, que la conciencia se unifica ó se dispersa con el organismo. En todo caso, este término, conciencia ó individualidad física, está lleno de dificultades que no trataremos de disimular. Si la individualidad psíquica no es, como nosotros sostenemos, más que la expresión subjetiva del organismo, á medida que nos alejamos del tipo humano, se baja á una oscuridad siempre creciente. La conciencia es una función que puede parecerse á la generación, porque ambas expresan á todo el indivi-

duo. Concedamos á los organismos más elementales una conciencia—difusa como todas las propiedades vitales, particularmente la generación. Vemos que ésta, á medida que uno se eleva, se localiza, acapara una parte del organismo que, á través de los perfeccionamientos innumerables, llega á ser para esta función y para ella sola, la representante de todo el organismo. La función psíquica sigue un proceso análogo. En su grado más alto, está claramente localizada; ha acaparado una parte del organismo, que para esta función y sólo para ella, llega á ser el representante de todo el organismo. Por toda una larga serie de delegaciones sucesivas, el cerebro de los animales superiores ha llegado á concentrar en sí la mayor parte de la actividad psíquica de la colonia; ha recibido poco á poco un mando cada vez más extenso antes de llegar á la abdicación completa de sus asociados (1). Pero cogiendo á la suerte una especie animal, ¿cómo saber cuál es el grado exacto que ha alcanzado la delegación psíquica? Los

(1) Espinas *Les sociétés animales*, p. 520.

fisiólogos han hecho muchos experimentos en las ranas sobre la médula espinal: su valor psíquico relativo, ¿es el mismo en el hombre? Es bien dudoso.

II

Volvamos al hombre y estudiemos ahora su personalidad puramente física. Eliminemos todos los estados de conciencia para restituirlos más tarde, y no considerar más que las bases materiales de su personalidad.

I. Sería inútil recordar extensamente que todos los órganos de la vida llamada vegetativa: el corazón, los vasos, el pulmón, el canal intestinal, el hígado, los riñones, etc., por extraños que parezcan unos de otros, por absorbidos que parezcan, cada uno en su propio cometido, están unidos en estrecha solidaridad. Los nervios centrípetos y centrífu-

gos del gran simpático y del sistema cerebro-espinal (la diferencia entre ambos tiende á borrarse de día en día) son, con sus ganglios, los innumerables agentes de esta coordinación. Su actividad, ¿se reduce al simple desgarramiento molecular que constituye el influjo nervioso, ó tiene también un efecto psíquico, consciente? Para los casos morbosos, no hay duda: se siente. En el estado normal, no suscita más que esa conciencia vaga de la vida, de que tanto hemos hablado. Pero vaga ó no, nada importa. Hasta podemos sostener que esas acciones nerviosas, que representan la totalidad de la vida orgánica, son los hechos fundamentales de la personalidad; y que su valor como tales está, por decirlo así, en razón inversa de su intensidad psicológica. Hacen algo mejor que suscitar algunos estados de conciencia inestables y superficiales; modelan los centros nerviosos, les dan en tono propio, un hábito. Representémonos un instante la prodigiosa potencia de estas acciones (por débiles que se las suponga) trasmitidas sin cesar, sin reposo ni tregua, repitiendo siempre el mismo

tema con algunas variaciones. ¿Cómo no habrían de dar por resultado la constitución de estados orgánicos, es decir, estables por definición, que son los representantes anatómicos y fisiológicos de la vida interna? Evidentemente, no viene todo de las vísceras sólo, porque los centros nerviosos tienen también su constitución propia (innata ó hereditaria), en virtud de la cual reobran, no son solamente receptores, sino incitadores, y sólo una ficción inadmisible los separaría de los órganos cuyos representantes son, y con los cuales forman unidad: entre unos y otros hay reciprocidad de acción.

¿Dónde conducen, finalmente, todas esas acciones nerviosas, resumen de la vida orgánica? Nada se sabe. Perrier supone que los lóbulos occipitales están en relación especial con la sensibilidad de las vísceras y constituyen el substractum anatómico de sus sensaciones. Admitámoslo á título de pura hipótesis, y solamente para fijar las ideas. De ello resultaría que, de etapa en etapa, de delegación en delegación, la vida visceral encontra-

ría allí su representación última; que allí está inscrita en una lengua desconocida para nosotros, pero que por estos arreglos ó (para continuar la metáfora) por la disposición de las palabras y de las frases, expresa la individualida interna, y sólo ésta, con exclusión de toda otra individualidad. Por lo demás, que esta representación anatómica exista allí ó en otra parte, que esté localizada ó diseminada no cambia en nada nuestra conclusión con tal que exista. No siento insistir, porque esta coordinación de las innumerables acciones nerviosas de la vida orgánica es la base de la personalidad física y psíquica, porque todas las demás coordinaciones se apoyan en ella, se le añaden; porque ella es el hombre interior, la forma material de su subjetividad, la razón última de su manera de sentir y de obrar, el origen de sus instintos, de sus sentimientos y de sus pasiones, y, para hablar como en la Edad Media, su principio de individuación.

Pasemos del interior al exterior. La perifería del cuerpo forma una superficie en que las placas terminales de los nervios están

desigualmente distribuídas. Pocos ó muchos, los filetes nerviosos reciben y trasmiten, de los diversos puntos del cuerpo, impresiones, es decir, sacudimientos moleculares, que se centralizan en la médula, remontan al bulbo y al istmo del encéfalo. Allí, nuevo aportamiento, el de los nervios cranianos: la trasmisión de las impresiones sensoriales está completa. No olvidemos que los nervios centrífugos actúan del mismo modo, pero en el sentido de una descentralización creciente. En suma, la médula espinal, que es un conjunto de ganglios superpuestos y amontonados, mejor aún, el bulbo con sus centros especiales (de la respiración, de la fonación, de la deglución, etc.), al propio tiempo que son órganos de trasmisión, representan una reducción á la unidad de una multitud de acciones nerviosas diseminadas en el cuerpo.

En el punto á que llegamos, la cuestión se hace más oscura. El mesocéfalo parece poseer una función refleja más complicada que el bulbo, que posee á su vez una más complicada que la médula. Los cuerpos es-

triados son un centro donde se organizan los movimientos habituales ó automáticos. Los tálamos ópticos serían el punto en que las impresiones sensitivas vienen á reunirse para reflejarse en movimientos.

Como quiera que sea, sabido es que la cápsula interna, haz de sustancia blanca que sigue al pedúnculo cerebral, atraviesa los cuerpos opto-estriados, penetrando en el estrecho comprendido entre el tálamo óptico y el nudo lenticular, y se abre en el hemisferio, formando la corona de Reil. Es una encrucijada por donde pasan todas las fibras sensitivas y motoras que vienen del lado opuesto del cuerpo y que se dirigen allí. La parte anterior no contiene más que fibras motoras. La posterior contiene todas las fibras sensitivas, cierto número de fibras motoras, y todas las que vienen de los sentidos. Estando completo el haz sensitivo, se divide: una parte sube hacia la circunvolución frontal-parietal; las otras se encorvan para atrás, hacia el lóbulo occipital; el haz motor se distribuye en la capa gris de las zonas motoras.

Por fatigosos que puedan ser estos pormenores para el lector, aunque sean cortos, demuestran la solidaridad íntima que se establece entre todas las partes del cuerpo y los hemisferios cerebrales. Aquí, el estudio de las localizaciones, aunque imperfecto, permite alguna precisión: una zona motora (frontal ascendente, parietal ascendente, lóbulo-paracentral, pie de las circunvoluciones frontales), donde parecen representados los movimientos de las diversas partes del cuerpo;—una zona sensitiva, mucho menos limitada (lóbulos occipitales (?) región temporal-parietal);—para los lóbulos frontales nada hay preciso. Notemos de pasada la reciente hipótesis de Hughlings Jackson, para el cual «estos últimos representan, en relación con los otros centros, combinaciones y coordinaciones más complejas, siendo así una representación de representaciones (1).»

Dejemos á un lado las discusiones pasadas y presentes sobre el papel fisiológico y psico-

(1) *Lectures on Evolution and Dissolution of nervous System;* 1884.

lógico de estos centros, que llenarían un gran volumen. Tomando la cuestión en conjunto, podemos decir que la capa cortical representa todas las formas de la actividad nerviosa, visceral, muscular, tactil, visual, auditiva, olfatoria, gustativa, motora de los signos. Esta representación no es directa: una impresión no va de la periferia al cerebro, como un despacho telegráfico de la estación que lo expide á la siguiente. En un caso en que la médula estaba reducida al ancho de un mango de pluma, y la sustancia gris infinitamente pequeña, el sujeto sentía (Charcot). Pero, al fin y al cabo, indirecta ó hasta doblemente indirecta, esta representación es ó puede ser una representación total. Entre las *equivalentes* de estas acciones nerviosas diseminadas en el cuerpo, existen innumerables conexiones (comisuras entre los dos hemisferios, entre los diversos centros de cada hemisferio), unas innatas, otras establecidas por la experiencia (1), teniendo todos los grados po-

(1) Claro es, por ejemplo, que en un hombre que no sabe escribir, ciertas asociaciones de movimientos muy de-

sibles; del más estable al menos estable. La personalidad física, ó más bien su última representación, se nos presenta, no como un punto central de donde todo irradia y adonde todo confluye (la glándula pineal de Descartes), sino como una red prodigiosamente entrelazada é impenetrable, en que la histología, la anatomía y la fisiología se pierden á cada momento.

A través de este boceto, sumamente grosero, se puede entrever que los términos consensus, coordinación, no son un simple *flatus vocis*, una abstracción, sino la expresión de la naturaleza de las cosas.

II. Restablezcamos el elemento psíquico, eliminado hasta ahora, y veamos lo que ocurre. Recordemos que para nosotros la conciencia no es una entidad, sino una suma de estados, cada uno de los cuales es un fenómeno de un género particular, unido á ciertas con-

licados no se establecen, ni, por tanto, son representadas en el encéfalo ni asociadas á las disposiciones nerviosas que representan las mismas palabras bajo su forma vocal. Así pasa en otros muchos casos.

diciones de actividad del cerebro, que existe mientras existen ellas, falta cuando ellas faltan, y desaparecen con ellas. Resulta que en un hombre cualquiera, la suma de estados de conciencia es muy inferior á la suma de acciones nerviosas (reflejos de todas clases, desde los más sencillos á los más compuestos). Para precisar: durante un período de cinco minutos, se produce en nosotros un desfile de sensaciones, sentimientos, imágenes, ideas, actos. La ciencia puede contarlos, determinar el número con una exactitud suficiente. Durante el mismo lapso de tiempo, en el mismo hombre, se producirá un número de acciones nerviosas mucho más considerable. La personalidad *consciente* no puede ser, pues, una representación de *todo* lo que pasa en los centros nerviosos; no es más que un extracto, una reducción. Es la consecuencia inevitable de nuestra naturaleza mental; nuestros estados de conciencia se ordenan en el tiempo, no en el espacio, siguiendo una dimensión, no varias. Por fusión é integración de los estados simples entre sí, se for-

man estados muy complejos que entran en la serie como si fueran simples; hasta pueden coexistir en cierta medida durante leterminado tiempo; pero, en definitiva, el círculo de la conciencia, el *Umfang des Bewusstseins*, sobre todo de la conciencia clara, queda siempre muy limitado. Es, pues, imposible considerar la personalidad consciente en relación con la personalidad objetiva, cerebral, como un calco que se aplica exactamente sobre un dibujo: se parece más bien á un trazado de plano topográfico con relación al país que representa.

¿Porqué ciertas acciones nerviosas llegan á hacerse conscientes, y cuáles? Responder á esta cuestión sería resolver el problema de las condiciones dela conciencia. Ya hemos dicho que se ignoran en gran parte. Mucho se ha discutido también sobre el papel que desempeñan, en esta génesis, las cinco capas de células corticales. Según confesión de los mismos autores, son éstas puras hipótesis. Pasemos á otra cosa: no hay ventaja alguna para la psicología en apoyarse sobre una fisiología

sin solidez. Nosotros comprobamos que los estados de conciencia, siempre estables, se suscitan y se subplantan. Este es el efecto de una transmisión de fuerza y de un conflicto de fuerzas que, según nosotros, tiene lugar, no entre estados de conciencia, como generalmente se cree, sino entre los elementos nerviosos que los soportan y los engendran. Éstas asociaciones y antagonismos, bien estudiados desde hace poco, no son de nuestro asunto. Necesitamos penetrar más allá, hasta las condiciones de su unidad orgánica. Los estados de conciencia no son, en efecto, fuegos fatuos que se encienden y se apagan alternativamente, hay algo que los une, y que es la expresión subjetiva de su coordinación objetiva. Esta es la razón última de su continuidad. Aunque hayamos estudiado este punto, es tan importante, que no temo volver á él bajo otra forma.

Notemos que no se trata, por el momento, de la personalidad reflexiva sino de ese sentimiento de nosotros mismos, espontáneo, natural, que existe en todo individuo sano.

Cada uno de mis estados de conciencia tiene ese doble carácter, de ser tal ó cual, y además de ser mío: estó no es un dolor, sino mi dolor; la visión de un árbol, sino mi visión de un árbol. Cada uno tiene su propia marca, por la que aparece como propio de mí sólo, sin la cual me parece como extraño; lo que se encuentra, como hemos visto en algunos casos morbosos. Esta marca común es el signo de una comunidad de origen: y ¿de dónde puede venir sino del organismo? Figurémonos que se puede, en un semejante nuestro, suprimir los cinco sentidos especiales, y con ellos todo su fondo psicológico (percepciones, imágenes, ideas, asociaciones de ideas entre sí, y de las emociones con las ideas). Hecha esta supresión, queda todavía la vida interna, orgánica, con su sensibilidad propia, expresión del estado y del funcionamiento de cada órgano, de sus variaciones generales ó locales, de la elevación ó de la depresión del tono vital. Él estado de un hombre bien dormido se relaciona sensiblemente con nuestra hipótesis. Ensayemos ahora la hipó-

tesis contraria: la encontramos absurda, contradictoria. No podemos representarnos en forma ninguna razonable los sentidos especiales con la vida psíquica que soportan, aislados de la sensibilidad genera y suspendidos en el vacío. Cada aparato sensorial no es una abstracción, en efecto; no hay un aparato visual ó auditivo en general, tal como se describe en los tratados de fisiología, sino un aparato concreto, individual, del que no se producen nunca (salvo quizá en algunos gemelos) dos ejemplares idénticos en los individuos de la misma especie. No es esto todo. Además de que tiene su constitución propia en cada individuo—marca que imprime directa y necesariamente á todos sus productos—cada aparato sensorial depende en todos los momentos y bajo todas las formas de la vida orgánica: circulación, digestión, respiración, secreción y demás.

Esas diversas expresiones de la individualidad se añaden á toda percepción, emoción, idea, haciendo unidad con ellas, como las armónicas con el tono fundamental. Este ca-

rácter personal, posesivo, de nuestros estados de conciencia no es, pues, como ciertos autores han dicho el resultado de un juicio más ó menos explícito que, al mismo tiempo que se producen, los afirma míos. *La marca personal no es añadida, sino incluída*; forma parte integrante del fenómeno; resulta de sus condiciones fisiológicas. Estudiando sólo el estado de conciencia, no es como se puede descubrir su origen; porque no puede ser á la vez efecto y causa, estado subjetivo y acción nerviosa.

Los hechos patológicos confirman esta conclusión. Hemos visto que el sentimiento del yo se eleva ó se deprime según el estado del organismo; y que ciertos enfermos sostienen que sus «sensaciones han cambiado,» es decir, que el tono fundamental no tiene las mismas armónicas. Hemos visto, en fin, estados de conciencia que pierden poco á poco su carácter personal, se objetivan, y llegan á ser extraños para el individuo. Estos hechos, ¿son explicables por alguna otra teoría?

Stuart Mill, en un pasaje frecuentemente

citado (1), se pregunta dónde está el lazo, la ley inexplicable, la «unión orgánica» que enlaza un estado de conciencia á otro, su elemento común y permanente; y encuentra que en definitiva «no podemos afirmar del espíritu nada más que los estados de conciencia». Sin duda, si nos atenemos á la pura ideología. Pero un grupo de efectos no es una causa, y por minuciosamente que se los estudie, se hace un trabajo incompleto si no se desciende más abajo—á esa región oscura en que, como dice Taine, «circulan sin cesar innumerables corrientes, sin que tengamos de ellas conciencia.» Ese lazo orgánico que re-

(1) *Philosophie de Hamilton*, trad. Cazelles, pág. 250 y siguientes.—Es justo notar que, bajo la forma en que Mill plantea la cuestión, la reducción del yo al organismo no la hace adelantar apenas, porque en ese pasaje considera al cuerpo, no como fisiólogo, sino como metafísico. Observemos de paso que la teoría sostenida aquí, materialista en la forma, puede adoptarse á una metafísica cualquiera. Ensayamos la reducción de la personalidad consciente á sus condiciones *inmediatas*, el organismo. En cuanto á las condiciones últimas de estas condiciones, nada tenemos que decir aquí de ellas y cada cual es libre de concebirlas á su manera. Véase sobre este punto las observaciones tan justas de M. Fouillée: *La science sociale contemporaine*, pág. 224-225.

clama Stuart Mill está, por decirlo así, por definición en el organismo.

El organismo y el cerebro, su representación suprema, son la personalidad real, que contiene en sí los restos de todo lo que hemos sido y las posibilidades de todo lo que seremos. El carácter individual entero allí está inscrito con sus aptitudes activas y pasivas, sus simpatías y antipatías, su genio, su talento ó su torpeza, sus virtudes y sus vicios, su torpeza ó su actividad. Lo que asoma hasta la conciencia, es muy poco en comparación con lo que queda oculto, aunque actuando. La personalidad consciente no es nunca más que una débil parte de la personalidad física.

La unidad del yo no es, pues, la de la entidad una de los espiritualistas, que se distribuye en fenómenos múltiples, sino la coordinación de un cierto número de estados sin cesar renacientes, que tiene por único punto de apoyo el sentimiento vago de nuestro cuerpo. Esta unidad no va de alto á bajo, sino al contrario; no es un punto inicial, sino terminal.

Esta unidad perfecta, ¿existe? En sentido riguroso, matemático, evidentemente no. En sentido relativo se encuentra rara vez y de pasada. En un buen tirador, que apunta; en un hábil cirujano, que opera, todo converge física y mentalmente. Veamos el resultado. En esas condiciones, el sentimiento de la personalidad real desaparece, quedando el individuo consciente reducido á una idea; de suerte que la perfecta unidad de conciencia y el sentimiento de la personalidad se excluyen. Volvemos, por otro camino, á la misma conclusión: el yo es una coordinación. Oscila entre esos dos puntos extremos, donde deja de existir; la unidad pura, la incoordinación absoluta. Todos los grados intermedios se encuentran en los hechos sin demarcación entre el sano y el morboso: el uno se encaja en el otro (1).

(1) Aun en el estado normal, la coordinación es frecuentemente bastante floja para que muchas series coexistan separadamente. Se puede andar ó hacer un trabajo manual con una conciencia vaga é intermitente de los movimientos, cantar y fantasear al mismo tiempo; pero si la actividad del pensamiento aumenta, el canto cesa. Hay en muchas gentes un sucedáneo de la actividad intelectual, un estado intermediario entre pensar y no pensar.

La unidad del yo, en el sentido psicológico, es, pues, la cohesión durante un tiempo dado, de cierto número de estados de conciencia claros, acompañados de otros menos claros, y de una multitud de estados fisiológicos que, sin ir acompañados de conciencia, como sus congéneres, obran tanto como ellos y más que ellos.

Unidad quiere decir coordinación. La última palabra de todo esto es que, estando el consensus de la conciencia subordinado al consensus del organismo, el problema de la unidad del yo es, bajo su forma última, un problema biológico. A la biología toca explicar, si puede, la génesis de los organismos y la solidaridad de sus partes. La interpretación psicológica sólo puede seguirla. Hemos ensayado demostrarlo al pormenor por la exposición y la discusión de los casos morbosos. Aquí, pues, concluye nuestra tarea.

FIN

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

LAS PERTURBACIONES ORGÁNICAS

CAPÍTULO II

LAS PERTURBACIONES AFECTIVAS

CAPÍTULO III

LAS PERTURBACIONES INTELECTUALES

CAPÍTULO IV

LA DISOLUCIÓN DE LA PERSONALIDAD

CONCLUSIÓN